

TERROR EXTRA

se

BOLSILIBROS

TERROR

Selección

TERROR

extra

EL TESTAMENTO
DEL DIABLO



Clark
Carrados

Intentó huir, pero las manos del hombre fueron más rápidas y se cerraron en torno a su cuello.

La mujer pateó furiosamente, pero sus fuerzas no podían compararse con las del hombre que la estrangulaba despiadadamente.

Con sus últimos instantes de consciencia, percibió algo que aumentó más el horror de la situación. Aquel espantoso hedor que se desprendía del hombre. ¿Acaso era cierto que tenía la facultad de resucitar a su voluntad?



Clark Carrados

El testamento del Diablo

Bolsilibros: Selección Terror extra - 10

ePub r1.1

xico_weno 27.11.17

Título original: *El testamento del Diablo*

Clark Carrados, 1983

Ilustraciones: Enrique Martín

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



Capítulo primero

LOS invitados fueron llegando sucesivamente a la casa que se alzaba al final de una apacible avenida, bordeada por olmos centenarios, en uno de los barrios más distinguidos de Taftonville. Era de noche aunque no excesivamente tarde, porque no habían dado todavía las nueve, y todos ellos, según pudo apreciar el policía que hacía su servicio en aquella zona, parecían bastante preocupados.

Cada uno utilizó su coche, y a medida que llegaban lo dejaban estacionado en las inmediaciones del edificio, puesto que el jardín, aunque relativamente espacioso, no disponía de sitio para tantos vehículos. La verja que permitía el acceso estaba abierta de par en par y el invitado pasaba directamente sin tener necesidad de llamar para ser atendido.

La casa era de planta y piso, de estilo ya pasado de moda, pero no muy antiguo. Había sido construida en la segunda década del siglo y mostraba señales de cierta elegancia ya pretérita. La mayoría de las ventanas de la planta baja estaban iluminadas, si bien no se podía ver el interior debido a que todas las cortinas estaban corridas.

Siete u ocho personas se reunieron en el amplio vestíbulo de la casa. Jeffries, el mayordomo, las recibió cortés y atentamente.

—El señor Foxhurstone les recibirá cuando estén todos —informaba a cada uno de los invitados a su llegada.

Todos se conocían, pero no hablaban apenas. Y todos tenían una cosa en común: una cuenta que saldar con el anfitrión.

Había tres mujeres; los demás eran hombres, de mediana edad casi todos. Uno era joven, aunque no un chiquillo, porque ya contaba treinta y cinco años.

En cuanto a las mujeres, dos bordeaban la cuarentena y eran sumamente atractivas. La tercera, Melanie Tyler, era una muchacha

de poco más de veinte años, alta, espigada, de facciones muy atractivas, expresión apacible y ademanes distinguidos.

Jeffries les sirvió bebidas pero, al consultar la lista de invitados y ver que ya estaba todos, dijo que iba a marcharse.

—El señor manifestó que la reunión debía celebrarse sin testigos —informó—. El resto de la servidumbre también tiene la noche libre. El señor les atenderá como se merecen todos ustedes, aunque, si me lo permiten, he de hacerles una recomendación, en gracia a las instrucciones que he recibido: hasta las nueve en punto no deben molestar al señor, que está trabajando en su despacho.

—¡Trabajar! —bufó uno de los invitados, bajo, grueso, sanguíneo y casi completamente calvo—. ¿Conoce ese bastardo el significado de la palabra trabajo?

—Modere su lenguaje, señor Forbes —le reprochó una de las damas invitadas—. Posiblemente tiene usted razón al calificar así a Foxhurstone, pero debe pensarlo y no expresarlo en público.

—Nunca adorno con palabras relamidas lo que pienso, señora Salmson —rezongó el sujeto—. He dicho lo que es Foxhurstone y no pienso retirar una sola letra.

—Perdón —intervino el estirado mayordomo—. Debo retirarme, señoras y señores. Les deseo una feliz velada a todos. Buenas noches.

Jeffries se marchó. La invitada más joven, Melaine Tyler, entornó los ojos para contemplar al mayordomo que se dirigía con paso firme hacia la puerta. Durante unos instantes lo vio en el umbral; luego su figura desapareció, tragada por la noche.

Melanie consultó su reloj. Faltaban cinco minutos para las nueve. Se preguntó qué querría decirles el dueño de la casa.

¿Iba a pedirles disculpas por las cosas que había hecho en épocas pasadas, aunque no demasiado alejadas en el tiempo?

A día no le había hecho nada, aunque sí a alguien de su familia. Pero si le hubiera sido posible, habría evitado asistir a una reunión que no le resultaba especialmente agradable, y no sólo por los invitados.

Algunos de los asistentes daban claras muestras de nervio sismo. Una de las mujeres, Flora Sheane, se mordía las uñas constantemente. Otro, un tal Seth Parry, mascaba el cigarro que había encendido a poco de su llegada. Había consumido más tabaco

con los dientes que con el fuego del otro extremo.

Rex Thornble, el más joven, con aspecto de *dandy*, excesivamente atildado en el vestir y de ademanes dengosos y relamidos, había encendido un cigarrillo y lanzaba al aire anillos de humo. Della Salmson, estrepitosamente rubia, pechugona y con algo de papada, taconeaba constantemente en el suelo de madera del vestíbulo.

De repente se oyó el gran carillón del vestíbulo.

Todas las miradas se dirigieron hacia el reloj. Las notas musicales se expandieron suavemente por el ambiente. Cuando sonó la última, Forbes se puso en pie.

—Ya es la hora —dijo—. Vamos a ver qué quiere ese buitre.

—Yo lo llamaría de otra forma, como le llamaban muchos —gruñó Parry.

—Es cierto —convino Della—. Ese tipo no es un ser humano; es un verdadero diablo.

—Algunos decían que tenía poderes diabólicos —dijo Ray Keele—. ¿Ustedes lo creen así?

—Poderes diabólicos —resopló Parry—. Esas cosas las arreglo yo con una buena estaca de fresno. Y creo que alguien lo hizo así, aunque sólo usó los puños. —Se volvió hacia Melanie—. ¿No es cierto, muchacha?

—Prefiero no hablar de ese desdichado asunto —contestó la aludida rápidamente—. Además, yo, personalmente, no tuve nada que ver con lo que ocurrió.

—Pero sí alguien de su familia...

—¡Basta de palabrerías! —cortó Forbes—. Puesto que el anfitrión no viene a nosotros, nosotros iremos a su encuentro. Entremos de una maldita vez y veamos qué quiere ese demonio o lo que sea.

—No es humano —insistió Della Salmson—. Yo lo sé muy bien.

Thornble la miró irónicamente. Della se puso colorada.

Forbes abrió la puerta. Inmediatamente lanzó una exclamación:

—¡Eh! ¿Qué rayos...?

Flora se asomó por encima del hombro del sujeto y emitió un agudo chillido.

—¡Está muerto!

Mike Hurlings, otro de los invitados, apartó a los que se

agolpaban ante la puerta.

—Déjenme pasar —pidió.

—¿Eres médico? —le preguntó Flora.

—Mi abuelo conoció una vez a un médico —contestó Hurlings con sarcasmo.

El dueño de la casa estaba tendido en el suelo, al pie de su mesa, con los ojos cerrados y la mano rozando el teléfono que sin duda utilizaba en el momento de su caída. Hurlings cruzó la estancia y se arrodillaba junto a Foxhurstone.

—Todavía no está frío del todo, pero no hay duda: ha muerto —dijo, pasados algunos segundos.

—Bueno, ¿y cómo diablos sabremos ahora lo que nos iba a decir? —exclamó Forbes malhumoradamente.

Thornble encendió otro cigarrillo y lanzó más anillos de humo a la atmósfera.

—En cuanto a mí, me deja frío —manifestó—. No esperaba sacar gran cosa de esta entrevista, así que no voy a lamentar demasiado la muerte de ese pájaro de cuenta. —Habría que avisar a un médico.

—Al forense, en todo caso —exclamó Keele, interrumpiendo a Melanie.

—El forense sólo interviene cuando lo requiere la policía —dijo Thornble displicentemente.

—¡La policía! —Se aterró Della.

—Sí, claro, es lo que debemos hacer —concordó Hurlings—. Y conviene que no toquemos nada, a fin de evitar luego problemas poco agradables.

—¿Lo habrán asesinado? —murmuró Flora.

—En todo caso, no hemos sido nosotros —dijo Forbes—. Jeffries se fue cuando ya estaban todos los invitados, es decir todos nosotros, según las instrucciones que dijo había recibido. Y ninguno, que yo sepa, había estado antes con Foxhurstone.

—Parece como si lo diéramos por muerto a consecuencia de un asesinato, olvidando que también se producen fallecimientos por causas naturales —intervino Melanie.

—Un ataque al corazón, tal vez —apuntó Parry.

Forbes dio media vuelta y echó a andar.

—Avisaré al policía de ronda en el barrio —anunció.

—¿Por qué no hacerlo desde aquí? Hay un teléfono —dijo Flora.

—Él lo tiene medio agarrado y no conviene que lo usemos. El policía se encargará de dar aviso a Jefatura —contestó Forbes resueltamente.

La velada acabó en aquel instante. Todos habían acudido para escuchar algo importante que el dueño de la casa tenía que decirles, en relación con hechos pasados y en los que los invitados habían tenido intervención de un modo u otro. Pero todos los presentes se quedaron con las ganas de conocer los verdaderos motivos de una invitación hecha por un hombre que ya no tendría ocasión de explicarse.

Más tarde, Bill Grogan, el policía del barrio, declaró a uno de sus superiores que no consideraba sospechosos de asesinato a ninguno de los invitados.

—Suponiendo que el señor Foxhurstone haya muerto asesinado, cosa que entra dentro de lo posible porque había mucha gente en Taftonville que le tenía ganas. Pero ninguno de ellos pareció lamentar lo más mínimo la muerte de ese sujeto.

—No creo que haya nadie que lo lamente —contestó el otro policía, que conocía también la historia de Foxhurstone—. Y si ha sido asesinato, nos vamos a encontrar ante un problema de muy difícil solución.

Pero no hubo investigación policial, porque antes de que llegase el forense hizo su aparición el doctor Zane, quien declaró ser médico personal del difunto y diagnosticó su fallecimiento a consecuencia de un paro cardíaco.

—El señor Foxhurstone estaba enfermo desde hacía algún tiempo, aunque me rogó que mantuviera su dolencia en secreto debido a ciertos compromisos personales, que podían sufrir perjuicios de importancia si el hecho se hubiera divulgado. No hay motivo alguno para suponer que haya muerto violentamente y yo me hago personalmente responsable del certificado de defunción.

El sargento que mandaba la fuerza se sintió encantado de oír aquellas palabras. La declaración del médico le evitaba una serie de problemas que le habrían dado muchos dolores de cabeza. Una vez que el doctor Zane restó importancia al asunto, los policías ya no tenían nada que hacer en aquella casa.

Ni siquiera interrogaron a los invitados, quienes a su vez también se sintieron muy aliviados al saber que Foxhurstone había

fallecido por causas naturales.

Si los invitados se marchaban sin conocer los motivos que Foxhurstone había tenido para convocarles a una reunión en su casa, en cierto modo estaban equivocados, porque dos semanas más tarde cada uno de ellos recibió una carta, firmada por un conocido abogado de la ciudad, en donde se les citaba para determinada hora a la lectura del testamento del difunto.

Melanie también recibió una citación y se sintió muy sorprendida de que Foxhurstone se hubiese acordado de los Tyler al redactar su última voluntad.

* * *

Estaba parado bajo la llovizna, junto a una esquina, cuando de repente una mujer se detuvo ante él y le miró fijamente.

—Perdón. Usted... ¿Tú no eres Patrick Orthon?

El joven sonrió a través de una barba de varias semanas.

—Sí, soy el que acabas de mencionar, Flora Sheane —contestó.

Ella le contempló con expresión entre admirada y lastimosa.

—Pero hombre, ¿qué te pasa? ¿Estás pidiendo limosna? ¿A tus años y ya te consideras en la ruina, Paddy?

—Ya ves, Flora; cosas de la vida. Yo, hecho un guñapo; en cambio tú, siempre atractiva, por no decir otra cosa que también empieza por la letra «a».

—¿Qué cosa, Paddy? —preguntó ella.

—Apetitosa.

Flora se echó a reír. Desenvueltamente, agarró el brazo del joven y tiró de él con gesto resuelto.

—Anda, ven conmigo —invitó—. No sé qué te ha sucedido, pero si puedo ayudarte lo haré con mucho gusto.

—Mujer, no es necesario.

Ella cortó en seco las tímidas protestas del hombre.

—Nada, nada, quiero ayudarte, aunque no sea más que en memoria de algo que sucedió... ¿cuántos años hace?

—Si te quisiera mal, diría que hace un siglo, pero eso sería llamarte algo que no eres. Y yo tampoco soy un viejo precisamente.

—Tienes... treinta y dos —dijo Flora, entornando los ojos.

Orthon no quiso desengañarla. Ella le ponía casi tres años más de su edad real, pero era un detalle que carecía de importancia.

Momentos después embarcaban en el lujoso Mercedes que ella

conducía personalmente.

—La vida debe de haberte golpeado mucho, Paddy —dijo Flora—. ¿Por qué te has arruinado?

—Me dediqué al ocio, la disipación, la molicie y la vida orgiástica. También fue asiduo visitante de casinos y otros garitos, sin contar que hubo una temporada en que puede decirse que vivía en los hipódromos. En fin, en menos de dos años se voló un millón y medio que me dejó el abuelo.

—¡Qué escándalo! ¿Cómo pudiste derrochar semejante fortuna en tan poco tiempo? Bueno, acabas de decírmelo, pero ¿es que no te dabas cuenta de que ibas derecho a la ruina con esa clase de vida?

—Sí, pero lo pasaba tan bien... —contestó Orthon con una sonrisita de conejo.

Flora meneó la cabeza.

—Los hombres —murmuró—. Iba a decir que todos sois iguales.

—Algunos somos más iguales que otros, Flora. Tú, en cambio, no tienes problemas.

Ella se puso seria de pronto.

—Quizá sí, Paddy —murmuró—. Es posible que sí tenga problemas y muy poco agradables.

—Si es así me gustaría ayudarte, aunque antes tendrías que contarme lo que te pasa —dijo el joven.

—En mi casa —contestó Flora, repentinamente satisfecha de aquel inesperado encuentro.

Capítulo II

LA sirvienta de Flora arrugó la nariz al ver entrar a su ama en compañía de un sujeto andrajoso y barbudo, cuyo aspecto dejaba mucho que desear, aunque se abstuvo de formular el menor comentario. Flora, imperativamente, le ordenó que preparase algo de cena para su huésped.

—Luego, si lo desea, puede marcharse, Millie.

—Bien, señora.

A continuación, Flora se volvió hacia el joven.

—Así no puedes estar —dijo—. Mi hermano a veces viene a pasar algunos días en Taftonville, por cuestiones de negocios. Prefiere hospedarse aquí mejor que en un hotel y siempre tiene ropa dispuesta. Más o menos tenéis la misma figura, así que podrás tirar esos harapos y también pasarte una navaja por la cara. ¿Entendido?

Orthon sonrió, a la vez que se llevaba una mano a la sien.

—Tú mandas —contestó.

—Ya conoces la casa. Mi hermano ocupa el dormitorio del extremo, en el ala oeste. Tiene su baño privado y... Bien, dispones de treinta minutos para acompañarme a cenar.

—Creo que ha ido un encuentro afortunado —dijo el joven, a la vez que se encaminaba a la escalera que conducía al primer piso de la mansión.

Había estado allí más de una vez y conocía la disposición de la casa. Media hora más tarde, completamente transformado, hizo su aparición en el salón. La mesa, situada en un acogedor rincón, estaba ya dispuesta.

Flora se había cambiado también de ropa y vestía una bata de seda negra, de mangas flotantes, con dibujos de dragones en la espalda. La mujer era consciente de sus encantos y se había puesto aquella bata, porque era corta y le quedaba por encima de las rodillas, permitiendo así mostrar unas piernas de perfectos

contornos.

Orthon cenó con gran apetito. Al terminar, encendió un cigarrillo y sonrió satisfecho.

—Ya he acallado las protestas de mi estómago —dijo—. Ahora, ¿cuál es tu problema, Flora?

—Foxhurstone —contestó ella lacónicamente.

Orthon entornó los ojos.

—He oído hablar algo de ese sujeto, pero no sé gran cosa. Por supuesto, los comentarios que pude captar no le favorecerían en absoluto —manifestó—. ¿Qué tienes tú que decirme sobre el particular?

—La verdad, no me resulta muy agradable. A veces, me siento terriblemente avergonzada... —Se sonrojó ella.

—¿Tan malo fue lo que hiciste?

—Hubo momentos en que llegué a creer que estaba poseída por el demonio.

—¡Demonios! —Respingó el joven—. Perdona, debí haber dicho caramba. ¿Es posible que hables en serio, Flora?

Ella hizo un movimiento afirmativo. Orthon tomó una de sus manos y la palmeó suavemente.

—Anda, cuéntame —pidió—. No omitas nada, y si puedo ayudarte en algo lo haré con mucho gusto. Y, por supuesto, todo lo que me digas quedará entre los dos. Puedes estar segura de que no repetiré a nadie lo que me has dicho, y si quieres que te sea sincero, sospecho que te sentirás mucho más aliviada cuando te hayas desahogado conmigo. Anda, empieza ya.

Flora lanzó un hondo suspiro.

—Sí, creo que necesito contárselo a alguien —admitió.

Habló durante un buen rato. Orthon escuchó en silencio, sin interrumpirla ni una sola vez. Cuando ella hubo terminado su relato, puso algo de *brandy* en una copa y se la ofreció.

—Un sujeto más buen raro —comentó—. Muy inteligente, diabólicamente astuto. Claro que esto es lógico, si pensamos que muchos le creían un auténtico demonio. Pero ahora está muerto.

—Y por lo visto me cita en su testamento y debo acudir a la lectura mañana, en casa de su abogado —dijo Flora.

—No debes faltar —aconsejó Orthon—. Luego, si te parece bien volveremos a reunirnos y comentaremos lo que haya pasado. ¿De

acuerdo?

Flora le miró agradecida.

—Me parece estupendo —respondió—. Y desde luego, tenías razón; ahora me siento mucho más aliviada. Paddy, ¿qué piensas hacer esta noche?

Orthon emitió una sonrisa de circunstancias.

—No tengo dónde ir.

—Ésta es tu casa —dijo ella con vehemencia—. Quédate aquí todo el tiempo que te parezca, ¿me has oído?

—Por lo menos, esta noche.

—Y todas las que hagan falta, Paddy.

Orthon ocupó el dormitorio del hermano de Flora. A medianoche despertó al sentir el contacto de un cuerpo cálido y suave.

Flora se introdujo en la cama sin hacer el menor ruido. Orthon supo muy pronto que ella no llevaba encima una sola prenda de ropa.

Esperaba algo por el estilo y no se sintió sorprendido en absoluto. Flora también esperaba que él observase el comportamiento adecuado en semejante situación y no resultó defraudada.

* * *

Caía una fina llovizna en el cementerio, mezclándose en ocasiones con hilachas de niebla que se arrastraban entre las tumbas. Por encima de las nubes, sin embargo, lucía la Luna en plenilunio, lo que proporcionaba al ambiente una debilísima claridad, que permitía divisar los objetos a la persona que tuviese las pupilas habitadas a la noche.

En el panteón situado en uno de los ángulos del cementerio se abrió de pronto la verja que permitía el acceso a su interior.

El panteón tenía la forma de un pequeño templo griego, aunque sólo con dos columnas a ambos lados de la puerta. En el frontis se podía ver un extraño bajorrelieve: una estrella de seis puntas, en cuyo centro había algo que muchos creían un tenedor de tres puntas.

En realidad era un tridente, aunque el mango no había sido representado en su totalidad. Las púas del tridente estaban rematadas en punta de flecha.

Más abajo había una inscripción en letras de oro:

EDWARD A. FOXHURSTONE
1888-1942

En el interior del panteón había un túmulo de granito rojo, sobre el que descansaba un ataúd de valiosas maderas, con herrajes dorados. A ambos lados se veían sendos candelabros, altos casi como un hombre, en cada uno de los cuales había un grueso cirio color verde.

La verja se había abierto sin ruido. Los goznes estaban perfectamente engrasados.

Un hombre salió del panteón, envuelto en una larga capa negra. Era alto, delgado, aunque no esquelético; de nariz levemente aguileña y ojos de mirada penetrante. Llevaba la cabeza descubierta y se podía ver su pelo intensamente negro peinado hacia atrás con gran esmero, de modo que el pico de la frente resaltaba nítidamente contra la absoluta blancura de la epidermis.

La verja volvió a cerrarse. Un poco más lejos, se veía una luz oscilante entre las tumbas.

El hombre caminó silenciosamente hacia la salida del cementerio. Un poco después, se encontró con el vigilante que recorría el recinto, para evitar desafueros de los ladrones de sepulturas.

El vigilante no pareció extrañado de la aparición del sujeto.

—Buenas noches, señor —saludó cortésmente.

—Mi tumba es muy fría —dijo el hombre—. Necesito salir para entrar un poco en calor. —Es lógico, señor. ¿Tardará mucho en volver?

—Antes del amanecer, desde luego.

—Puede marcharse tranquilo, señor. Yo cuidaré de su tumba.

—Gracias. Le deseo una velada sin problemas.

—Gracias, señor. Que pase una buena noche.

El hombre se alejó, fundiéndose con la niebla. El vigilante continuó su ronda, sin sorprenderse en absoluto de la «resurrección» de un sujeto al que habían enterrado dos semanas antes.

La chica desembarcó del coche y cruzó la acera precipitadamente, sin darse cuenta de que alguien se cruzaba inesperadamente en su camino.

El encuentro resultó un poco violento. Melanie vaciló visiblemente y estuvo a punto de caer. El bolso se desprendió de la mano, cayó al suelo, se abrió y parte de su contenido se desparramó sobre la acera.

El hombre trató de disculparse.

—Lo siento, señora; ha sido culpa mía.

—No, la culpa es mía —dijo Melanie, a la vez que se acuclillaba para recoger sus cosas—. Iba con demasiadas prisas; seguramente, alguno habrá pensado que yo creía que la acera era sólo mía.

Patrick Orthon puso una rodilla en el suelo.

—Quizá a mí me pasaba algo parecido —sonrió.

De pronto lanzó una exclamación de asombro.

Entre los objetos que se habían salido del bolso había un sobre con membrete. Orthon captó rápidamente el nombre que figuraba en la inscripción.

—¿Va usted a casa del abogado Marshall, señora?

Melanie le miró sorprendida.

—¿Por qué me lo pregunta? No creo que eso le importe a usted demasiado.

—Lo siento, no quise ofenderla. Pero es el caso que una buena amiga mía está citada también para hoy, y a esta misma hora, con el abogado Marshall. Acaso usted también es una de las personas que deben estar presentes en la lectura de cierto testamento.

—Pues..., sí —admitió Melanie, ya erguida—. ¿Usted también está citado?

Orthon hizo un gesto negativo.

—No —contestó—. Vine solamente para acompañar a la señora Sheane.

—La conozco —dijo la muchacha.

—Bien, no quiero seguir molestándola más. Deseo que encuentre interesante la lectura del testamento de Foxhurstone.

—Ah, está enterado.

—Flora Sheane me lo ha contado todo, señora. Perdón, me llamo Patrick Orthon —se presentó el joven.

—Melanie Tyler —dijo ella, a la vez que le tendía la mano—. Encantada de conocerle, señor Orthon.

El joven retuvo un instante la mano de Melanie, mientras la miraba fijamente al fondo de los ojos.

—¿También usted asistió a... alguna de las veladas que se celebraban en casa de Foxhurstone?

Ella se irritó vivamente al escuchar aquella respuesta.

—¿Por quién me ha tomado? —exclamó—. Si asisto a la lectura de ese testamento es porque... Bueno, eso no le importa a usted en absoluto. ¡Buenas tardes, señor Orthon!

—Buenas tardes, señorita Tyler —contestó el joven, desconcertado por la inesperada actitud que había tomado la muchacha.

Melanie desapareció en el interior del edificio. Orthon entornó los ojos.

Flora le había contado cosas poco agradables, sucedidas en la residencia de Foxhurstone. ¿Era posible que aquella muchacha hubiese tomado parte en fiestas de una depravación inimaginable?

—Está visto que hoy día, uno no se puede fiar ni de su propia sombra —comentó sarcásticamente para sí, mientras se encaminaba a calentar el cuerpo con un buen trago de *whisky* en un local próximo.

Randolph W. Marshall miró a los presentes por encima de sus gafas y carraspeó un par de veces, antes de empezar la lectura del documento que tenía en la mano.

Encima de su mesa, se veían varios sobres de color crema, los cuales formaban un montoncito algo mayor de lo natural, debido a los sellos de lacre que tenían en el reverso. Frente al abogado, ocho personas estaban sentadas en semicírculo, aguardando con silenciosa expectación a que diese comienzo la lectura del testamento.

—Bien —dijo el abogado—, he comprobado que están todos los mencionados en este documento y, por tanto, voy a dar lectura a la última voluntad del difunto señor Foxhurstone. Les ruego me escuchen en silencio, sin interrumpirme, hasta que haya terminado. Entonces podrán hacerme todas las preguntas que quieran.

Marshall hizo una pausa y continuó:

—Prescindiré de los preliminares, que luego podrán leer ustedes en persona, ya que entregaré a cada uno de los presentes una fotocopia del testamento. En síntesis, dice así:

A fin de reparar en lo posible el daño que he causado a determinadas personas, deseo que a mi muerte se le entregue a cada una

de ellas un sobre en el que expreso la forma en que se debe realizar dicha reparación. Ellos, es decir, las personas a quienes considero mis herederos, podrán hacer el uso que les plazca del contenido del sobre, del que quedan considerados dueños absolutos, pero sin potestad para ceder a otras personas la cosa o cosas que se mencionan en el mensaje contenido en dicho sobre.

Marshall carraspeó de nuevo.

—Eso es todo, señoras y caballeros —concluyó.

Capítulo III

DESPUÉS de que el abogado hubiera acabado de hablar, hubo un momento de desconcierto entre los presentes.

Alguien lanzó una amarga exclamación:

—No es dinero precisamente lo que nos ha dejado.

—¿Acaso esperabas una fortuna? —preguntó Forbes irónicamente—. Después de lo que hicimos, no podías confiar en que te dejase un par de millones de dólares.

—Foxhurstone no tenía dinero —dijo Della Salmson.

—Yo abriré mi sobre y saldrá una nube de vapor de azufre que es lógico en un hombre como Edward —manifestó Thornble burlonamente.

—Si fuese el diablo no habría muerto —intervino Keele.

—Pero ¿es que alguien ha podido creer seriamente que ese hombre era el diablo? —se escandalizó Melanie.

Un profundo silencio sobrevino a continuación. Melanie, asombrada, recorrió los rostros de todos los presentes y encontró una serie de expresiones que la preocuparon sobremanera.

Aquella gente, se dijo, estaba chiflada o poco menos. Había oído decir que Foxhurstone era un embaucador, pero no creía que sus poderes continuaran activos después de muerto.

Y sin embargo, así lo parecía, a juzgar por la sensación que habían producido sus palabras.

De repente decidió terminar con lo que le parecía una absurda situación.

—Abogado, por favor, deme mi sobre —pidió.

Marshall dirigió una penetrante mirada a la muchacha.

—Usted es Melanie Alberta Jones Tyler —dijo.

—Sí, señor, la hija de Frederick Washington Tyler. Mi padre se halla ausente en estos momentos y delegó en mí para todo lo referente al difunto Foxhurstone. Tengo poderes suyos, escritos y

redactados legalmente, y puedo mostrar el documento pertinente a fin de disipar las dudas que usted pueda tener acerca de mis derechos.

Melanie abrió el bolso, sacó un papel y lo puso en manos del abogado. Marshall lo leyó con todo detenimiento y asintió al final.

—No hay objeción, señorita Tyler —dijo.

Poniéndose en pie, buscó uno de los sobres y se lo entregó a la muchacha.

—¿Eso es todo? —preguntó Melanie.

—Por mi parte, sí, señorita.

—Gracias.

Melanie dirigió una ligera inclinación de cabeza a los presentes y se dirigió hacia la puerta, taconeando vivamente. Momentos después ponía pie en la calle.

Hizo un gesto de desagrado. Volvía a llover.

Por fortuna tenía su coche cerca. Cuando se disponía a salir del edificio, oyó una voz de tonos irónicos:

—¿Ha resultado fructuosa la lectura del testamento?

Melanie se volvió en el acto.

—No creo que eso le importe mucho, señor Orthon —contestó.

—Era simple curiosidad. Me habría gustado saber cómo Foxhurstone paga desde el otro mundo cierta clase de servicios.

Orthon no tuvo tiempo de terminar. Melanie, terriblemente indignada, le asestó una tremenda bofetada, que restalló como un disparo de pistola.

Orthon parpadeó.

—Pega fuerte, muchacha —dijo.

—Mi padre me enseñó a pegar —repuso Melanie—. Téngalo presente para la próxima ocasión, desvergonzado sujeto.

El joven sonrió.

—Tan fina, tan delicada... y tiene músculos de levantador de pesos —comentó.

Ella ya no le hizo caso. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia su coche, en el que desapareció a los pocos instantes.

Flora apareció minutos más tarde. Orthon la acompañó hasta el automóvil, de cuya conducción se hizo cargo.

—Estás un poco alterada —observó—. ¿No han ido las cosas bien?

—Foxhurstone fue siempre un excéntrico en todo —respondió Flora—. Me ha dejado como herencia un sobre, cuyo contenido me indicará lo que hizo para reparar el daño que me causó. ¿Quieres verlo?

—En casa —indicó Orthon.

Veinte minutos más tarde, Orthon tomó el sobre que le entregaba Flora. Era de papel bastante fuerte y pesaba algo más de lo corriente, debido al grosor de su contenido.

—Ábrelo tú, anda —dijo ella—. Me devora la curiosidad.

—¡No!

La negativa resultó violenta, casi brutal. Flora se sobresaltó.

—¡Paddy! ¿Qué te sucede?

El joven se volvió hacia ella.

—Flora, tú eres rica —dijo.

—Hombre, mi difunto esposo me dejó bien situada...

—Por tanto no necesitas el dinero, al menos de una manera inmediata.

—No, claro que no. Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué no hablas claro de una vez? —Permíteme, encanto. Tú no vas a abrir este sobre ni yo tampoco. Lo abrirá un amigo policía que tengo, experto en esta clase de correspondencia.

Flora sintió de pronto que le flaqueaban las piernas.

—Una... carta-bomba... —balbuceó.

—Puede que me equivoque, y esto que hago no sea sino un absurdo exceso de precauciones, pero nadie ha muerto jamás por ser demasiado precavido. Si se trata de bonos, acciones bancarias o valores convertibles no te importará mucho aguardar uno o dos días. Y si es lo que sospecho puede ser, el último deseo de Foxhurstone no se cumplirá en ti. ¿Lo has comprendido?

Ella, muy pálida, asintió.

—Sí, Paddy —contestó. Alargó la mano—. Por favor, tráeme algo de beber.

—Claro —sonrió él.

—¿Cu... cuándo sabré lo que contiene ese sobre?

—Mañana, tal vez, o pasado. En cuanto pueda conectar con mi amigo el policía, no te preocupes.

Orthon llenó la copa y se le entregó a la dueña de la casa. Flora bebió ansiosamente y luego lanzó un par de hipidos.

—Tengo los pelos de punta...

—No tienes por qué sentir temor —rió él—. A propósito, ¿qué sabes tú de Melanie Tyler? ¿También tuvo algo que ver con Foxhurstone?

—¿La conoces?

—Hoy la he visto por primera vez y sé que ha asistido a la lectura del testamento.

—El testamento de un demonio —murmuró Flora—. Paddy, yo no sé nada de esa chica. Compréndelo, la mayoría de nosotros ignorábamos prácticamente todo de los demás. Sin embargo, creo que los problemas fueron de su padre. Ella estuvo como su representante legal, porque él está ausente de Taftonville.

—Comprendo. Bien, no te preocupes, encanto. Duerme tranquila y...

—¿Te vas? —preguntó Flora.

—Claro.

—Pero no tienes adónde ir...

Orthon sonrió, a la vez que le acariciaba la barbilla.

—Me encontraste disfrazado. Ya te explicaré otro día, Flora. De todos modos, gracias por tu hospitalidad. Lo fue en todos los sentidos.

—Es preciso tratar siempre bien al huésped —contestó ella con una amplia sonrisa. Orthon abandonó la casa. En la calle, bajo la lluvia que caía mansamente, se preguntó qué debía hacer a continuación.

Lo primero de todo, guardar la carta en lugar seguro. Luego, se dijo, resultaría interesante sostener una entrevista con Melanie Tyler.

* * *

Silbando alegremente, Rex Thornble llegó a su apartamento y se sirvió una buena dosis de *bourbon*. La carta quedó momentáneamente sobre una consola.

El sobre abultaba bastante. Debía de contener billetes, buenos billetes de banco. En el pasado había hecho algunos favores a Foxhurstone. Debía de haberse sentido muy agradecido en el momento de redactar su testamento.

Claro que en los últimos tiempos se habían producido algunos conflictos entre los dos. Nada grave, roces sin importancia,

pequeñas discusiones que no habían pasado del empleo de alguna que otra palabra gruesa. Foxhurstone lo habría olvidado todo cuando redactó el testamento y metió un buen paquete de billetes en el sobre.

«¿Billetes de mil?», se preguntó.

Canturreó entre dientes mientras buscaba una plegadora. Encontró una, con forma de puñal antiguo, y se dispuso a abrir el sobre.

Los billetes, supuso, estaban en dos fajos. Uno solo habría abultado demasiado y el relieve resultaría estrecho. Dos fajos de billetes de mil, cincuenta en cada uno, cien mil en total...

Los ojos le chispearon de alegría. Sus problemas económicos se habían acabado, pensó, mientras rasgaba el sobre.

Apenas había terminado de abrirlo, brotó un violento chorro de gas que le dio en pleno rostro. Tosió fuertemente y los ojos se le llenaron de lágrimas en el acto.

El gas despedía un olor terriblemente apestoso. Thornble sintió que le llegaba al fondo de los pulmones, en los que inmediatamente percibió una espantosa sensación de quemadura.

Vaciló. Quiso tirar el sobre a un lado, pero se le había adherido a la mano, y al agitarlo salieron las nubes de gas todavía más intensas.

Las rodillas se le doblaron inconteniblemente. Impedido de deshacerse del sobre, apoyó la mano libre en el suelo.

—Dios... me arden... los pulmones —gimió.

Comprendió que iba a morir y trató de alcanzar el teléfono, pero las fuerzas le fallaron antes y cayó de bruces sobre la alfombra.

La estancia se había llenado ya de gas. Con los últimos restos de su consciencia, Thornble percibió un olor característico.

Recordó algo que había dicho en casa del abogado:

«Yo abriré mi sobre y saldrá una nube de vapor de azufre...».

Empezó a perder el conocimiento. Una baba amarillenta brotó de su boca, pero ya no lo sentía.

Mucho más tarde, pero aquella misma noche, alguien entró en el apartamento y se llevó el sobre.

Thornble no lo impidió. Estaba muerto.

* * *

La muchacha se hallaba sentada en una butaca, junto al fuego,

contemplando con expresión abstraída las llamas que ardían alegremente en la chimenea. En una mesita contigua estaba el sobre que había recibido por la tarde en el despacho del abogado Marshall.

De vez en cuando lo acariciaba suavemente con las yemas de los dedos. El sobre estaba dirigido a su padre, pero Melanie dudaba en mantenerlo cerrado. A fin de cuentas tenía la autorización paterna para hacer lo conveniente en aquel punto.

Una voz extraña sonó de pronto en la sala:

—Preciosa estampa. Sólo falta un gran danés dormitando a los pies de su ama. Claro que a lo mejor a usted le gusta otra raza de perros...

Melanie reaccionó vivamente y se puso en pie de un salto. En sus ojos apareció la indignación al reconocer a su inesperado visitante.

—¿Qué hace usted aquí? —gritó—. ¿Cómo ha entrado en esta casa sin mi permiso?

Orthon levantó las dos manos, como suplicando calma.

—No se altere, señorita Tyler —rogó—. He venido en son de paz; más todavía, para ayudarla a usted.

—Pero yo no le he llamado. Además, la puerta está cerrada.

—Poseo la facultad de filtrarme a través de las paredes —contestó el joven alegremente—. Ah, veo con satisfacción que no ha abierto todavía el sobre que le dejó Foxhurstone.

—Eso no le interesa a usted en absoluto, se lo repito de nuevo —contestó Melanie, sin dar muestras de deponer actitud.

—Tendrá que dispensarme mi oficiosidad, pero me disgustaría enormemente que le ocurriese algo desagradable. Por favor, no abra el sobre.

—¿Qué pasaría si lo hiciera?

Orthon contempló el sobre unos instantes. Era bastante grueso también.

—He tenido en mis manos el sobre que recibió la señora Sheane —dijo al cabo—. Ella no lo ha abierto ni yo tampoco. Mañana, tal vez al otro día, lo hará un amigo mío que está en la policía y que además es experto en explosivos.

Melanie palideció.

—¿Sospecha usted...?

—Como le he dicho a la señora Sheane, las precauciones nunca están de más, sobre todo cuando se trata de la herencia de un tipo llamado Foxhurstone. Sospecho que alguien de la familia Tyler tuvo problemas con él hace algún tiempo. ¿Me equivoco?

Ella se mordió los labios.

—No, no se equivoca, es verdad —contestó.

Desenvueltamente, Orthon se acercó a la chimenea y tendió las manos hacia las llamas.

—Parece que no, pero fuera hace un tiempo bastante desapacible —comentó con aire intrascendente—. Melanie, ¿por qué no me lo cuenta todo? —solicitó.

Capítulo IV

LA muchacha vaciló un momento, pero acabó por asentir.

—Está bien, le diré lo que sé, que no es mucho. Mi padre, y no digamos mi madre, no quisieron contarme gran cosa. Les comprendo, porque resultó muy desagradable de veras.

—Según veo los tratos con Foxhurstone nunca fueron agradables —comentó él—. ¿Me permite? Veo ahí una cafetera y creo que una taza de café caliente me sentará bien.

—Oh, perdone, no me di cuenta...

—No tiene importancia, Melanie. Siéntese y hable sin reparos.

—Le sucedió a mi tía Eileen, la hermana menor de mi padre. Ella sí se relacionó con ese demonio.

—¿Y...?

—No sé exactamente lo que sucedió. Ella parecía enteramente subyugada por Foxhurstone, como si él se hubiese apoderado de su voluntad. Daba la sensación de que era un títere en manos de ese individuo.

—Suele pasar a veces. La mente fuerte ejerce una influencia muy poderosa sobre la mente más débil. Además, está el problema de la atracción morbosa del débil hacia el fuerte, aquél se da cuenta de que hace algo indebido, incluso de que puede ir a la perdición, pero sin embargo, es incapaz de vencer sus inclinaciones y se deja llevar a la realización de actos poco gratos, e incluso delictuosos.

Melanie miró con asombro al joven.

—Pareces entender mucho del tema —observó.

—He estudiado psicología —respondió él—. Pero continúa, por favor.

—La descripción que has hecho de una de esas personas de mente débil encaja a la perfección con tía Eileen. Y no sabemos en qué hubiera parado la cosa si no hubiese intervenido mi padre.

—¿Qué hizo?

—Bueno, se hartó de pedir a su hermana que dejase a Foxhurstone, y fue un día a visitarle. Foxhurstone se acordó de aquella visita hasta el día de su muerte, y si hubiese vivido cien años tampoco lo habría olvidado.

Orthon sonrió.

—Apuesto algo a que el profesor Tyler le sentó la mane encima a ese embaucador, como suele decirse.

—Le dio una monumental paliza y tuvo que ir al hospital. Foxhurstone, sin embargo, no quiso formular ninguna denuncia y se conformó con, digamos, dejar libre a su presa. Pero ¿por qué has llamado profesor a mi padre? —exclamó Melanie, asombrada—. No tiene nada de profesor...

—Te enseñó a pegar —contestó Orthon.

Ella se sonrojó levemente.

—Bueno, la verdad es que dijiste algo que me puso furiosa. Pero no te vayas a creer que ando por ahí soltando bofetadas a todo el que dice algo que no me gusta. En esta ocasión, la cosa, sin embargo, era un poco más fuerte ya mí me duraba todavía el resquemor de lo que pasó a tía Eileen.

—No te preocupes, yo ya lo he olvidado. ¿Qué más sabes del asunto?

—Hay algo sobre fiestas perversas, satanismo, magia negra... Los que han asistido no son muy explícitos al respecto. Patrick.

—Puedes llamarme Paddy —indicó él—. Hay otra cosa nada agradable en este asunto, y es que el organizador de esas fiestas, que no suele actuar solo, toma fotografías ocultamente, filma películas o cintas de video. Las fiestas suelen empezar muy mesuradamente, pero al final acaban todos desnudos como cuando vinieron al mundo y realizan repugnantes orgías sexuales. Ahora, imagínate si apareciese una película con tu tía como protagonista de alguna de esas escenas.

Melanie se sofocó violentamente.

—¿Tú crees? —preguntó.

—Es una posibilidad que no debemos dejar de tener en cuenta —dijo Orthon.

—Pero Foxhurstone está muerto.

—Las películas, fotografías o lo que sea, si existen, están escondidas en alguna parte. Tengo la seguridad de que ese

individuo no actuaba solo. Si tenía un cómplice, y éste conserva el material comprometedor...

La muchacha se estremeció.

—Sería horrible —murmuró.

Un tronco se partió de pronto y un turbión de chispas subió a lo alto de la chimenea. Orthon se levantó, arregló el fuego y volvió a su sitio.

—Paddy, de todos modos, hay algo que me induce a creer que tus razonamientos son erróneos —dijo Melanie.

—¿Sí?

Ella señaló el sobre.

—En el testamento se expresa que Foxhurstone quiere reparar el mal que hizo a algunas personas. Eso no encaja mucho con lo que tú acabas de decirme. Foxhurstone se dio cuenta de que había hecho daño a algunas personas y quiso compensarlas póstumamente.

—Aguarda un momento, por favor. ¿Qué clase de daño hizo a tía Eileen, aparte de las acciones de índole estrictamente personal, es decir, de tipo físico?

—No sé... Creo que le sacó bastante dinero. Ella tiene un capital, procedente de la herencia de los abuelos, es decir de los padres de mi padre. Siempre fue independiente con respecto a su situación económica y mi padre no quiso inmiscuirse jamás en estos asuntos. Hasta que Foxhurstone entró en escena.

—De modo que le sacó dinero...

—Sí, tengo la sensación de que fueron unos cincuenta o sesenta mil dólares, pero eso es todo lo que sé sobre el particular.

—Entonces estamos en que fue tía Eileen la perjudicada.

—Efectivamente, Paddy. Pero ¿adónde quieres ir a parar? —preguntó Melanie, extrañada por la serie de observaciones que le hacía el joven.

Orthon señaló el sobre que yacía sobre la mesita contigua.

—Si tía Eileen fue la perjudicada, en tal caso, ¿por qué ha sido tu padre una de las personas mencionadas en el testamento? Lo correcto, estimo yo, es que hubiera sido su hermana y no él la que debiera recibir las compensaciones que Foxhurstone quería otorgar a sus víctimas.

—Tienes razón —respondió Melanie—. El sobre va dirigido a mi

padre...

—Y yo te prohíbo que lo abras hasta que haya sido examinado por algún experto en esta clase de correspondencia. Si no te fías de mí, consérvalo hasta que sepamos lo que hay en el sobre de la señora Sheane. Pero guárdalo en lugar seguro, para que no pueda ser abierto inadvertidamente por otra persona.

—Muy bien, lo haré como dices. ¿Cuándo sabrás el resultado del examen del otro sobre? —Mañana se lo entregaré a mi amigo el policía. Quizá me lo haga en el acto o puede que tenga que esperar. No estoy en condiciones de darte una respuesta exacta.

Orthon se puso en pie.

—Creo que es hora ya de que me retire —añadió—. Melanie, me alegro mucho de haberte conocido.

—¿Aunque haya sido a bofetadas? —sonrió ella.

—Me la tenía merecida. Una chica tan preciosa como tú no podía prestarse a ciertas acciones.

—Las apariencias engañan, Paddy —la muchacha.

—En tu caso, no —respondió Orthon.

El joven se encaminó hacia la puerta. Cuando la iba a abrir, Melanie llamó su atención.

—¡Eh, no se sale por ahí!

Orthon se volvió.

—Esto es la puerta —dijo.

—Pero ¿no te filtras por las paredes? —exclamó ella jovialmente.

El joven se echó a reír.

—Sólo puedo hacerlo una vez al día y hoy he agotado mi cupo —respondió—. Buenas noches, Melanie.

—Buenas noches, Paddy.

* * *

Por la mañana, Orthon leyó en el periódico una noticia que le dejó sumamente preocupado.

Rex Thornble había aparecido muerto en su apartamento. La mujer de la limpieza se lo había encontrado caído en el suelo, ya frío y rígido. Según el forense, la muerte debía de haberse producido entre nueve y diez de la noche.

—Cuando yo estaba conversando con Melanie —se estremeció Orthon.

La información decía que el forense había anticipado un posible fallo cardíaco como causa de la muerte, pero que no obstante emitiría un dictamen definitivo una vez practicada la autopsia al cadáver. Orthon se preguntó si Thornble no había muerto a consecuencia de alguna trampa colocada en el sobre que había recibido de manos del abogado Marshall.

Pero quizá se estaba mostrando demasiado aprensivo. Lo que tenía que hacer ahora era entregar el sobre a su amigo y luego preocuparse momentáneamente del asunto.

Sin embargo, no lo consiguió.

La muerte de Thornble seguía pesando en su ánimo. Compró el periódico y encontró que era una nueva edición. Leyó el reportaje con todo detenimiento sin omitir una sola palabra, y aunque de momento no supo captar el detalle, se dio cuenta de que faltaba algo en el relato del suceso.

Había leído el diario en un bar, en el que había entrado a tomar café. De pronto, concibió una idea y decidió ponerla en práctica inmediatamente.

Apenas veinte minutos más tarde estaba ante la puerta del apartamento de Thornble. Para entrar empleó el mismo procedimiento que había utilizado en la casa de Melanie: una ganzúa.

Cerró suavemente la puerta a sus espaldas. El apartamento estaba completamente cerrado. Había cierto olor extraño, muy débil, flotando en el ambiente. Aspiró el aire con fuerza y llegó a la conclusión de que posiblemente se trataba de alguna clase de desinfectante. Lo habría mezclado con la atmósfera la mujer de la limpieza, pensó.

Durante un buen rato se dedicó a registrar cuidadosamente el interior del apartamento. Se había puesto unos guantes de goma, de cirujano, para no dejar huellas, pero empezó a pensar que no conseguiría encontrar nada interesante.

En una estantería había dos docenas de libros. Examinó algunos al azar. Uno de ellos le pareció algo más pesado de lo que podía indicar por su apariencia.

Extrajo el libro y lo abrió. Respiró al ver el hueco practicado en el bloque de páginas, con capacidad suficiente para contener un cartucho de video.

Sería interesante contemplar las escenas en la cassette, pero lo haría en su casa, tranquilamente, sin temor a ser sorprendido. Devolvió el libro a la estantería, preguntándose cómo era posible que un detalle tan importante hubiera podido pasar desapercibido a los policías que habían acudido al ser informados de la muerte de Thornble.

Había una explicación lógica. El forense había dicho que la muerte se debía posiblemente a un fallo cardíaco. Puesto que no se observaban señales de violencia, el asesinato por el momento quedaba descartado. Entonces la policía no tenía por qué registrar el piso.

Pero él si lo había hecho y no había encontrado el menor rastro del sobre recibido por Thornble en casa del abogado.

¿Qué había hecho de la misteriosa carta de Foxhurstone?

Tal vez volvería en otro momento. Ahora le picaba la curiosidad por ver las escenas grabadas en la cassette. Guardó ésta en el bolsillo del impermeable, se quitó los guantes y echó a andar en el umbral.

El hombre se sintió muy sorprendido de verle en el apartamento. Orthon captó una llave en su mano derecha, extendida como si fuese a introducirla en la cerradura. También se sorprendió, pero tenía la suficiente presencia de ánimo para rehacerse casi en el acto.

—¿Iba a entrar, señor? —preguntó sonriendo.

El otro le miró recelosamente.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—¿Y usted? —dijo el joven.

—Me llamo Garry Feldon. Era amigo del difunto Rex Thornble. Venía a recoger algunas cosas que le presté.

—Disculpe, señor Feldon. Soy el ayudante del administrador del edificio y he estado examinando el interior del apartamento. Compréndalo; tendremos que ponerlo en alquiler muy pronto.

—Oh, sí, claro —respondió Feldon—. Lo encuentro completamente lógico, pero no tema; no me llevará nada que no me pertenezca. Algunos libros, unos discos... Cosas sin importancia, se lo aseguro.

—Pobre señor Thornble —dijo el joven, fingiendo pesar—. Ha muerto cuando más podía esperar de la vida. Porque creo que había recibido una importante herencia, ¿no es así? De pronto, Orthon

chasqueó los dedos.

—Ahora que recuerdo. Usted también estuvo en casa del abogado Marshall, señor Feldon.

El sujeto se estiró. Era un tipo de estatura menos que mediana, casi calvo, con nariz ganchuda y mentón picudo y saliente. Los ojos, redondos y acuosos, le miraban detrás de unos lentes de gruesos cristales.

—No creo que eso le importe a usted, señor —respondió envaradamente.

—Perdone, no quise molestarle. Quizás el pobre Rex no se lo dijo, pero éramos bastante amigos. Él me contó lo que pasó en el despacho del abogado, porque me había dicho que tenía que acudir a dicha ceremonia, y mencionó los nombres de algunos de los herederos de Foxhurstone. El suyo era uno de ellos, señor Feldon.

Orthon mentía. Los nombres de los había dado Flora, pero, claro, no se lo iba a decir al sujeto que tenía frente a sí.

«Un hombre de apariencia insignificante, pero que puede resultar un mal enemigo en un caso dado», calificó mentalmente a Feldon.

—Bueno, de todos modos, ése es un asunto que no le concierne a usted para nada —dijo Feldon—. Si Rex debía algo yo lo abonaré, para que no haya problemas con el administrador del edificio.

Orthon levantó una mano.

—Por favor, todo está al corriente; no tiene que molestar se para nada.

Se apartó a un lado y tendió el brazo.

—Puede pasar, señor Feldon —agregó.

El otro cruzó el umbral. Orthon recomendó:

—Le ruego cierre la puerta cuando se marche.

—Sí, desde luego. Ah, una pregunta, ¿cómo se llama usted? Todavía no he oído su nombre.

—Pete Smith-Jones —contestó el joven con una amplia sonrisa—. Es un apellido un poco raro, ya lo sé, pero hace sesenta años mi abuelo tuvo el capricho de unir a su apellido al de su esposa y así quedó para sus descendientes.

—Entiendo, señor Smith-Jones. Encantado de haberle conocido.

—Digo lo mismo, señor Feldon.

Orthon cerró la puerta. Dejó de sonreír en el acto.

¿A qué diablos iba Feldon a casa de Thornble?

¿Era cierto que quería recoger algunos objetos privados?

Como fuese, no le convenía seguir mucho tiempo más en la casa. Feldon no era tan tonto como aparentaba. Si se le ocurría llamar al administrador del edificio y preguntarle por su ayudante Pete Smith-Jones...

Una rápida y discreta retirada se imponía en el acto y eso fue lo que hizo sin perder un segundo más.

En cuanto llegó a su casa, insertó el cartucho de video en el alvéolo correspondiente, dio el contacto y se sentó en el diván, dispuesto a contemplar las escenas grabadas en la cinta de imagen y sonido.

Capítulo V

HABÍA un gran telón negro en la pared del fondo de la estancia, iluminada por una gran lámpara circular situada en el techo. El telón parecía de terciopelo y tenía un extraño dibujo grabado en oro, seguramente pintado a mano: una estrella de seis puntas y un tridente de mango corto en su interior.

El hombre apareció ataviado con una larga túnica negra. Orthon no lo había visto nunca, pero reconoció a Foxhurstone inmediatamente.

Había ocho o diez personas, arrodilladas delante del estrado en el que se hallaba el oficiante. Cinco eran mujeres, de distintas edades, pero con un denominador común: todas eran muy atractivas.

Por el momento todos estaban de espaldas a la cámara, por lo que Orthon no podía distinguir sus facciones. Pero siguió atento a la proyección, procurando no perderse ningún detalle.

Detrás de Foxhurstone había una especie de altar, sobre el que se divisaba un gran cuenco de metal dorado, del que se desprendían leves columnitas de vapor. Foxhurstone recibió una especie de oración, en realidad una invocación al diablo, un aberrante discurso que sacudió el estómago del joven de una forma muy poco agradable.

Al cabo de unos minutos, Foxhurstone agarró el cuenco con ambas manos y se acercó a los asistentes a la infernal ceremonia. Uno tras otro, todos se pusieron en pie y tomaron largos sorbos del líquido contenido en el recipiente.

El oficiante terminó el líquido y dejó éste sobre el altar. Al hacerlo, Orthon captó un detalle que antes le había pasado desapercibido.

Junto al altar había una mesita auxiliar, casi más bien un taburete, encima del cual vio otro cuenco. En éste había algunos

papeles, cuyo significado se le escapó por el momento.

«Tendré que buscar quien me amplíe la imagen», se dijo Foxhurstone volvió a lanzar otro discurso. Repentinamente, todos los asistentes se pusieron en pie.

Uno tras otro empezaron a despojarse de sus ropas, hasta quedar completamente desnudos. Entonces dio comienzo una repugnante orgía sexual.

Orthon, asqueado, se dispuso a apretar el botón de cierre no tenía ganas de presenciar algo que le producía náuseas. De pronto, vio algo que le hizo dar un salto en el diván:

—¡Por todos los...! Mira quién estuvo en esta fiesta. Era una mujer de unos treinta y dos años, rubia, abundante de carnes, como una modelo de Rubens, en cuyos labios se apreciaba una sonrisa de infinita lascivia. Orthon sabía que Annie Goodwin no era una mujer precisamente remilgada, pero jamás la habría creído capaz de llegar a semejantes extremos.

Ya no necesitaba seguir contemplando más la grabación. Apagó el televisor, rebobinó la cinta, extrajo la cassette y se dispuso a salir de casa.

No quería perder más tiempo; sabía dónde encontrar Annie Goodwin y quería hablar con ella aquella misma noche.

El edificio estaba casi completamente a oscuras. Seth Parry detuvo su coche en las inmediaciones, se apeó y cruzó la explanada que había entre el edificio y la acera.

Era una construcción de veinte plantas y Parry se sentía orgulloso de su obra. Había invertido en el edificio todo su capital y esperaba percibir muy pronto sustanciosos beneficios.

Sin embargo, estaba en dificultades. Se hallaba en el centro de una grave crisis económica: había pedido prestado más de lo que podía devolver, y ello debido a errores de cálculo que ahora le pesaban enormemente.

El edificio estaba terminado, pero vacío. Funcionaban todos los servicios y se podía ocupar en cualquier momento, pero Parry tenía enemigos poderosos y las autoridades no le concedían aún el permiso oficial para empezar a vender apartamentos y plantas enteras, o bien iniciar el alquiler de los distintos departamentos.

Sus problemas desaparecerían en cuanto dispusiera de los permisos oficiales, pero sus enemigos políticos querían arruinarle.

Había levantado el edificio sin acudir al socorrido procedimiento de «engrasar» algunos despachos y sus ocupantes se la tenían jurada.

Pero ahora, se dijo, sus dificultades iban a desaparecer.

La carta que le había entregado el abogado Marshall estará en su bolsillo. Maquinalmente, se dio una palmada en el costado, para tocar los sellos de lacre a través de la tela. Conocía de memoria el contenido de la carta.

«Amigo Seth, conozco sus problemas y deseo ayudarle a resolverlos. Suba al piso número 20 de su edificio y diríjase a la puerta que conduce a las escaleras de emergencia del lado oeste. Al otro lado, bajo la pequeña plataforma de metal que forma una especie de descansillo donde se inicia dicha escalera, encontrará usted un cheque por importe de cien mil dólares. Poca cosa es para mostrarle mi gratitud, pero confío en que sabrá tener en cuenta mi buena voluntad. Usted fue uno de los que no me trataron de impostor o algo peor, y yo quiero demostrarle mi agradecimiento.

»En el cheque no hay fecha. Póngala usted mismo, siempre que sea anterior a la de mi muerte. Y ojalá que con esa suma se superen las dificultades que tanto pesar le proporcionan.

»Suyo afectísimo,

»E. P. FOXHURSTONE».

Sí, se sabía la carta de memoria, y aunque le extrañaba, no por ello iba a desperdiciar la ocasión.

Quizá Foxhurstone no había sido tan malo como le suponían.

—De todos modos, si hubiera sido yo no le habría dejado ni un centavo —rezongó.

La verdad era que Foxhurstone no tenía nada que agradarle, sino todo lo contrario.

—Si no hubiera sido porque murió tan oportunamente... —murmuró para sí.

Pero el tipo había sido siempre un poco raro y tal vez había pensado en reparar el mal que había causado a ciertas personas. Animado por estos pensamientos, Parry cruzó la explanada y dirigió una sonrisa al vigilante nocturno, que custodiaba la entrada.

—Voy al ático, Johnny —dijo.

—Muy bien, señor Parry. Por aquí todo en orden, señor.

—Gracias. ¿Un cigarro?

El vigilante lo aceptó con la sonrisa en los labios.

—Es usted muy amable, señor Parry.

—Me gusta que la gente que trabaja para mí se sienta satisfecha. Así se le pasará mejor la noche, Johnny.

—Sí, señor. Gracias otra vez.

Parry entró en el edificio y tomó el ascensor. Maldijo entre dientes; todo estaba listo y ya podía haber empezado a percibir el fruto de su trabajo, si no hubiera sido por aquellos corrompidos políticos...

Tardaría, pero lo conseguiría, y no les habría dado un centavo a ganar ilegalmente. La gente empezaba a murmurar; cuando se celebrasen las próximas elecciones, aquella podrida cuadrilla de politicastos que sólo buscaban el medro personal sería barrida inexorablemente.

Minutos después salía al corredor de la última planta. Con los cien mil dólares, pensó, podría hacer frente a los pagos más acuciantes. Los acreedores, viendo su buena voluntad, dejarían de presionarle y...

Abrió la puerta de emergencia. La plataforma de metal estaba al otro lado, sobre el abismo de sesenta y tantos meros que había hasta el fondo del hueco.

El cheque no aparecía a la vista. Ah, sí, la carta mencionaba bajo la plataforma...

Para buscarlo, se arrodilló en el cuadrado de metal estriado. Alargó la mano, tanteando por debajo de la plataforma. ¿Por qué diablos le enviaba Foxhurstone a buscar allí el cheque? ¿Era que no se lo podía haber dejado en la misma carta?

Avanzó un poco más, de rodillas, hasta que todo su cuerpo estuvo sobre el cuadrado de metal. De repente, se oyó un fuerte chasquido.

La plataforma cedió de golpe. Parry se sintió precipitado al vacío.

Gritó, pero mientras caía comprendió por qué había tenido que ir a buscar el cheque en un lugar tan extraño. Volteando siniestramente, inició un descenso de creciente velocidad, que terminó con el choque definitivo contra el cemento del fondo del pozo.

La mujer levantó los ojos al ver entrar a un cliente que llevaba a horas intempestivas. El sujeto llevaba sombrero y gabardina, debido a la llovizna que caía con pertinacia. El ala del sombrero proyectaba oscuras sombras sobre sus facciones.

—Sólo un trago, señor —dijo Annie Goodwin—. Voy a cerrar.

Orthon levantó la cabeza.

—¿Tan cambiado estoy? —preguntó sonriendo.

—Maldita sea. ¿Por qué tienes que entrar con aspecto de atracador solitario? —dijo enojada.

—Vaya, yo creí que era Bogart...

—Un cuerno —rezongó ella—. Bueno, te daré un trago, pero lárgate enseguida. Estoy cansada y no tengo ganas de jaleos.

—Ah, de modo que piensas que he venido en busca de... «jaleo».

—¿A qué otra cosa podrías venir? Llegas, me usas, te marchas, estás meses enteros sin dejar ver siquiera el color de tu pelo... No te debo nada, Paddy.

—Yo creo que sí, y lo que me debes no es precisamente unos minutos de expansión. Has dicho que ibas a cerrar, ¿no?

—Sí, desde luego.

Los ojos del joven fueron hacia el televisor que había en uno de los rincones del local.

—Tienes video —observó.

—Algunos clientes traen sus propios cassettes. Les cobro un tanto por utilizar ese chisme.

—También les proporciona películas, Annie.

—Pero no del tema que imaginas. Soy una mujer curtida y hay cosas que no me gustan en público.

—¿Estás segura?

—¿Adónde diablos quieres ir a parar, maldita sea? —exclamó Annie encolerizada.

Orthon hizo un amplio ademán.

—Cierra y baja las cortinillas —indicó—. Las imágenes son siempre más elocuentes que las palabras.

—Sí, lo dijo un chino, creo.

Annie abandonó el mostrador y se dispuso a cumplir lo que era, en realidad, una orden. Mientras, Orthon se despojaba del sombrero y de la gabardina.

A continuación, se sirvió una copa. Luego fue al video y puso el

cartucho de cinta. Acto seguido dio el contacto.

Apenas cinco segundos más tarde, Annie lanzó un agudo chillido.

* * *

Cuando terminó la proyección de la cinta, Annie, completamente desmadejada, tuvo que sentarse en una silla.

Lloraba desconsoladamente. Orthon, compasivo, le dio un poco de *brandy*, que ella ingirió entre hipidos.

—Nunca me arrepentiré lo suficiente. Fui allí como una incauta —gimió Annie cuando al fin recobró el uso de la palabra.

—Todos podemos pecar —dijo Orthon gravemente—. Lo importante es que seamos capaces de arrepentimos.

—¿De dónde has sacado esa maldita grabación? Yo creí que no quedarían rastros... —Luego te contaré. Primero quiero oír tu versión de los hechos.

Annie inspiró profundamente.

—Está bien. Supongo que en este mundo alguna vez una comete una locura... Hubo un tiempo en que me sentía deprimida. Fui a un psicoanalista, pero no conseguí nada. Entonces, un cliente, antiguo conocido, me recomendó a Foxhurstone.

—Y acudiste a su casa.

—Sí. Tuvimos varias sesiones de, digamos, adaptación a sus extrañas creencias. Yo me sentía un poco fuera de aquel ambiente, pero al mismo tiempo notaba también cierta tranquilidad de ánimo, que me hacía sentirme mucho mejor.

—¿Por qué te sentías deprimida, Annie?

Ella le dirigió una lacrimosa mirada.

—Rickie —contestó.

—Ah, tu esposo.

Rickie Goodwin había desaparecido un buen día, sin previo aviso. Annie se había enterado poco después de que su marido se había fugado en compañía de una rica cuarentona.

«Por lo visto —pensó Orthon—, el señor Goodwin consideraba humillante tener que depender de su mujer y trabajar en el local como un simple empleado. La otra le había ofrecido una vida cómoda y sin preocupaciones, y Goodwin había alzado el vuelo en busca de mejores horizontes».

En parte, era también culpa de Annie. Su marido, algo más

joven que ella aunque no con una diferencia de edad insalvable, había sido poco menos que el chico para todo de los recados durante el día y el amante para las noches ardorosas. A la larga un hombre demostraba su orgullo de alguna manera, aunque fuese largándose con otra mujer mucho mayor que Annie, pero también dueña de una gran fortuna.

El golpe había resultado muy duro para Annie, aunque Orthon estimaba que la herida había sido más en el amor propio y la dignidad que en otros aspectos. Lo cierto era que, tras las semanas de depresión, Annie había sanado con rapidez, de lo cual él tenía abundantes pruebas.

Pero había sido precisamente en aquella época cuando había conocido al infernal personaje. Y en busca de consuelo, Annie había caído en acciones muy poco dignas.

—Bueno —dijo el joven, pasados unos momentos—. Te sentías deprimida y fuiste a que Foxhurstone te curase. Lo conseguí, según parece.

—No estoy segura. Lo que sí puedo decirte es que, después de lo que sucedió aquella noche, ya no volví más por su casa.

—¿Recuerdas lo que pasó?

—¡Claro! —contestó ella indignadamente—. No tengo tan mala memoria...

—Es curioso. Foxhurstone os dio a beber algo, un líquido que no se puede apreciar en la pantalla. Yo pensé que era un alucinógeno.

—Y puede que lo fuese —respondió Annie—. Tenía desde luego un gusto muy raro, aunque también agradable. A los pocos momentos yo me sentí enormemente eufórica, llena de optimismo y de esperanza...

—Y también de ardor —sonrió el joven.

Annie se puso colorada.

—No me lo recuerdes —pidió—. Sólo sé que cuando Foxhurstone nos ordenó quitarnos las ropas todos obedecimos en el acto, muy alegres, rebosando ganas de vivir, de disfrutar de la existencia... y de los encantos físicos de los asistentes a la reunión. Ahora me avergüenzo de lo que pasó, pero si te he de ser sincera mientras duró disfrutamos como locos.

—Mientras duró el efecto de la droga —puntualizó Orthon.

—Sí, es preciso reconocerlo. Luego sobrevino la relajación, una

especie de sopor del que tardamos un buen rato en salir. Al fin me vestí, regresé a casa... y hasta hoy. Ya no he vuelto más por allí.

Orthon meditó unos instantes.

—Annie, perdona que traiga de nuevo a relucir imágenes que no te gustan, pero quiero que veas una cosa —solicitó.

Orthon puso el video nuevamente en funcionamiento. Cuando llegó a determinado punto de la grabación, detuvo la proyección y señaló en la pantalla un lugar determinado.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Dinero.

—¿Seguro?

—Sí. Nos trajeron sendos fajos de billetes. Calculo que habría alrededor de treinta mil dólares en cada fajo. Los otros dieron cheques, garantizados por el banco. Vi uno y era de cincuenta mil dólares.

—¿También tú pagaste por asistir a la fiesta?

—No. Yo fui... en calidad de invitada. Foxhurstone dijo que asistiría a una reunión en donde todos nos comunicaríamos intensamente los unos con los otros a fin de elevar nuestros espíritus y, aunque no lo mencionó específicamente, comprendí luego que no me había pedido dinero, porque le había prestado mi colaboración en aquella fiesta.

—Había diez personas en total —dijo el joven—. Si cada una pagó treinta mil dólares de promedio, aquella noche Foxhurstone obtuvo un buen botín, ¿no te parece?

—Bien, la reunión era como una especie de fin de curso para todos. Claro que cada uno habíamos tenido nuestra serie de entrevistas personales con él y no nos vimos sino hasta el momento de la reunión. Yo supongo que el dinero que pagaban era la minuta de «honorarios» total por las sesiones que él había dedicado a cada cliente.

—Vamos, como el psicoanalista te pasa la factura después del tratamiento, que puede ser más o menos largo, según los casos.

—Sí, exactamente.

Orthon volvió la vista hacia la pantalla, en la que había «congelado» la imagen. Moviendo los labios apenas, contó las figuras que aparecían en el televisor.

—Diez, pero tú no pagaste...

—Había otra chica que tampoco pagó. Los que dieron dinero fueron ocho en total.

—Ah, así consiguió casi un cuarto de millón. No está mal, ¿verdad?

—Era un tipo muy listo. Sabía cómo embaucar a la gente.

—¿Conocías a la otra joven que no pagó?

—La he visto después un par de veces. Ella simula no saber nada de lo ocurrió y yo no tengo tampoco ganas de recordárselo.

—Señálala en la imagen, por favor.

El índice de Annie se posó sobre la pantalla, junto a una hermosa muchacha completamente desnuda, cuyo rostro podía verse de perfil. El pelo, intensamente negro, caía largo y suelto hasta su cintura.

La joven sonreía de un modo especial, como si estuviese contemplando unas visiones maravillosas. Orthon se quedó rielado.

—Ella... —musitó.

Hasta aquel momento no se había fijado en la muchacha, debido a que su atención estaba centrada en Annie, de figura mucho más relevante y más cerca del objetivo que la otra. Pero ahora ya no cabía la menor duda: él también había reconocido a la joven de los largos cabellos negros.

—Está bien, Annie, gracias por todo —dijo al cabo.

Recogió la cassette y se dispuso a ponerse el sombrero y a gabardina.

—¿Te vas? —preguntó ella.

—Estoy cansado, Annie.

—Puedes dormir aquí...

—¿Crees que podría pegar un ojo en toda la noche?

Annie sonrió.

—La noche es muy larga. Hay tiempo para todo, Paddy.

Orthon se ajustó el cinturón del impermeable.

—Habrá otras noches —se despidió.

Cuando salió a la calle, preguntó qué excusa pondría Melanie Tyler para justificar su mentira. Porque había negado toda relación personal con Foxhurstone y un objetivo indiscreto había captado su figura, en situaciones sumamente comprometedoras.

—Sí, será interesante saber cómo se justifica —dijo, a la vez que alzaba una mano para detener un taxi que se acercaba bajo la

lluvia.

Capítulo VI

DIVISÓ al hombre de lejos y parpadeó asombrado. Bill Grogan pensó que veía visiones, aunque muy pronto se dijo que era una confusión.

No podía ser. Él había conocido personalmente a Foxhurstone y sabía que estaba muerto y estaba enterrado. Debía de tratarse de otra persona, aunque, ¿qué diablos hada aquel sujeto en las inmediaciones de la casa del muerto?

Como tenía un deber que cumplir, decidió investigar. Sin embargo, no pudo encontrar el menor rastro del sospechoso.

La noche era oscura y desapacible, por la lluvia que caía mansamente, aunque por fortuna no soplaba viento, lo que habría originado un ambiente mucho más desagradable. El impermeable de uniforme de Grogan chorreaba agua cuando se acercó a la casa de Foxhurstone.

Todo estaba en orden, comprobó minutos más tarde. Puertas y ventanas cerradas, ninguna señal de violencia, nada de rastros sospechosos en los trozos despejados del jardín...

Había sido una simple ilusión, causada por algún viandante que regresaba a su casa demasiado tarde. Encogiéndose de hombros, continuó la ronda.

El hombre alto también continuó su camino y llegó poco más tarde al cementerio. La luz del farol del vigilante brilló muy pronto.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Burt.

—Hace un tiempo infernal, señor.

—Sí, desde luego.

—Estará un poco incómodo allí, supongo.

—La tumba no es nunca un lugar cómodo, Burt.

—Y usted que lo diga. Pero también se descansa mucho.

—Se descansa eternamente.

—Es cierto. Bien, no quiero molestarle más, señor. Buenas noches.

—Casi son ya buenos días, Burt.

Los dos hombres se separaron. El más alto se encaminó al panteón, cuya verja abrió a los pocos instantes.

Después de cerrar, levantó la tapa del féretro y se tendió en su interior. Una extraña sonrisa lucía en sus labios delgados y descoloridos.

Cerró los ojos y adoptó una postura de absoluta inmovilidad.

Al día siguiente, por la mañana, Orthon hizo una llamada telefónica.

—Quiero preguntarle algo, Melanie —dijo.

—¿Sí? ¿De qué se trata, Paddy?

—¿Tienes video en casa?

—No. Todavía no he caído en esa chifladura. No soy muy adicta a la televisión, aunque reconozco que tiene cosas buenas. ¿Por qué lo dices?

—Tengo una grabación y me gustaría que la vieses, en mi video, claro.

—¿Ahora?

—Mujer, si tienes algún compromiso...

—Tengo trabajo, Paddy.

—Ah, trabajas —exclamó él.

—Oye, ¿qué te has creído? ¿Acaso piensas que tengo cuervos que me traigan la comida, como al profeta Elías?

—Mujer, no te ofendas. Es que... pensé que... Bueno, cuando termines tu trabajo.

—Hoy me he retrasado en ir al despacho, porque tenía que hacer unas llamadas telefónicas y prefería utilizar mi teléfono privado. Cuestión de negocios, no seas mal pensado.

—Una mujer de negocios y todo —se asombró él—. Las cosas que uno llega a saber... Si acudes a una oficina, terminarás a las cinco.

—Exactamente. Y treinta minutos más tarde, me tendrás en tu casa. Por cierto, ¿cuál es el tema de la grabación?

—Un documental.

—Científico, supongo.

—Digamos más bien que se trata de ciencias ocultas, Melanie.

—Me está devorando la curiosidad, Paddy. Pero quiero dejar mi trabajo.

—Haces bien. Los cuervos que traen comida pertenecen hoy día a una especie extinguida.

Melanie lanzó una alegre carcajada. Orthon colgó el teléfono, preguntándose cómo una chica tan fina y distinguida había podido tomar parte en una orgía sexual, tras unas sesiones de satanismo verdaderamente repulsivas. Pero, se dijo, a la tarde conocería la respuesta a aquel aparente enigma.

El teléfono sonó bruscamente.

—Orthon —dijo el joven, después de levantar el auricular.

—Hola, Paddy. Soy Dan. Tengo noticias para ti.

—Te escucho.

—Seis onzas, esto es algo más de ciento cincuenta gramos de explosivo plástico. Un muelle, un detonador, un retén que sujeta el muelle y que salta cuando se abre el sobre...

—Entiendo.

—El explosivo, además, está en el interior de una caja de metal, semejante a una pitillera, lo cual habría aumentado la potencia de la deflagración.

—¿Y el resultado...?

—El destinatario del sobre habría quedado hecho pedazos.

Orthon se estremeció.

—Gracia, Dan —murmuró.

Colgó el teléfono otra vez. Tenía que darle la noticia a Flora, se dijo.

Y lo haría inmediatamente, pero en persona. Había cosas que se podían tratar por teléfono.

De pronto, recordó que Flora tenía también un aparato de video. A la mujer le gustaban cierta clase de grabaciones. Flora era muy desenvuelta y no tenía reparos en proyectar para sus amigos determinadas películas.

Buscó la cassette y se la echó al bolsillo. Le convenía ver la reacción de Flora después de presenciar aquella grabación.

Por cierto, ¿cómo había llegado a poder de Thornble?, se preguntó.

El dueño había muerto y no podría aclarar aquel enigma.

* * *

—Foxhurstone no quería precisamente reparar el mal que te había causado —dijo el joven, treinta minutos más tarde.

Era relativamente temprano. Flora se había levantado hacía poco y estaba sin maquillar, aunque podía presentarse así sin temor a hacer el ridículo. Orthon admitió para sí que Flora se conservaba magníficamente.

Pero era una mujer con dinero y no quería perder su independencia con un nuevo matrimonio, que podía tal vez acabar en desastre. Tenía un carácter muy absorbente, acentuado aún más al heredar la fortuna de su marido, el único que había sabido tratarla adecuadamente.

Tal vez aquella clase de mujeres tan enérgicas eran las que más fácilmente caían en las garras de embaucadores como Foxhurstone, se dijo Orthon mientras procuraba captar las reacciones de flora, después de conocer la noticia.

Ella se puso una mano en el pecho opulento.

—¿Era... ciertamente una carta-bomba?

—Sí. Te habría matado instantáneamente.

Orthon no quiso entrar en detalles morbosos. Era algo innecesario, estimó.

—Entonces... te debo la vida.

—Y yo me alegro de haberte salvado —sonrió él.

—Debería informar a la policía, Paddy.

—Bueno, ya lo saben. A fin de cuentas fue un policía el que investigó la carta.

—Es cierto. Dime, ¿qué debo hacer ahora?

—Nada. Foxhurstone está muerto y no se le puede perseguir oficialmente. Pero quizá me puedas ayudar en algo interesante, Flora.

—Sí, lo que sea. Dímelo y lo haré, Paddy.

—Por ahora, lo único que tienes que hacer es sentarte en un butacón y ver algo que quiero enseñarte. Después me contarás tus impresiones.

Ella, aunque extrañada, obedeció. Momentos después veía aparecer en la pantalla las primeras imágenes de la cinta que Orthon había encontrado en el apartamento de Thornble.

—¡Es una fiesta satánica! —gritó.

—¿Has tomado parte en alguna, Flora? —preguntó Orthon.

—¿Debo contestarte? —dijo ella plañideramente.

—Bueno, no necesito detalles escabrosos. Aquí, en la cinta, hemos visto de sobra muchas cosas nada agradables. Casi más preferiría conocer tu opinión sobre el particular.

—Aquel miserable me tenía hechizada. No sé cómo lo conseguía, pero en cuanto lo veía me sentía como un pajarillo fascinado por una serpiente hambrienta.

—Y, naturalmente, había trasvase de tu cuenta corriente a la suya.

El pecho de Flora se agitó tempestuosamente.

—Cuando una empieza a hacer tonterías, las hace de todos los calibres —contestó—. ¿Cuánto? En total, me refiero.

—Sesenta mil, en varias ocasiones. Cuatro o cinco, no recuerdo bien...

—¿Hubo algo entre los dos?

—Por favor, no me atosigues, Paddy —rogó ella, muy nerviosa.

—Bueno, quiero ayudarte...

—Ya no hace falta. Él está muerto.

—Y quiso matarte.

—Pero tú lo has evitado.

Orthon se puso en pie, cruzó la sala y extrajo la cinta del video.

—Hay algo que no encaja bien en este asunto —dijo.

—¿Qué es, Paddy?

—Foxhurstone redactó un testamento, en el cual decía que quería compensar a las personas que mencionaba en el mismo para reparar el mal que os había causado. No se repara un mal matando a una persona, Flora.

—Foxhurstone era así de retorcido, Paddy, no le des más vueltas.

Orthon observó de pronto que Flora parecía más nerviosa de lo que debería estar. ¿Le ocultaba algo?, se preguntó.

Ella hizo un gesto repentino con la mano.

—Paddy, si él quiso matarme a mí es de suponer que también quisiera hacer lo mismo con los restantes «herederos» —dijo.

—Sé lo que tratas de decirme. Bien, a ti te envió una carta-bomba y otra a Tyler. El hombre que desactivó el explosivo lo ha puesto en conocimiento de la policía y se están encargando de entrevistarse con los demás herederos, para pedirles que les

permitan examinar sus cartas antes de abrirlas.

—Al menos, ésa es una buena noticia.

—Lo es —convino el joven, mientras empezaba a ponerse el impermeable—. ¿No tienes nada más que decirme, Flora?

—No..., no, Paddy —contestó ella, tras una ligera vacilación.

Orthon no dejó de apreciar aquella cortísima pausa que se había producido antes de la respuesta de la dama. «Tendré que volver a la carga en otro momento», se propuso.

—Gracias por todo, Flora —se despidió.

Presentía que ella le ocultaba algo, que no le había dicho toda la verdad, pero por más que se esforzaba no conseguía adivinar el dato que Flora quería mantener en secreto.

«A toda costa, según parece», pensó.

Cuando sonó el timbre de la puerta Orthon se levantó a abrir. La graciosa figura de Melaine apareció en el umbral.

Ella vestía un traje de severo corte, con chaqueta y blusa cerrada. En las manos traía un paraguas plegado y un bolso, objetos de los que el joven se hizo cargo inmediatamente.

—Siéntate por ahí —indicó—. Traeré un poco de café, a menos que prefieras algo más fuerte.

—Café está bien, gracias.

Melanie se desabrochó la chaqueta y luego se ahuecó el pelo con las dos manos. Sentada en el diván, aguardó el regreso de su anfitrión, muy intrigada por los motivos de la cita en su casa.

Orthon sirvió el café poco después. Ofreció cigarrillos a la muchacha, pero ella lo rechazó con un breve gesto.

—¿Y bien, Paddy? ¿No crees que ya es hora de que me digas por qué he tenido que venir a tu casa?

—Ahora mismo lo vas a saber, aunque te prevengo de antemano que vas a presenciar unas escenas muy crudas. No te ofendas, pero creo que es necesario que lo veas.

—¿Qué he de ver? —se extrañó Melanie.

—Una grabación en cinta de video. Mira, por favor.

Orthon puso en marcha el aparato reproductor de imágenes y sonido, mediante el mando a distancia. Apenas se encendió el televisor, fijó la mirada en el rostro de Melanie a fin de observar sus reacciones.

Los ojos de la muchacha se desorbitaron. Erguida en el diván,

ligeramente adelantado el busto, contempló estupefacta las escenas que aparecían en la pantalla. Cuando vio que los asistentes a la reunión se desnudaban lanzó un grito de horror.

De repente, Orthón accionó el mando de paro y «congeló» la imagen.

—Melanie, fíjate en la chica de los cabellos negros, que le llegan hasta la cintura.

—La veo, pero...

—Me dijiste que no habías estado jamás en casa de Foxhirstone. Esas imágenes lo desmienten. ¿Por qué me has engañado?

Ella se puso en pie de un salto y le dirigió una mirada airada.

—Pero ¿es que te has creído que yo era capaz de tomar parte en una de esas depravadas fiestas? —gritó.

—Las pruebas, creo, no mienten —respondió él impasible.

—¡Pues mienten, aunque tú pienses lo contrario! —dijo Melanie, terriblemente excitada—. Te parecerá increíble, pero esa chica que aparece en la pantalla no soy yo.

—La semejanza es total —alegó Orthón.

Hubo un instante de silencio. Luego, de pronto, Melanie dulcificó su expresión.

—¿Me permites que te explique la verdad?

—Lo estoy deseando más que nada —respondió el joven.

—Verás... Parece cosa de fábula, pero a veces la realidad supera a la ficción. Esa chica se me parece bastante, debo admitirlo, hasta el punto de que en más de una ocasión me han confundido con ella. Hace un par de años ella, que también está enterada del detalle, empezó a hacerse pasar por mí adquirió una serie de vestidos y hasta alguna joya de poca importancia en tiendas donde me conocían. Supongo que se informó previamente a fin de no cometer errores. Y no los cometió, en un principio, hasta que dio con la dueña de una *boutique* que me conocía a la perfección. La impostora tiene un pequeño lunar en el hombro derecho, sobre el omóplato. Yo no tengo ningún lunar.

—Y la dueña de ese comercio, supongo, te habrá ayudado en más de una ocasión a probarte algún nuevo vestido.

—Exactamente. Así supo la impostura y, sin decir nada, avisó discretamente a la policía, que acudió en el acto y se la llevaron a la Jefatura...

—¿A cuánto la condenaron? —preguntó Orthon.

—Yo no quise iniciar una persecución legal. No sé, me pareció que esa muchacha quería lucir vestidos que no podía conseguir de otro modo.

—Y te sentiste compasiva.

—Sí, en efecto. Pero ya no he vuelto a saber más de ella. ¿Es que no me crees?

—Absolutamente —respondió él—. Y, con sinceridad, me siento muy aliviado al saber que no eres tú la dama que aparece en la pantalla.

—Además, nunca he llevado el pelo tan largo. Ella lo tiene precioso, debemos admitirlo. ¿O no, Paddy?

—Desde luego.

Orthon apagó el televisor.

—¿Cómo se llama tu doble? —inquirió.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Necesito hablar con ella, Melanie.

—Me gustaría acompañarte, Paddy.

—Lo siento. Prefiero que la entrevista se realice a solas entre los dos.

—Es que...

—Melanie, si no quieres decírmelo, tengo buenos amigos en Jefatura —dijo él incisivamente.

—Está bien —se resignó la muchacha—. El nombre es Betty Palms. Pero no sé dónde vive.

—Ya la encontraré, no te preocupes. A propósito, ¿guardas aún la carta que te entregó el abogado?

—Sí, la tengo en casa.

—Consévala. Mañana iré a pedírtela para llevarla a la policía a fin de que la examinen. —¿Temes algo, Paddy?

—La carta de Flora Sheane contenía seis onzas de explosivo, con un dispositivo de ignición que habría funcionado en el momento de abrir el sobre.

Melanie abrió la boca, estupefacta.

—¿Seguro, Paddy?

—No hay duda alguna.

Hubo un instante de silencio.

—Creo que... me tiemblan las piernas —dijo Melanie con voz

débil—. Necesito sentarme un momento...

—Claro, mujer. Espera, pondré algo de *brandy* en el café y te tomarás una taza.

—Sí, gracias.

Melanie puso un codo en el brazo del diván y apoyó la frente en la mano.

—Paddy, ¿por qué quería matarme Foxhurstone?

—A ti, no; a tu padre —puntualizó él.

—¿Por venganza?

—Seguro, Melanie.

—Pero... Foxhurstone decía en su testamento que quería reparar el mal que había causado a unas cuantas personas. No se comprende que si quería hacerles un bien deseara su muerte.

Orthon entregó a la muchacha una taza humeante.

—No, no se comprende, pero en ese testamento infernal hay algo más que todavía no he conseguido averiguar —dijo.

—¿Se te ocurre alguna idea, Paddy?

—Sí, una que quizá no sea sino una hipótesis aunque muy remota. Todos los que asistieron a la lectura del testamento tienen algo que ocultar y, aunque no he hablado con ninguno de ellos excepto con la señora Sheane, presiento que no se van a sentir muy inclinados a hablar.

—¿No te ha querido decir nada Flora sobre el particular?

—No, pero ya conseguiré que hable. De momento me interesa más la entrevista con Betty Palms.

—¿Cuándo irás a verla?

—Hoy mismo. Melanie, guarda bien el sobre —insistió Orthon.

—No te preocupes; está bien guardado —respondió la muchacha.

Capítulo VII

LA mujer que abrió la puerta tenía un cigarrillo colgando de los labios espesamente pintados y el pelo era rubio, largo suelto sobre los hombros, cubiertos con una bata de vivos colores. Orthon observó su silueta: pecho abundante y cintura estrecha. Las caderas, firmes, no resultaban exageradas.

La bata quedaba casi a un palmo por encima de las rodillas, cubiertas de seda negra. Orthon pudo apreciar las presidas del ligero.

El rostro, sin embargo, ofrecía una asombrosa semejanza con el de Melanie. Las pestañas eran artificiales y ella le miraba a su través de un modo pretendidamente seductor.

—Te envía Rose May, la Jirafa —dijo, sin quitarse el cigarrillo de la boca.

Orthon sonrió. Debía aprovechar la ocasión.

—Pues..., sí —mintió—. Ella me habló de ti y yo pensé que resultaría agradable utilizar tus... servicios.

—Sin duda te habrá mencionado también la tarifa.

Orthon extrajo un rollo de billetes y separó dos de cien.

—¿Suficiente?

Betty Palms agarró los billetes de un manotazo y se los introdujo en el escote.

—Pasa, buen mozo —invitó—. Todavía no me has dicho tu nombre, aunque supongo que eso no importa demasiado. Pero tienes cara de llamarte Billy, Joe o algo por el estilo.

Orthon cerró la puerta cuidadosamente.

—Te equivocas. Me llamo Paddy.

—Es lo mismo. ¿Un trago? Cortesía de la casa, Paddy.

Betty fue hacia una consola y dejó que la bata se abriese hasta la cintura, a fin de que él pudiera ver la ropa interior, negra, con gran cantidad de encajes.

—Gracias, pero ahora no tengo sed, Betty.

—Bueno, tú dirás... —Ella aplastó el cigarrillo contra un cenicero—. Un trago siempre ayuda a entrar en materia, me parece.

—¿Lo tomabas también cuando asistías a las fiestas que daba Foxhurstone?

Betty abandonó en el acto su falsa actitud de seductora languidez.

—¿Quién te ha dicho eso? Te han engañado; yo nunca he estado en esa casa infernal. —¿Cómo sabes que es una casa infernal?

—Se oyen muchos comentarios...

—Lo que tú averiguaste de esa casa no fue precisamente por comentarios ajenos, Betty. La rubia se sentía muy nerviosa.

—Insisto en que lo he oído en algunos sitios...

—Betty, no me mientas —dijo él severamente—. Las cosas que sucedían allí no eran del dominio público. Todo lo contrario; sus protagonistas ponían máximo empeño en observar una absoluta discreción.

—Suponiendo que fuese cierto, yo no hice nada malo.

—No te acuso de ningún delito, porque no es ésa mi intención. Pero no puedes negar que estuvieras allí, al menos en una ocasión, por dos razones: una, conozco a una mujer que también estuvo. Annie Goodwin. ¿Te suena el nombre?

Betty asintió. Había puesto *whisky* en un vaso y lo apuró de un trago.

—Otra —continuó Orthon—: hay una filmación en la que apareces tú, quitándote la ropa. Se te ve completamente desnuda, con el pelo negro caído hasta la cintura.

Betty respingó.

—¿Es cierto lo que dices? —preguntó.

—Totalmente verídico —dijo Orthon.

—Pero sólo fue una fiesta. Bueno, lo que ahora se llama amor en grupo. La verdad —ella arrugó la nariz—, no me justaba nada, pero como pagaba bien...

—¿Foxhurstone?

—¿Quién otro podía ser? Me contrató en unas cuantas ocasiones. Mil dólares cada vez, Paddy. No podía negarme, compréndelo.

—Pero ¿cuál era tu papel en aquellas reuniones?

—Hombre, imagínatelo. Yo tenía que «animar» a los indecisos, hacerles ver que lo que íbamos a hacer era bueno, hermoso, meritorio... ¡Puaf! —Hizo Betty un gesto de asco—. Ellos, y ellas también, claro, se lo tragaban todo estúpidamente.

—O sea, hacías de «gancho».

—Bueno, vayamos por partes. Yo no llevaba a nadie a aquella casa; eso lo hacía él en persona. Pero sí tenía instrucciones de iniciar el juego cuando llegaba el momento apropiado.

—Comprendo. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, lo que quieras.

Orthon alargó la mano y rozó los cabellos de Betty con las yemas de los dedos.

—En la grabación apareces con el pelo negro. ¿Cuál es tu color natural?

—Éste, rubio, aunque ahora lo llevo un poco más aclarado.

—Entonces, ¿por qué ibas allí con el pelo negro?

—Me lo pidió él y me dio una prima extra de doscientos dólares por teñirme el cabello. No me pareció demasiado bien, pero como dijo que sólo necesitaría hacerlo una vez y que luego podría recobrar el color original, hice lo que me pedía.

—¿Hace mucho tiempo de eso, Betty?

—Unos ocho meses, aproximadamente. Fue mi última sesión con Foxhurstone. Después ya no volvió a llamarme más. Tampoco lo he lamentado demasiado; algunos de sus «clientes» hacían cosas verdaderamente repugnantes. Mira, en mi profesión se conoce a toda clase de tipos raros, pero es que los que iban allí eran... bien, algo imposible de describir, ¿comprendes?

—Sí, desde luego. Otra pregunta más, Betty. ¿Por casualidad mencionó Foxhurstone el nombre de Melanie Tyler?

La joven se envaró de inmediato.

—Conoces la historia —dijo.

—Ella es amiga mía. Cuando vi la grabación llegué a pensar que tomaba parte en esa clase de reuniones.

—Yo no me había fijado nunca en el parecido, pero un día cayó una revista en mis manos y empecé a pensar en esa circunstancia. Me probé una peluca negra... Bueno, ya sabes el resto, de modo que no vamos a repetir la historia. Por supuesto, me siento muy reconocida a ella, porque podría haberme enviado una temporada a

la «sombra», pero renunció a toda acción legal contra mí.

—Lo sé —sonrió Orthon.

—Cuando la veas, dile que le estoy muy agradecida. No la conozco personalmente, pero eso me indica que es una buena chica.

—Se lo diré, descuida.

Orthon se encaminó hacia la puerta. Betty agitó una mano.

—¡Eh, Paddy! Si lo deseas, puedes quedarte; a fin de cuentas has pagado el gasto.

—Otro día, tal vez —sonrió él, con la mano en el picaporte.

—Perdona una pregunta, pero me pica la curiosidad. No me pareces tú la clase de chico que se relaciona con fulanas como la Jirafa...

—Y es verdad, porque no la conozco; pero como tú mencionaste ese nombre, dije que sí. No tiene importancia, me parece.

Betty le dirigió una sonrisa de simpatía, pero no dijo nada. Orthon abrió la puerta.

Al salir a la calle se subió el cuello de la gabardina. Continuaba lloviznando.

—Maldito tiempo —gruñó.

* * *

En la casa reinaba un silencio absoluto. Sólo se percibía el tenue rumor de la lluvia que repiqueteaba contra una superficie lisa.

Melanie oyó el ruidito, dio media vuelta y se arrebujó entre las sábanas. Había puesto una cubierta de plástico para proteger unas plantas de su jardín, pero ahora se daba cuenta de que había cometido un grave error.

—La quitaré mañana, en cuanto sea de día —se propuso.

El ruido no era muy fuerte, pero su persistencia resultaba desagradable. Por un momento, Melanie pensó en levantarse y salir al jardín, pero desistió de la idea en el acto. Se estaba tan bien en la cama...

Al cabo de un rato notó que volvía a conciliar el sueño. Entonces fue cuando oyó un ruido extraño.

Melanie se espabiló en el acto. Estaba sola en la casa; la única sirvienta que la atendía en aquella temporada le había pedido permiso para ir a casa de una hermana que celebraba su cumpleaños. La velada terminaría tarde y la mujer prefería no regresar a altas horas de la noche.

El ruido le pareció a la muchacha que procedía de la planta baja. De súbito recordó algo que había guardado en el despacho de su padre.

—El sobre —dijo, sin poder contenerse.

Inmediatamente encendió la luz y se puso una bata. Metió los pies en unas zapatillas y se encaminó hacia la puerta.

Al salir al corredor del primer piso se inclinó sobre la barandilla. El vestíbulo se hallaba a oscuras, pero ella pudo ver la raya de luz que había bajo la puerta del despacho.

Vaciló un momento. A veces su padre regresaba tarde a casa y se metía en el despacho a hacer algunos trabajos, sin despertar a los durmientes. Pero ahora no lo creía posible, porque el señor Tyler se había ido de viaje acompañado de su esposa.

«Papá no volvería solo», dedujo de inmediato.

Y si su madre había vuelto andaría por la cocina trasteando, para preparar algún tentempié o simplemente un poco de café. Pero no era así.

Lentamente emprendió el descenso, evitando hacer el menor ruido a fin de sorprender al intruso. Pero de súbito se dio cuenta de que estaba desarmada.

Tal vez el intruso podía atacarla...

Decidió cambiar de táctica y se acercó muy despacio al teléfono del vestíbulo, situado sobre una consola. Cuando se disponía a levantarlo, miró una vez más hacia el despacho y vio que había desaparecido la línea luminosa.

Con gran lentitud empezó a levantar el auricular. Cuando acercaba el micrófono a sus labios, percibió detrás de sí un espantoso hedor.

Aterrada, empezó a volverse. Una mano, que parecía tener los dedos de hierro, le arrebató el teléfono.

Melanie se volvió un instante y divisó un rostro cadavérico, las facciones de un hombre que parecía a punto de morir en cualquier momento. La luz que llegaba de un farol situado al otro lado del jardín le permitió distinguir aquellos detalles.

Durante un segundo, Melanie permaneció como petrificada, sumida en un horror indescriptible. Repentinamente, el intruso alargó las manos hacia su cuello.

Melanie exhaló un alarido de pánico y echó a correr. Una de las

manos del sujeto agarró su bata, pero ella se desasíó de un fuerte tirón.

Se oyó un ruido de tela que se rasgaba. Melanie se dio cuenta de que también cedía el camisón, pero no detuvo su frenética carrera, que la llevó en contados segundos a su dormitorio.

Cerró la puerta con llave y colocó un pesado butacón como parapeto. Inmediatamente empezó a pensar en llamar a la policía.

Abajo se oyó el ruido de una puerta que se abría y se cerraba rápidamente. Melanie corrió hacia la ventana y miró hacia el exterior, aunque procurando situarse a un lado, para no ser vista.

El intruso caminaba ahora por la acera, con paso muy rápido. La luz de un farol incidió repentinamente sobre su rostro, vuelto un instante hacia la casa.

—Él, es él, no cabe la menor duda —exclamó la joven.

El hombre se fundió con las tinieblas casi en el acto. Melanie se dirigió hacia la puerta y quitó el obstáculo.

Había un teléfono en el dormitorio de sus padres y corrió hacia allí. Mientras lo levantaba cambió de forma de pensar.

No llamaría a la policía, no la creerían en absoluto, se dijo mientras que con la mano trémula marcaba el número de alguien que sí daría crédito a su relato.

* * *

Melanie oyó el timbre de la puerta y atravesó el vestíbulo. Abrió un poco, sin soltar la cadena de seguridad y miró hacia el exterior, pero con la mano derecha levantada, dispuesta a usar el atizador de la chimenea si era necesario.

—¿Eres tú, Paddy? —preguntó.

—A estas horas, ¿quién diablos quieres que sea? —contestó el joven malhumoradamente—. Me sacas de la cama a las dos de la mañana y luego, cuando llamo a tu puerta, todavía preguntas.

Melanie quitó la cadena y terminó de abrir. Orthon respingó al verla empuñando el atizador de la cocina.

—Aparta ese chisme —gruñó—. ¿Qué te pasa? ¿Has visto acaso al demonio en persona?

—Puede que sea como dices, Paddy, pero estaba muy asustada y no sabía a quién recurrir —respondió la muchacha—. Si me permites que te explique...

—Lo estoy deseando —dijo él, mientras sacudía el impermeable

llo de gotas de lluvia—. Ven a la cocina; tengo café hecho.

Orthon siguió a la joven. Melanie llenó dos tazas y le entregó una. Luego, con dramático acento, exclamó:

—¡Él ha estado aquí, Paddy!

—¿Él? —repitió Orthon como un eco—. ¿A quién te refieres?

—¿A quién va a ser? A Foxhurstone, naturalmente.

Orthon estuvo a punto de atragantarse con el sorbo de café que acababa de tomar y empezó a toser violentamente. Al cabo de unos momentos consiguió tranquilizarse.

—Melanie, ¿estás bien? ¿No tienes fiebre? ¿Cenaste algo fuerte y has tenido alguna pesadilla? —dijo, cuando al fin pudo hablar.

—No me crees, ¿verdad? —contestó ella, irritada—. Pues ha estado aquí y tengo pruebas de ello.

—Habrá sido otro...

—¡Ha sido él!

—¿Lo conociste personalmente?

—Le vi un par de veces. Además, su fotografía salió en los periódicos. Todavía conservo el diario en el que se daba la noticia de su muerte, acompañándola de su retrato. Lo guardo para enseñárselo a papá cuando regrese. ¿Quieres verlo tú?

—No es necesario; ya leí la noticia en su día. ¡Pero está muerto, Melanie!

—¿Cómo podemos saberlo, Paddy? Tal vez simuló su muerte...

—Aunque así fuera, ¿con qué objeto?

—¡Y yo qué sé! —gritó ella, exasperada—. Lo único que sé es que ha estado aquí y que quiso matarme cuando iba a llamar por teléfono a la policía.

—¿Pudiste escapar?

—Eché a correr...

Bruscamente, Melanie dejó la taza a un lado y fue a un taburete de la cocina, en donde había dejado deliberadamente la bata y el camisón rasados.

—¡Mira! —exclamó, tendiéndole ambas prendas para que el joven pudiera ver los desperfectos—. ¿Crees que tengo la manía de destrozar mis ropas de noche?

Orthon frunció el ceño.

—¿Por qué no me cuentas todo? —pidió.

—Conforme.

Melanie habló durante unos momentos. Mientras relataba lo ocurrido, Orthon se sirvió café. Luego, cuando ella hubo terminado, dijo:

—Pudo ser un impostor que quiso hacerse pasar por un hombre muerto hace algunas semanas.

—Oía espantosamente mal. Oía a cadáver...

—Los olores se pueden fabricar.

—A pesar de todo, insisto, Paddy: era él.

—Bien, supongamos que sólo simuló su muerte y que ha salido de la tumba o de donde se haya escondido; pero, repito: ¿Con qué objeto?

—No lo sé. Cuando vi que quería atacarme salí huyendo y me encerré en mi dormitorio, hasta que le vi fuera, en la calle.

—Antes has dicho que estuvo en el despacho de tu padre.

—Sí. Es más, he visto huellas de pisadas húmedas que iban desde la entrada a la puerta del despacho.

—Acaso era un ladrón... ¿Guarda tu padre algo de importancia en el despacho? Dinero, por ejemplo.

—Normalmente, no. Hay una pequeña caja fuerte, en donde guarda algunos documentos y las joyas de mamá, y también algunas mías.

—¿Has visto si falta algo?

Melanie bajó la mirada.

—Todavía no he entrado allí —contestó.

Orthon dejó la taza a un lado.

—Bien, vamos a ver —propuso.

Las marcas del intruso eran todavía visibles. Orthon usó un pañuelo para empuñar el picaporte, a fin de no borrar las posibles huellas dejadas por el sujeto. Encendió la luz y vio señales de pisadas por todas partes.

Un débil olor, nada agradable, flotaba todavía en el ambiente. Orthon apreció que todo parecía normal, sin la menor señal de violencia.

—Melanie, abre la caja fuerte, por favor —rogó—. Es decir, si conoces la combinación. —Por supuesto.

Momentos después, ella se volvía hacia el joven.

—No falta nada, Paddy —informó.

—Bueno, entonces, ¿qué diablos hacía aquí ese sujeto que se

hacía pasar por Foxhurstone?

Hubo unos instantes de silencio. De pronto, Orthon lanzó una exclamación:

—¡Melanie! El sobre del testamento. ¿Está en la caja fuerte?

—No. La verdad es que no confío demasiado en ella. Papá quiere cambiarla por otra más segura.

—Entonces, ¿dónde guardaste el sobre?

—Allí, en aquel jarrón —indicó la muchacha con la mano.

Orthon volvió la mirada. Había un gran jarrón de porcelana, artísticamente decorado, colocado en una hornacina. E joven estudió unos instantes la situación y luego vio unas huellas de humedad al pie de la hornacina. Inmediatamente supo lo que había ocurrido. Examinó el interior del jarrón, pero sabía que era pura fórmula. Luego se volvió hacia la muchacha.

Melanie lo había adivinado también y se sentía consternada.

—Paddy —dijo afligidamente—, creí que era un lugar seguro.

—El jarrón es el primer sitio donde buscaría un ladrón avezado —contestó él—. Pero, puesto que ya no tiene la cosa remedio, lo mejor será que vuelvas a tu alcoba y procures dormir. Yo me quedaré en el salón y ya discutiremos el asunto a la hora del desayuno. ¿Te parece bien?

—No sé si podré conciliar el sueño...

Orthon consultó su reloj de pulsera.

—Son las tres de la madrugada. Hay tiempo de sobra para descansar y calmar los nervios. Anda, haz lo que te digo y ya verás cómo por la mañana te sientes mucho mejor.

Capítulo VIII

CUANDO MELANIE bajó por la mañana a la cocina, se encontró con la agradable sorpresa de ver que el desayuno estaba ya listo. Sin embargo no se veía el menor rastro del joven.

Melanie se sirvió una taza de café. Orthon apareció antes de un minuto, frotándose las manos húmedas de masaje contra la cara.

—He utilizado los trastos de afeitarse del señor Tyler —se disculpó—. ¿Cómo te sientes, Melanie?

—Mejor, pero preocupada, Paddy.

Orthon señaló la mesa.

—Anda, siéntate y llena el estómago. Es lo mejor para empezar el día con optimismo. —¿Tú crees?

—Seguro, reina.

—No sé cómo puedes sentirte tan optimista. Yo estoy todavía muy impresionada. —Habiendo pasado el susto, ya no hay motivos para sentir temor. Además, el optimismo es imprescindible en estos tiempos, Melanie.

—Si te hubieras encontrado tú en mi situación, a punto de ser asesinada por un muerto...

—¿Todavía sigues pensando que fue él?

—Tendría que ver pruebas que me convenciesen de lo contrario —respondió la muchacha.

—Es extraño —murmuró Orthon—. Si fuese cierto, ¿por qué tuvo que simular su muerte?

—Era un hombre con poderes diabólicos.

—Melanie, algunas personas tienen ciertas facultades que les hacen ser superiores a los demás en el plano psíquico; hipnotizadores, por ejemplo. Pero de ahí a que uno pueda morir y luego resucitar, sólo por su propia voluntad, hay un abismo insalvable. Sencillamente, es imposible.

—Bien, admitamos que simuló su muerte. Entonces se ha

escondido en alguna parte y sale por las noches.

—¿Para recuperar una carta que te entregó su abogado? Resulta incomprensible, si se piensa que quería matarte. Bueno, a tu padre, pero da lo mismo.

—Paddy, si no está muerto ya sabe que hay dos cartas, por lo menos, que no han sido abiertas: la nuestra y la de la señora Sheane. Entonces quiere recuperarlas y por eso vino a esta casa.

—Bajo el disfraz de cadáver que sale de su tumba, ¿eh?

—¿Por qué no? El caso es que se llevó la carta, y eso es algo que no podemos poner en duda, Paddy.

—De acuerdo —dijo él—. Desempeñó la comedia de su muerte, pero no cabe la menor duda de que tuvo que hacerlo muy bien.

—Yo lo vi y me pareció un muerto —dijo Melanie.

—Pero no eres médico... Por cierto, ¿quién certificó su defunción?

—El doctor Zane. Lo recuerdo perfectamente porque estábamos allí aguardando al forense de la policía, y entonces llegó él. El forense vino un poco más tarde y cuando vio que el médico personal del difunto certificaba el fallecimiento por causas naturales, ya no juzgó necesario intervenir en el asunto.

—El doctor Zane —repitió Orthon pensativamente—. ¿Quién lo avisó, Melanie?

—No lo sé. Desde luego, no fui yo; ni siquiera tenía noticias de su existencia hasta que apareció en la casa.

La puerta de la cocina, que era la trasera de la casa, se abrió en aquel momento.

—Buenos días, señorita —saludó la recién llegada, una mujer de rostro redondo y colorado, y figura rolliza—. Perdona el retraso, pero mi hermana me dejó dormir más de lo habitual... Oh, disculpe, no sabía que estuviese acompañada...

—Es un buen amigo mío, Jenny —sonrió Melanie—. Paddy, te presento a Jenny.

—¿Qué tal? —saludó el joven.

—Jenny, él es el señor Orthon. Esta noche he tenido visitantes en la casa sin ser invitados.

—¡Ladrones! —resopló la sirvienta.

—Algo por el estilo. Por fortuna pude ahuyentarlos y luego llamé al señor Orthon para que me hiciera compañía.

—Los tiempos están hoy muy revueltos, señorita —se lamentó la mujer, a la vez que abría el enorme bolso que pendía de su brazo izquierdo—. He comprado el periódico y, ¿a que no adivina quién ha muerto estrellado contra el suelo? Se cayó desde casi setenta metros de altura.

Melanie sonrió.

—¿Algún conocido?

—El marido de mi hermana trabajó mucho tiempo en su empresa. Me refiero al señor Parry. Desapareció hace un par de días y hoy han encontrado su cuerpo en el interior del patio a donde da la escalera de emergencia del edificio que acababa de construir.

Orthon oyó aquel nombre y se puso rígido.

—Jenny, permítame —dijo, a la vez que tendía la mano hacia el periódico.

Leyó la noticia con rapidez. Parry había caído al pozo al fallar la plataforma del descansillo superior de la escalera de emergencia. El vigilante de noche declaraba haberlo visto entrar cerca de las once, pero no salir, cosa que no le extrañó, puesto que el edificio tenía más de una entrada y pensó que Parry habría marchado por otra puerta.

—Dos de los «herederos» de Foxhurstone han muerto ya —dijo, muy preocupado—. Y otros dos más también podrían haber muerto, aunque por fortuna están vivos: tú y Flora Sheane.

—Éramos nueve en total —se estremeció la muchacha—. Por tanto, quedamos vivos siete...

Orthon echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Melanie, tú tienes que ir al trabajo. Supongo que te tomarás unos minutos a mediodía para almorzar.

—Sí, desde luego. Suelo hacerlo en el Golden Bridge, que está muy cerca de la oficina.

—Allí nos veremos, a las doce y media —dijo el joven, a la vez que arrancaba hacia la puerta de salida.

—Un hombre guapo de veras, señorita —suspiró Jenny, cuando Orthon se hubo marchado.

—No está mal —contestó ella sonriendo.

Pero de pronto recordó el suceso de la noche anterior y sintió un escalofrío al pensar en lo cerca que había estado de la muerte.

Hondamente preocupada, se preguntó si Foxhurstone había

simulado solamente su fallecimiento o tenía realmente poderes sobrenaturales que le permitían salir de la tumba cuando lo deseaba.

* * *

Orthon llegó al restaurante acompañado de un hombre algo mayor que él, de agradable presencia y aire resuelto y perspicaz a un tiempo.

—Melanie, te presento al sargento Dan Whitefield. Dan, ella es Melanie Tyler.

—¿Cómo está, señorita? —saludó Whitefield.

—Encantada, sargento. —Miró al joven inquisitivamente, como pidiéndole una explicación y Orthon asintió.

—Éste es el hombre que desactivó la bomba de la señora Sheane —explicó—. Tiene que contarnos algunas cosas, pero lo hará mientras almorzamos.

Whitefield empezó a hablar poco después.

—En realidad hay poco que contar, señorita. Después de lo que supimos respecto a la carta de la señora Sheane, hablamos con los restantes herederos de Foxhurstone. Sucedió una cosa muy curiosa: ninguno de ellos ha querido entregar su carta, aún habiéndoles advertido del peligro que corren.

—¿Por qué? —se sorprendió Melanie—. Esas cartas son muy peligrosas...

—Piensan que todavía lo serían más en manos ajenas —terció el joven.

—No entiendo, Paddy —dijo ella, desconcertada.

—Hay posibilidades de chantaje, señorita —apuntó Whitefield.

—Ah, ahora sí... ¿Han hablado con todos, sargento?

—Desde luego. Pero todavía hay más: la muerte de Thornble no se debió a un paro cardíaco. El informe de la autopsia dice que se encontraron rastros de cianuro en sus pulmones.

Melanie lanzó una exclamación de horror.

—¿Cómo pudo ocurrir tal cosa?

—La carta de Thornble contenía cierta cantidad de gas cianhídrico a presión. Al abrirla se aflojó la válvula y el gas salió con gran potencia. Seguramente los primeros vapores le dieron en pleno rostro y ello le hizo perder las fuerzas. Cayó al suelo y luego, con la habitación llena de ese gas mortífero...

Whitefield no terminó la frase. El resto era fácilmente inteligible.

—¿Es posible que haya sucedido una cosa así? —preguntó la muchacha, aterrada.

—No hay la menor duda sobre el particular —contestó el policía—. Pero todavía hay más: la muerte de Parry fue provocada. La plataforma, se ha visto después, había sido debilitada en determinados puntos de su estructura y cedió al peso del señor Parry. Hay casi setenta metros de altura, por lo que la muerte se produjo instantáneamente.

—Pero ¿a qué fue Parry a aquel lugar?

—Encontramos una carta en su bolsillo. Era la que Foxhurstone había dejado a su abogado para que se la entregasen después de muerto. La carta decía que le dejaba un cheque de cien mil dólares debajo de la plataforma. Parry fue a buscarlo y, dado el lugar en que se indicaba debía estar el cheque, tuvo que ponerse a gatas sobre el descansillo. El peso hizo ceder la plancha y...

Melanie volvió los ojos hacia el joven.

—Paddy, él no está muerto —dijo—. Fingió su muerte para vengarse de nosotros impunemente...

—Supongamos que eso sea cierto. ¿Por qué iba a vengarse de nueve personas?

—Estaba resentido con mi padre por la paliza que le dio, recuérdalo.

—Sí, ¿y los otros?

Melanie se puso las manos en las sienes.

—Ya no sé ni qué pensar —confesó—. Me siento aturdida, desmoralizada...

Whitefield se puso en pie.

—Nosotros haremos lo que podamos, pero hay cosas que son de tu competencia, Paddy —dijo señalando con el mentón a la muchacha.

—Sí, Dan, y muchas gracias por tu ayuda —contestó Orthon.

El policía se marchó. Orthon aguardó unos momentos a que Melanie se repusiera un tanto de su aflicción.

Ella levantó la cabeza al cabo de unos momentos.

—Paddy, dejando de lado el conflicto con mi padre, ¿por qué quería vengarse de los otros? —preguntó.

Orthon se acarició la mandíbula.

—Ocultan algo, esto es indudable, y debe de ser muy importante, porque no quieren decirlo. Mejor dicho, lo supongo, aunque es cierto que conozco las reacciones de uno de los herederos, Flora Sheane. Sin embargo, supongo que lo que le sucede a ella les sucede también a los demás.

—Convendría que fuésemos a verlos, ¿no te parece?

—Antes querría hacer algunas cosas, una de las cuales consiste en hablar con el doctor Zane. Cuando vaya a ver a Flora quiero conocer el mayor número de detalles posibles, a fin de hallarme en situación de presionarla y obligarla a que me responda con absoluta franqueza.

—Hablar con Zane... ¿Y después?

Orthon sonrió.

—Haré una visita al cementerio, a fin de comprobar si es cierto que Foxhurstone está verdaderamente enterrado o sólo hay piedras en su ataúd.

Melanie sintió un helado escalofrío en su espalda.

—¿Irás al cementerio?

—Sin dudarlo, encanto.

—Entonces... yo... yo te acompañaré.

—Aunque te tiemblen las piernas.

—No resultará agradable, pero tengo que ir para disipar mis dudas en un sentido u otro, Paddy.

—Muy bien, Melanie. —Orthon alzó la mano para llamar a la camarera—. El hierro debe batirse cuando está caliente, je modo que ahora mismo vamos a ir a hablar con el doctor Zane.

Ella se puso en pie.

—Paddy, tengo que volver a la oficina unos minutos, para dejar instrucciones sobre algo que es preciso hacer urgentemente. ¿Querrás aguardarme aquí mismo?

—Por supuesto —accedió él.

La muchacha se alejó con paso rápido. Orthon encendió un cigarrillo, pero apenas había inhalado un par de bocanadas de humo alguien se acercó a su mesa y le miró hostilmente.

—Usted no es el ayudante del administrador de la casa donde vivía Thornble —dijo Feldon con claro acento de hostilidad.

El joven, aunque sorprendido, no se inmutó.

—No irá a denunciarme a la policía, supongo, señor Feldon.

—No, pero ¿qué diablos hacía usted en aquella casa?

—¿Y usted?

—Yo era amigo del pobre Rex. Que yo sepa, usted jamás figuró entre el número de sus amistades.

—Ah, ha estado haciendo averiguaciones sobre mí —sonrió Orthon.

—No. Simplemente hice memoria después de que usted se hubo marchado y llegué a la conclusión de que era un impostor.

—Se equivoca, amigo mío. Soy un ladrón.

Feldon respingó.

—Un ladrón —repitió.

—Discípulo de Caco, el Dios de los amigos de lo ajeno —contestó Orthon jovialmente—. Sabía que Thornble había heredado y pensé que podría encontrar un buen paquete de «pasta».

—Ah... —Feldon parecía desconcertado—. Pero ¿no se le ocurrió que yo podía haber llamado a la policía?

—No, porque usted buscaba también lo mismo que yo. ¿O estoy equivocado?

—Lo está —afirmó el sujeto—. Yo no necesitaba el dinero de Thornble.

—Sin duda, porque también heredó.

—En efecto, así fue.

—¿Cuánto le dejó Foxhurstone?

—Setenta y cinco mil dólares.

Orthon dio un respingo.

—No me diga...

—Sí, sí... La policía ha estado hoy a verme, preguntándome por una carta que podía resultar peligrosa. Les dije que ya la había abierto y que el único peligro que corría era el de emborracharme, para celebrar mi buen golpe de suerte.

Orthon meditó unos momentos. Sin duda, los investigadores habían pasado por alto mencionar a Feldon, por lo que su amigo Whitefield no había citado su nombre. Trataría de averiguar en qué consistía aquella contradicción.

—Pues nada, amigo mío. Le felicito sinceramente por su buena suerte —dijo jovialmente—. Aunque, ¿por qué le cuenta eso a un vulgar ladrón?

Feldon pareció sentirse cortado, pero reaccionó muy pronto.

—Quiero que sepa que el dinero estaba en un cheque y que ya lo he ingresado en un banco, de modo que si piensa ir a mi casa perderá el tiempo lastimosamente. ¡Buenos días, señor Smith-Jones!

—Son ya tardes, pero no importa. Adiós, señor Feldon.

Orthon se sintió muy pensativo. ¿Por qué había tenido que contarle Feldon algo que no debería realmente haber mencionado a un amigo de lo ajeno?

—Este asunto parece más turbio cada día —masculló.

Capítulo IX

MELANIE detuvo el coche en las inmediaciones de la casa cuya dirección le había facilitado Orthon. Todavía dentro del vehículo, contemplaron el exterior del lugar donde vivía el doctor Zane.

La casa era grande, antigua, de lúgubre apariencia. El jardín que la rodeaba aparecía bastante descuidado, con los senderos parcialmente cubiertos de hierbajos. Adosada a una de las fachadas laterales se veía una chimenea de hierro, de sección cuadrada, de la que se desprendía una tenue humareda negruzca.

—¿Aquí vive ese hombre? —se asombró Melanie.

—A menos que la guía telefónica sea una mentirosa.

—Parece una mansión de ultratumba, Paddy.

—Yo diría que es más bien la casa apropiada para el médico del diablo.

—El médico del diablo —musitó ella—. Es una frase enteramente apropiada.

—Exagerada —rió Orthon—. Bien, ¿preparada para la entrevista?

Melanie abrió la portezuela.

—Desde luego —contestó resueltamente—. Quiero salir de dudas cuanto antes.

Orthon salió por el otro lado. Para pasar al jardín había una vieja cancela de hierro, que no estaba cerrada con llave.

Orthon no se molestó en usar el timbre que había junto a la entrada.

Los goznes chirriaron. Melanie se estremeció.

—Sí, aquí tiene que vivir el médico del diablo —dijo.

Orthon avanzó hacia la casa. Llegó a la puerta y vio la anilla de la cadena que sin duda accionaba la campanilla de llamada. Después de varios tirones, se volvió hacia la muchacha.

—Parece que no hay nadie —dijo.

—Entonces tendremos que volver en otro momento.

—¿Ahora que ya estamos aquí? ¿No sabes que yo tengo una llave maestra que abre todas las puertas de Taftonville?

—Y también te puedes filtrar a través de las paredes —sonrió Melanie.

—Pero como estoy contigo, tengo que recurrir a medios enteramente humanos. Asombrada, Melanie vio que el joven sacaba un manojo de ganzúas, con una de las cuales, y después de varios tanteos, consiguió abrir la puerta, una pesada hoja de madera cuya antigüedad resultaba patente.

En el interior de la casa flotaba un extraño olor, dulzón y repulsivo a un tiempo. Orthon cruzó el umbral. Melanie casi lanzó un grito de pánico al ver el enorme buitre inmóvil en el aire.

—No temas, está disecado —dijo él.

Melanie se puso una mano en el pecho.

—Podía haber disecado una gacela; es un animal mucho más bonito —contestó.

—O un tigre de Bengala; es más decorativo. ¡Mira, Melanie! —exclamó él de pronto. Había una especie de pedestal, junto al arranque de la escalera que conducía al piso superior, sobre el que, en un fanal de cristal, se divisaba el cráneo de una persona.

Melanie retrocedió y su espalda chocó con una cosa que se movía. Algo cayó sobre su hombro derecho.

Volvió la vista y sintió que le flaqueaban las piernas.

—Paddy... —gimió—. Me... me atacan.

El joven se volvió y, en el acto, se echó a reír.

—Es sólo un esqueleto, mujer.

Ella miró nuevamente la mano descarnada que tenía sobre el hombro y dio un salto hacia adelante. El brazo del esqueleto cayó al costado inmediatamente.

Por todas partes había cosas raras y objetos extraños, además de algunos animales disecados. En un rincón se veía una gigantesca pitón, enrollada sobre sí misma a excepción de la parte superior, con la cabeza y la boca abierta, por la que asomaba la lengua bífida.

—Zane tiene un macabro sentido del humor, no cabe duda —dijo Orthon—. Pero esto es sólo el vestíbulo. Si se dedica a la taxidermia, entre otras aficiones, debe de tener sin duda algún taller o estudio en otra parte de la casa.

—No..., no me atrevo a dar un paso —manifestó ella, temerosa.

—Vamos, vamos, todos los bichos están muertos. Mira, allí veo una puerta.

Orthon cruzó el vestíbulo a grandes zancadas y abrió la puerta. Una exclamación brotó de sus labios en el acto.

—Ah, aquí está el taller.

Melanie se asomó tímidamente y vio una enorme estancia, en la que se podían divisar toda suerte de extraños instrumentos, aparte de una mesa de operaciones en la que se veía un bulto alargado cubierto con una sábana. Cerca de la mesa se divisaba un enorme perrazo, sentado sobre sus cuartos traseros, con la boca abierta amenazadoramente.

—Paddy, cuidado con el perro —advirtió ella.

—También está disecado —sonrió Orthon.

—Pues parece vivo.

—Un dueño afligido por la muerte de su can favorito decidió disecarlo, así de sencillo. Lo hacen muchos, Melanie.

—Pero este hombre, ¿qué es: médico o taxidermista?

—Quizá tengamos ahora la respuesta —dijo Orthon, a la vez que avanzaba hacia la mesa de operaciones.

Melanie le siguió, terriblemente aprensiva. Orthon asió un pico de la sábana y tiró de pronto.

Un grito de horror brotó incontinentemente de los labios de la muchacha. Orthon respingó.

—¡Paddy, es Thornble! —exclamó Melanie.

Orthon se sentía aturdido. ¿Qué podía hacer en aquella casa el cadáver de una de las víctimas de Foxhurstone? Antes de que pudiera dar una respuesta, se oyó un ruidoso aleteo, acompañado de una serie de estridentes graznidos. Un enorme cuervo, de plumaje negro como la noche, entre revoloteando en el taller y se posó en una de las estanterías. Los ojos del pajarraco miraron fijamente a Melanie. Ella sintió repugnancia al ver a aquel cuervo, de aspecto verdaderamente desagradable.

El pico del cuervo se abrió de pronto:

—¡Fuera, fuera! ¡Peligro de muerte, peligro de muerte! —graznó inteligentemente.

—¡Un cuervo que habla! —exclamó Melanie, estupefacta—. No es el primero, señorita —sonó de pronto una voz en la entrada del

taller.

* * *

Orthon y la muchacha se volvieron al mismo tiempo. Un hombre de unos cincuenta años, bajo, rechoncho, de mejillas encarnadas y expresión bonachona se hallaba en el umbral, mirándoles con la sonrisa en los labios.

—Soy el doctor Zane —se presentó. Alargó una mano—. Ven, Jerry —llamó.

El cuervo acudió en el acto y se posó sobre el hombro del galeno.

—Los cuervos, como otras aves, se dejan amaestrar, si bien es preciso tener mucha paciencia —continuó Zane—. Pero por lo demás, Jerry es perfectamente inofensivo... a menos que yo pronuncie una palabra clave.

—¿Qué haría entonces, doctor?

—Sacaría los ojos al atrevido que quisiera causarme algún daño.

Zane continuaba sonriendo, pero Melanie captó en aquella sonrisa una amenaza en potencia, una especie de siniestra advertencia que no podía desoír.

—Un bicho maravilloso —comentó el joven.

—Lo es. Y ahora, si me lo permiten, desearía enterarme de los motivos que han tenido para entrar en mi casa sin permiso —dijo Zane.

—Llamamos varias veces y usted no contestó...

—La puerta estaba cerrada, joven.

—Perdone, pero se equivoca, doctor —mintió Orthon—. Supongo que un científico como usted debe pensar más en otras cosas que en cerrar la puerta de su casa. Sobre todo, si cuenta con la ayuda de Jerry.

—Quizá tenga razón —respondió Zane—. Estaba en mi despacho, haciendo algunas fórmulas que... Bueno, eso no importa ahora. ¿Qué desean ustedes de mí? ¿Tal vez quieren disecar a algún animal al que tenían gran cariño?

—Nosotros...

Orthon hizo un gesto para cortar la respuesta que Melanie había iniciado.

—A mi esposa se le murió un gatito al que quería muchísimo. Yo pensé que tal vez usted querría disecarlo, doctor.

—¿Lo han traído consigo?

—No. Solamente queríamos saber si estaba dispuesto a realizar la operación.

—Deberían traer al animal cuanto antes, a fin de evitar que se inicie el proceso de descomposición.

—Lo conservamos en un frigorífico, no se preocupe. Pero, doctor, aquí veo el cuerpo de un hombre...

—También me dedico a embalsamar cadáveres de personas.

—Oh, claro, ahora comprendo...

—Ese pobre muchacho era un buen amigo mío —dijo Zane—. Su familia me pidió que embalsamara su cuerpo y no vi motivos para negarme a la petición.

—¿Incluso después de haber sido sometido a la autopsia?

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó el médico vivamente.

—Leo los periódicos y he reconocido al muerto, doctor.

—Bueno, hablé con el forense y en cuanto éste terminó su tarea yo me hice cargo del cuerpo. ¿Algo más?

—¿Embalsamó usted también a un tal Edward Foxhurstone?

Zane se puso rígido.

—Sí, lo hice —contestó.

—Usted fue el médico que certificó su defunción.

—Puedo hacerlo perfectamente. Estoy autorizado para ejercer la profesión, señor mío —contestó Zane orgullosamente—. Además era médico personal del señor Foxhurstone. Otros médicos se dedican a distintas especialidades. A mí me gusta la taxidermia y el embalsamamiento, eso es todo. Por cierto, todavía no conozco su nombre...

—Smith-Jones, Bill —dijo el joven rápidamente—. Ella es Peggy, mi esposa.

Zane se volvió hacia la muchacha y la contempló recelosamente.

—Los jóvenes de hoy día ya no respetan ciertas formas —manifestó en tono acusador—. Al menos en mis tiempos, una mujer casada llevaba puesto el anillo que indicaba su estado.

Melanie se ruborizó. Orthon intervino con rapidez.

—Bueno, pensamos casarnos. Lo que sucede es que vivimos juntos, doctor, y nos presentamos como esposos... Las costumbres de hoy día son muy liberales, pero hay sitios en donde todavía rige el estilo antiguo.

—A día la he visto yo antes en alguna parte —dijo Zane.

Melanie decidió agarrar la ocasión que se le ofrecía tan oportunamente.

—Es cierto, doctor. Yo estaba en casa de Foxhurstone el día de su fallecimiento —declaró—. Pero usted llegó muy pronto, antes que el forense. ¿Quién le avisó de la muerte de su paciente?

—Nadie —respondió el galeno.

—Entonces, ¿cómo se explica su llegada tan oportunamente?

—Mire, mi querida y encantadora jovencita entrometida; a explicación no puede ser más sencilla: el señor Foxhurstone me había anunciado que iba a celebrar una reunión con varios amigos, pero también sabía que podían producirse conflictos por divergencias de intereses. Sabía que estaba enfermo y quería tenerme a su lado por si le sucedía algo. Sencidamente, la muerte llegó antes de lo esperado.

—Y usted con retraso, doctor —acusó Melanie.

—Lo admito. Me distraje con unos experimentos... Pero, de todos modos, creo honradamente que no podría haber hecho nada.

—Luego, claro, embalsamó el cadáver —terció Orthon.

—Foxhurstone me lo había pedido en vida. Me limité a cumplir sus deseos.

—Quizá pensaba en la posibilidad de una vuelta a la vida, si se evitaba la destrucción del cuerpo por..., por causas naturales —apuntó la muchacha.

—Señorita, permítame que la diga que es usted una ignorante enciclopédica. ¿Sabe lo que eso significa?

—Sí —contestó ella sin amilanarse—. Con todo lo que yo ignoro se podría llenar una enciclopedia. Pero usted elude mi pregunta...

—Le explicaré rápida y sucintamente. En el proceso de embalsamamiento, se extraen algunas vísceras y se llenan las venas con un líquido conservante. Después de todo esto, ¿esperaría usted que el señor Foxhurstone pudiera «resucitar»?

Orthon agarró el brazo de la muchacha. Se imponía una prudente retirada.

—Vámonos, cariño —dijo—. Ya hemos molestado bastante al doctor. Dispénsenos. Y muchas gracias por todo, desde luego.

—No se merecen —contestó Zane secamente.

El cuervo volvió a graznar:

—¡Fuera, fuera! ¡Peligro de muerte, peligro de muerte!

Melanie se volvió hacia el estrambótico sujeto.

—Doctor, ¿no se le ha ocurrido enseñar a Jerry a dirigir elogios a las mujeres bonitas? —Tendré que pensar en ello, señorita. Ah, ¿qué hay de su gatito?

—Ya se lo traeremos en otro momento, doctor —contestó Orthon rápidamente.

Cuando abandonaron la casa era ya de noche.

—Empezaba a ahogarme —declaró él—. Además resulta imprudente continuar más tiempo.

—Has dicho muchas mentiras, Paddy —sonrió ella.

—Fue una partida entablada entre dos mentirosos, y aún no sé quién es el ganador. Tampoco Zane se ha quedado atrás diciendo falsedades.

—¿Tú crees?

—No sé. Sospecho que, por lo menos, no ha dicho toda la verdad.

—Entonces, ¿qué oculta, Paddy?

—Quizá lo sepamos esta noche, en el cementerio.

Ella se estremeció.

—¿Piensas ir?

—Desde luego. Pero después de cenar, claro.

—¿Y por qué no ahora? Aún es de día...

—A estas horas, siempre hay actividad en un cementerio.

O llega la comitiva de un entierro o se marchan los que han dejado allí a un ser querido. Es preferible que vayamos por la noche.

—Sí, como unos ladrones de tumbas —musitó ella.

—Nosotros no vamos a robar nada, Melanie —protestó Orthon.

—Pero si quieres comprobar que Foxhurstone está en su tumba tendrás que remover la tierra...

—Foxhurstone, entre otras cosas, siempre tuvo afición a ser teatral en todas sus manifestaciones y se hizo construir un magnífico panteón, que tal vez le costó tanto como la misma casa en que vivió hasta el día de su muerte —contestó el joven.

Capítulo X

POR fin había dejado de llover, aunque la relativamente benigna temperatura provocaba nubes de vapor que se elevaban de la tierra. Orthon y la muchacha se detuvieron a prudente distancia del cementerio. Ella apagó de inmediato las luces del coche.

Aguardaron unos momentos hasta que sus pupilas se acostumbraron a la escasa luz del exterior. Había algunos faroles en la avenida, desierta en aquellos momentos, ya que ellos eran los únicos que se hallaban en las inmediaciones de los accesos al cementerio. Las nubes se deslizaban lentamente en el cielo. Un rasgón se abrió de pronto en la capa de vapores y la Luna, en cuarto creciente, derramó su resplandor sobre el suelo.

—Vamos —dijo él de pronto.

Salieron del coche. Orthon había llevado consigo una pequeña linterna, a prevención de falta de luz. Melanie se sintió asombrada al ver que el joven caminaba con paso resuelto a través de las tumbas.

—Conoces el camino —dijo.

—He estudiado el mapa del cementerio mientras tú regresabas al despacho —explicó él—. No olvidas detalle, ¿eh?

—En mi profesión es muy importante, Melanie.

—Claro, claro —murmuró ella.

La loma del cementerio destacaba ahora con negros con tornos contra el fondo algo menos oscuro del cielo. De pronto, Melanie vio que el joven se detenía ante lo que parecía una casa de pequeñas dimensiones.

—Aquí —dijo él.

Melanie contempló estupefacta el lujoso panteón que Foxhurstone se había hecho construir en vida.

—Eso es megalomanía —calificó.

—Un hombre como Foxhurstone no podía actuar como un ser

común y corriente. En algo tenía que distinguirse de los demás.

—Sobre todo por sus relaciones con el diablo, si no era él mismo un demonio.

—En todo ser humano hay algo de infernal. Lo que pasa es que no todos consiguen dominar esa parte mala del espíritu —contestó Orthon sentenciosamente.

—Yo diría que Foxhurstone incluso se esforzó por desarrollar el lado maligno de su alma.

—Posiblemente tienes razón.

Orthon sacó una vez más el manojo de ganzúas. Encendió la linterna, acercándola mucho a la cerradura de la verja, a fin de evitar que se viera su resplandor desde otros lugares del cementerio. Los primeros intentos se vieron desagradablemente frustrados y ello le arrancó una exclamación de enojo.

—Maldito chiflado —dijo a media voz—. El día que yo me muera no me meterán en un cajón de granito como éste, puedes tenerlo por seguro.

—¿De veras? ¿Qué harás? ¿Pedirás que te incineren?

—No. Depositarán mi cuerpo en la blanda y acogedora tierra, con césped y flores encima y una sencilla cruz...

—Paddy, ¿por qué no dejamos este tema tan siniestro? —propuso ella, estremecida.

—En el lugar en que estamos, ¿de qué quieres que hablemos? —contestó él.

De pronto se oyó un leve chasquido.

—Ah, ya está —dijo satisfecho.

Empujó una de las hojas de la cancela y enfocó la luz de la linterna hacia el interior del panteón.

—Allí está el ataúd —murmuró.

Lentamente, descendió los tres peldaños que había hasta el suelo de la sepultura y se acercó al túmulo en el que yacía el ataúd. Melanie, después de una ligera vacilación, entró también en el panteón.

El féretro disponía de una amplia mirilla de cristal, que permitía ver sin dificultad el rostro de su ocupante. Orthon enfocó allí la luz de su linterna.

—Míralo, Melanie —indicó.

Ella se acercó, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Sí, es él —dijo.

—Está muerto, no cabe la menor duda.

—Pero... yo diría que es el mismo rostro que vi en mi casa.

—Pudo ser alguien muy parecido. ¿O no recuerdas ya a Betty Palms?

—Paddy, esas coincidencias no se producen tan a menudo —alegó la muchacha.

—Bueno, hay una forma de averiguarlo, encanto.

—¿Cómo?

—Abriendo el féretro, naturalmente.

—Si nos sorprendieran podríamos vernos en un aprieto —adujo Melanie.

—Saldríamos adelante, no te preocupes.

Orthon sacó una vez más su manojo de ganzúas y probó en la adornada cerradura del féretro, que consiguió abrir a los pocos momentos. Pero no pudo levantar la tapa.

Hizo un par de intentona, sin ningún éxito.

—Tendrá alguna cerradura especial —supuso la muchacha.

Orthon examinó el féretro con gran cuidado.

—No, no hay otra cerradura —dijo.

—No eres tan hábil como presumes —ironizó ella.

—Nunca he presumido de esta clase de habilidades, pero me parece que lo que ocurre es algo muy diferente.

—Dime, Paddy.

—El ataúd está cerrado por dentro.

Melanie dio un respingo.

—¡Por Dios, eso es imposible! —exclamó.

—Es la única explicación que se me ocurre, encanto.

—Pero eso... querría decir que el muerto se encerró a sí mismo después de que... Oh, no, no puede ser; cuando a uno lo meten en un ataúd está muerto y no puede accionar una imaginaria cerradura interior.

—Insisto, hay una cerradura interior —dijo Orthon.

—Bueno, puede que sea un tipo especial de cierre automático en combinación con la exterior, pero que luego no se puede abrir ya.

—Eso no es muy corriente...

Orthon calló de pronto. Contempló el féretro unos instantes y luego hizo un gesto con la mano.

—Vámonos —dijo.

—Estás pensando en algo —adivinó Melanie.

—Sí —admitió el joven—. Estoy pensando en ir a hablar con el dueño de la funeraria, para que me diga si construyó un ataúd especial.

—Vaya, diríase que también sospechas que Foxhurstone puede volver a la vida cuando le parece.

—Estoy abierto a todas las posibilidades, muchacha.

Salieron del panteón. Habían dado apenas una docena de pasos cuando, de pronto, oyeron unas voces roncadas en las inmediaciones.

Alguien dijo:

—No cantes tan fuerte, tú; con mover los labios es suficiente.

Un fuerte hipido fue la respuesta a la frase anterior. Orthon apretó el brazo de la muchacha.

—Dos borrachos —murmuró.

—Se necesita humor venir al cementerio para vaciar una botella —contestó Melanie, indignada.

—Probablemente son los vigilantes. La noche es larga y no demasiado apacible.

Orthon y la muchacha dieron un rodeo para evitar a los dos borrachos y regresaron al coche.

Los borrachos siguieron bebiendo y canturreando, hasta vaciar la botella. Estaban sentados en el suelo, con la espalda apoyada contra el costado de una sepultura que sobresalía cosa de un metro del suelo, al cabo de un rato, se quedaron dormidos por efectos del alcohol.

Pasado un tiempo, se oyó un leve chasquido en el interior del panteón.

La tapa del féretro se alzó lentamente. El hombre que estaba en su interior se sentó poco a poco y estuvo así unos minutos.

Al cabo de un rato, abandonó el féretro y salió del panteón.

* * *

La velada había terminado muy tarde y Della Salmson ahogó un bostezo en el interior del taxi que la llevaba de vuelta a su casa, pasadas las dos de la madrugada.

Della se dijo que no debía haber asistido a la fiesta, pero sabía que acudiría también un hombre al que le tenía echado el ojo, y quería tantear el terreno para ver de conquistarlo, si la cosa

resultaba propicia. El hombre le gustaba, ella sabía que aún estaba bastante atractivo...

Había perdido el tiempo. El tipo había dedicado todas sus atenciones a una jovencita larguirucha, esmirriada y con unos lentes gruesos como fondos de vaso. Probablemente una intelectual, empalagosamente sabihonda y, ¿hasta quién sabía?, aficionada a la «hierba». «Porque esa clase de fulanas lo prueban todo», se dijo, sintiéndose muy irritada por haber asistido a una fiesta de la que había esperado mucho y no había conseguido nada.

Llegó a su casa, pagó el taxi y se apeó. En la puerta buscó la llave en su bolso. Luego abrió y entró en el vestíbulo.

Bostezó nuevamente. Tiró el bolso a un lado y avanzó hacia la consola del servicio de licores. Un buen trago la ayudaría a superar su decepción y a conciliar el sueño.

Destapó la botella, puso licor en un vaso y se lo llevó a la boca. Pero no tuvo tiempo de tomar un sorbo.

En la pared, sobre la consola, había un gran espejo, con marco de cornucopia. A través del cristal azogado, Della vio la figura de un hombre alto, vestido de negro y con una larga capa del mismo color.

El hombre se acercó. Della se volvió y lanzó un grito agudísimo.

—¡Tú...! ¡No... no puede ser! ¡Estás muerto!

—Puedo resucitar cuando quiera —contestó él—. Ya sabes que dispongo de poderes que no tienen los demás humanos.

—No, no... eso es imposible... No te creo.

Della estaba llena de terror. De pronto intentó huir, pero las manos del hombre fueron más rápidas y se cerraron en torno a su cuello.

La mujer pataleó espantosamente. Con las manos intentó aflojar el dogal que le cortaba la respiración, pero sus fuerzas no podían compararse con las del hombre que la estrangulaba despiadadamente.

Con sus últimos instantes de consciencia, percibió algo que aumentó más el horror de la situación. Aquel espantoso hedor que se desprendía del hombre... ¿Acaso era cierto que tenía la facultad de resucitar a su voluntad?

Los pulmones le ardían. Gorgoteó horriblemente, pero no consiguió emitir ningún sonido. La inconsciencia final sobrevino

casi de golpe.

Momentos después un cuerpo cayó desmadejado sobre la alfombra. El hombre apagó las luces y se retiró con tanta discreción como había llegado.

Flora Sheane cruzó la puerta del salón de belleza y, casi en el acto, oyó una voz que sonaba a su derecha:

—Estás guapísima —dijo Orthon—. ¿Eres tú o tu hermana menor?

Halagada, Flora se volvió.

—Paddy, sabes decir cosas bonitas a las mujeres —contestó.

—A las mujeres que se lo merecen —puntualizó él. Estaba apoyado en la pared y se enderezó—. ¿Adónde vas, si no es indiscreción?

—Me han invitado a una fiesta. Necesitaba un poco de peluquería.

—Masaje, cuidado de las uñas, depilación... En fin, las cosas que hacen las mujeres para estar más guapas. ¿No dispones de un cuarto de hora para hablar conmigo?

—¿Es algo interesante, Paddy?

—Si no lo fuese no te lo pediría, Flora.

Ella vaciló un instante, pero acabó por acceder.

—Vamos al salón de té —propuso, a la vez que giraba en redondo.

—¿Ahí? —se sorprendió él, al ver que Flora volvía a entrar en el salón de belleza.

—Claro, este local dispone de las máximas comodidades para los clientes.

—Pero... un hombre...

Ella tiró de su brazo.

—Hay muchos maridos aguardando a sus esposas —rió—. Anda, entra y hablaremos mientras tomamos un poco de café.

El ambiente era lujoso, distinguido, sumamente discreto. Había varios hombres sentados ante sendas mesas, leyendo revistas o viendo la televisión que funcionaba en un rincón, pero provistos de unos auriculares a fin de evitar ruidos del televisor. Flora se dirigió a una mesa y el joven la siguió en el acto.

Una atractiva camarera, de amplio escote y falda cortísima, les atendió rápidamente. Orthon se estremeció al pensar en la factura

que Flora habría debido de pagar por un poco de arreglo de su pelo, un par de onzas de distintos potingues y mejunjes, y una sesión de masaje, en cuya eficacia no con fiaba en modo alguno.

—¿Y bien? —dijo ella, pasados unos momentos—. Tenías que hablarme de algo y supongo debe de ser muy urgente, puesto que no quieres esperar a una entrevista más íntima en mi casa.

—Estropearía tu peinado, Flora —sonrió él.

La mujer entornó los ojos.

—No me importaría en absoluto, porque ello me evitaría asistir a una fiesta que no me agrada demasiado. Voy por puro compromiso, ¿entiendes?

—No dejes de cumplir tu palabra, puesto que has prometido asistir —recomendó Orthon—. Bien, el tema se refiere a cierto asunto que conoces bastante.

Flora se envaró.

—Te refieres a la herencia de Foxhurstone.

—Exactamente.

—¿Qué más te puedo decir? Ya lo sabes todo.

—No, no lo sé todo. Tú me ocultas algo, Flora. ¿Por qué no eres sincera conmigo?

—No te oculto nada. Te he dicho la verdad siempre.

—Eres una bella mentirosa. Si callas algo importante es que no confías en mí y eso hace sentirme muy desdichado.

Flora estaba rígida y tensa en su asiento, observó el joven. Bajo el maquillaje, se podía apreciar una intensa palidez.

—Si no tienes más que decirme... —habló ella con voz insegura.

—Si no quieres decirme lo que ocultas, ¿para qué seguir haciendo preguntas?

Flora recogió su bolso y se puso en pie.

—Lo que se toma aquí es cortesía de la casa —indicó—. La camarera no admite propinas. Adiós, Paddy.

Orthon apuró lentamente su taza de café, tratando de ocultar la decepción que le había causado la actitud de Flora.

¿Por qué no se sinceraba con él?

¿Se trataba de algún horrible secreto, cuya divulgación podía causarle gravísimos perjuicios?

«Pero si me lo dijera a mí, yo procuraría ayudarla...».

—¿Deseaba algo más, señor? —preguntó la camarera

solícitamente.

Orthon volvió a la realidad.

—Oh, no, señorita, en absoluto, muchas gracias.

—Me pareció oírle hablar...

—Tengo la costumbre de hablar a solas, no se preocupe. Gracias por todo, señorita.

—A usted, señor —contestó la camarera educadamente.

Orthon se levantó y buscó la salida. Consultó el reloj, viendo que tenía tiempo sobrado de hacer un par de entrevistas que juzgaba de interés en aquel caso lleno de enigmas.

Capítulo XI

MELANIE vio la puerta entreabierta y la empujó suavemente. Desde el umbral divisó al joven, sentado en el diván, con una gran fotografía en las manos.

Sin hacer ruido, se acercó a Orthon. Mirando por encima de él divisó el rostro de una encantadora joven, de cabellos dorados y ojos azules, que sonreía hechiceramente. Le pareció la sonrisa de un ángel.

De pronto Orthon se dio cuenta de que no estaba solo y dejó el retrato sobre la mesa, pero boca abajo.

—Dispensa, Paddy, pero la puerta estaba abierta y entré sin llamar —dijo ella.

—No tiene importancia —respondió el joven—. ¿Quieres tomar algo? Hay café hecho... —Vamos a la cocina. Tengo que contarte algo, a menos que ya estés enterado de lo que ha sucedido.

—Puede que lo ignore. He estado moviéndome mucho durante toda la mañana y parte de la tarde.

—Comprendo. Paddy, no sabía que tuvieras novia. Es una chica guapísima...

—¿La has visto? —se sorprendió él.

—Estabas tan abstraído que no te diste cuenta de que miraba por encima de tu hombro. ¿Cómo se llama?

—Ya no tiene nombre. Murió hace un par de años.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó Melanie—. Pobre chica, morir en la flor de la vida... ¿Era tu prometida?

—Aún no, pero creo que, en efecto, habríamos acabado casándonos. De todos modos, murió antes de que hubiéramos podido concretar algo.

—Repito que lo lamento, Paddy. Supongo que debes de sentirte muy afligido por esa pérdida.

—Ya me he recuperado, no creas. Pero hoy, no sé por qué, me

acordé de ella, saqué su retrato y...

Orthon empezó a verter el café en las tazas.

—Bueno, suelta la noticia —pidió.

—Está bien, ahí va. Della Salmson ha aparecido muerta en su casa. Estrangulada.

El joven se volvió hacia Melanie.

—No he tenido tiempo de leer un periódico o ver las noticias en la televisión. ¿Has dicho estrangulada?

—Sí. Debió de ser un hombre. Hay en su cuello las señales de unas manos grandes y fuertes. Además...

—Además, ¿qué?

—El cadáver fue hallado por su sirvienta, a la mañana, cuando iba a llamarla para servirle el desayuno. La sirvienta dice que notó un olor muy extraño, débil ya, pero, repugnante.

—¿Un olor desagradable? —se extrañó Orthon.

—Sí, la mujer dice que al principio le pareció que era el cuerpo de Della que ya olía, pero el forense asegura que eso es imposible.

—Muy bien, Melanie. ¿Adónde quieres ir a parar?

Ella le miró fijamente.

—El hombre que me atacó también despedía un olor verdaderamente repulsivo —contestó—. Y si no ando lista me estrangula, lo mismo que ha hecho con la pobre Della Salmson.

Orthon se frotó la mandíbula preocupadamente.

—Yo diría que Foxhurstone no está muerto, pero está muerto porque lo hemos visto en su ataúd. Pero me extraña que ese féretro no se pueda abrir, ¿comprendes?

—Quizá lo indicó él, para evitar la acción de posibles ladrones de tumbas...

—¿Qué le iban a robar? No lo enterraron con joyas ni fajos de billetes en los bolsillos de su traje. Además, un ladrón de tumbas no se detendría ante semejante minucia. Por supuesto evitaría hacer ruido, pero no le importaría en absoluto destrozar el féretro si tuviese la seguridad de que iba a encontrar algo verdaderamente valioso.

—Puede que tengas razón —convino ella—. Pero, en tal caso, ¿cómo explicar ese enigma, Paddy?

—Es posible que hoy mismo tenga la explicación —respondió Orthon.

—¿Sí?

—Tengo la intención de ir a hablar con el dueño de la funeraria que se encargó del entierro de Foxhurstone. Quizá ese caballero pueda aclarar el misterio.

—Me permitirás que te acompañe, supongo.

—No hay inconveniente —sonrió él.

—Ya te encuentras mejor —dijo la muchacha, también sonriente.

—Sí. Fue un... pequeño acceso de melancolía. Ya se me ha pasado. Es que estuve hablando con una persona que la conocía y... Bueno, eso me trajo a la mente recuerdos muy agradables, ¿comprendes?

—Desde luego, Paddy. No sabes cómo lo siento.

—Por desgracia, o por suerte, todo vuelve a la normalidad tarde o temprano —filosofó el joven—. Ah, olvidaba decírtelo. He estado con dos de los herederos.

—Interesante —calificó Melanie—. Cuenta, cuenta, por favor.

—No hay mucho que contar. Ninguno de los dos quiso enseñarme el sobre que recibieron en casa del abogado Marshall.

—¿Por qué?

—No han dado razones. Simplemente, se han negado. Pero he podido ver que tienen miedo.

—¿De veras, Paddy?

—Flora Sheane también está muerta de miedo. Cuando esta mañana le pedí que me contase su problema, dijo que no tenía ninguno, pero estaba mortalmente pálida.

—¡Qué extraño! —murmuró la joven—. Entonces, ¿opinas que ocultan algo importante?

—Y hasta comprometedor, diría yo. Pero si las cosas empeoran, quizá pueda examinar los sobres.

—¿Cómo, Paddy?

—Un juez puede obligarlos a que los entreguen, para que sean examinados por los expertos.

—¿Tú crees?

—Esos sobres pueden resultar muy peligrosos, y no sólo para sus destinatarios. Imagínate que Flora hubiese abierto el suyo, estando yo delante. Ella habría muerto y yo también, y si hubiese habido alguien con Thornble, también habría sufrido los efectos del

cianhídrico. Sin embargo, mi petición podría encontrar dificultades.

—¿Por qué, Paddy?

—Ayer, después de separarnos en el restaurante, se me acercó Feldon. Estaba indignado conmigo, porque le había mentido al decirle que era ayudante del administrador de la casa de Thornble. Entonces destapé parte de mis cartas y le mencioné su sobre. Dijo que él lo había abierto sin el menor riesgo y que había encontrado un cheque de setenta y cinco mil dólares. Incluso añadió algo más: dijo que podía comprobarlo en su banco, si dudaba de su palabra.

—¡Caramba! —se extrañó la muchacha—. ¿Por qué a unos les envía bombas y a otros dinero?

Orthon hizo un gesto con las dos manos.

—Hay tantos misterios en este caso que cuando oyes decir algo natural piensas que es la excepción —respondió—. Bueno, ¿qué te parece un viaje a la funeraria, preciosa?

Melanie sonrió.

—Después de la incursión nocturna en el cementerio, visitar una funeraria en pleno día no me impresionará en absoluto —aseguró.

* * *

El director y propietario de la empresa de pompas fúnebres se hallaba en un edificio situado en la parte trasera del conjunto de construcciones que formaban la empresa. Una secretaria les indicó el camino y los dos jóvenes se dirigieron a lo que, poco después, vieron era un taller bien dotado, donde se construían féretros de todas clases.

El hombre les atendió cortésmente, pero en cuanto supo los motivos de la visita cambió de actitud y se mostró receloso y distante.

—Lo siento, no puedo dar esa clase de información —manifestó—. Compréndalo, también aquí existe lo que se llama secreto profesional, y no sería ético que yo lo violase para decirles algo que me está prohibido.

—¿Acaso se lo prohibió su cliente, señor Hutford? —preguntó la muchacha incisivamente.

El rostro de Richard Hutford, dueño de la funeraria, se puso del color de la grana.

—No puedo contestar con una grosería a su pregunta, señorita —dijo envaradamente—. Y ahora, si me lo permiten, tengo mucho

trabajo. ¡Buenas tardes!

Hutford se marchó, dejando a Orthon y Melaine desconcertados y sin saber qué hacer. De pronto, un hombre, que simulaba estar muy afanado en arrancar un clavo de una tabla vieja, se acercó a ellos sin mirarles siquiera a la cara.

—Ese zorro no ha querido hablar, pero yo sé lo que les interesa a ustedes —dijo—. De todos modos, ése no es el lugar más apropiado. Vayan a las ocho al Pato Rojo, en la calle Veintisiete.

—Está bien. ¿Cuánto? —preguntó el joven, que se imaginaba de sobra lo que pretendía el individuo.

—Cincuenta.

—O. K.

Orthon remolcó a Melanie hasta la salida.

—¿Le darás los cincuenta dólares? —se escandalizó ella.

—Sí. Estoy seguro de que la información los vale.

—Esperemos que no te equivoques, Paddy —deseó Melanie.

—Yo también lo espero así.

Subieron al coche de la joven y ella lo puso en marcha inmediatamente. De pronto Melanie pareció reparar en un detalle que se le había pasado por alto hasta entonces.

—Paddy, ¿puedo saber qué interés tienes tú en este caso? —preguntó.

—Simplemente, quiero llegar al fondo del asunto, eso es todo.

—Pero a ti no te afecta personalmente... Bueno, está tu amistad con Flora Sheane. Quizá lo haces por ella, supongo.

—Y por ti también, Melanie.

—A mí no me conocías cuando asistí a la lectura del testamento.

—Pero te he conocido después —alegó él.

Melanie apretó los labios. De pronto creyó haber hallado la solución.

—Lo haces por aquella chica que murió hace dos años —exclamó.

Orthon no dijo nada y Melanie prefirió no insistir, dándose cuenta de que en el ánimo del joven pesaban aún amargos recuerdos, difíciles de olvidar. Algún día le contaría todo, pensó.

* * *

El Pato Rojo era un local discreto, sin grandes pretensiones, pero no un tugurio como Orthon había supuesto en un principio.

Llegaron algunos minutos antes de las ocho y ocuparon una mesa. La única camarera, pechugona y algo madura, se acercó a preguntarles qué iban a tomar.

—Esperamos a un amigo —dijo Orthon—. Ya le avisaremos.

La mujer se alejó. Cinco minutos después, un hombre apareció en el umbral y exploró el panorama. Pronto divisó a la pareja y se encaminó sin vacilar hacia la mesa.

—Hola —saludó—. Me llamo Bill Royter. ¿Cómo se encuentran ustedes?

El joven señaló primero a Melanie y luego a sí mismo.

—Melanie Tyler. Yo soy Patrick Orthon.

La camarera se acercó. Royter le dio un par de palmadas en su poderosa grupa.

—A mí lo de costumbre, Molly —dijo—. Mis amigos te pedirán...

—Café —solicitó Melanie.

—Yo lo que beba el amigo Bill —sonrió el joven.

Molly se marchó y volvió al poco con dos enormes jarras de cerveza y un pocillo con café humeante. Royter volvió a darle palmadas en las pomposas caderas.

—Luego charlaremos tú y yo, Molly —rió.

—Cuando quieras, Bill.

—¿Y por qué no hablamos ya nosotros, eh? —exclamó Melanie, irritada por tantas dilaciones—. ¿A qué espera, Bill?

—Calma, muchacha —aconsejó Orthon—. Deja que Bill reponga sus fuerzas con un buen trago de cerveza.

—Sí, lo necesito. Allí, en la funeraria se trabaja duro...

Royter casi vació la jarra en un par de tragos. Luego miró sucesivamente a los dos jóvenes y sonrió.

—¿Eran ustedes parientes de Foxhurstone? —inquirió.

Orthon le enseñó cinco billetes de diez dólares.

—Somos nosotros los que hacemos las preguntas, Bill —dijo.

—Ah, sí, claro. Bueno, lo que iba a decir es que yo fui el que hizo la mayor parte del trabajo de aquel maldito ataúd y puedo asegurarles que nunca había hecho cosa más rara.

Royter acabó el contenido de la jarra de cerveza. Orthon le pasó la suya, casi intacta.

—Gracias, amigo —dijo el sujeto—. Bueno, como iba diciendo.

A muchos féretros se les instalan cerraduras, cuya llave se entrega a la familia. Pero en el de Foxhurstone tuve que poner algo que era completamente nuevo para mí. ¿A que no lo adivinan?

—Un cerrojo interior —sonrió Orthon.

—¡Caliente, caliente! No es un cerrojo, pero sí un cierre automático, a presión, que no se puede abrir desde fuera. Yo me pregunto para qué quiere ese cierre un tipo que ya está muerto. Porque no va a salir del ataúd, ¿verdad?

—Es lo que todo el mundo piensa, Bill.

—Bueno, el cierre en sí no tiene nada de particular, salvo que es del mejor acero y muy sólido. La madera del féretro es teca pura, lo que significa que es punto menos que indestructible. Por lo visto, Foxhurstone dejó unas instrucciones muy precisas y también una buena suma de dinero, porque el ataúd vale lo suyo.

—La teca se empleaba antaño en la construcción de veleros —dijo Orthon.

—Exacto —corroboró Royter—. Bien, eso es todo lo que puedo decirles... por cincuenta dólares.

Orthon aguzó el oído.

—¿Tendría que pagarle más, si quisiera darme nuevos detalles?

—Otros cincuenta, señor Orthon.

Hubo un instante de silencio. Royter sonreía maliciosamente.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que ustedes quieren examinar el cuerpo de Foxhurstone y yo puedo indicarles la solución.

—Por cincuenta dólares más —terció Melanie.

—Exactamente, señorita.

Orthon sacó los billetes.

—Hable, Bill.

Royter les indicó la forma de abrir el féretro. Cuando terminó, Orthon se dio una bofetada a sí mismo.

—¡Tonto de mí! —dijo tristemente.

El carpintero se echó a reír.

—Tengo que marcharme —dijo.

Y miró hacia el rincón del fondo, en donde la rolliza camarera ya se estaba quitando el delantal.

—Ha llegado el relevo de Molly; ahora ella y yo vamos a celebrarlo como se merece —se despidió.

Capítulo XII

—ENTONCES, estás decidido a ir al cementerio —dijo Melaine más tarde, mientras cenaban en un restaurante.

—Tengo que pensármelo bien —contestó él.

—¿Hay dudas?

—Hay misterios, cosas incomprensibles. No parece lógico que se instale un pestillo de cierre automático en el interior del ataúd, a menos que el ocupante quiera evitar que examinen su interior.

—Lo cual daría pie a pensar que está vivo, Paddy, y que sale cuando le parece.

—Sí, pero esa hipótesis tropieza con un obstáculo insalvable —alegó Orthon.

—Dime, cuál, por favor.

—El doctor Zane.

—¿Zane? —se asombró Melanie—. ¿Qué tiene que ver con este asunto?

—Embalsamó el cadáver de Foxhurstone. Supongamos que estuviese vivo en aquellos momentos, aunque sumido en estado cataléptico. Después de la operación de embalsamamiento, estaría muerto y bien muerto. Como debe de estar, naturalmente. —Esa hipótesis tiene un punto flaco, Paddy.

—¿De veras? —sonrió él.

—Sí, el propio doctor Zane.

—Explícate, anda.

—Puede que sea el instinto femenino... pero, como suele decirse, Zane no me gusta un pelo.

—¿Por qué?

—Tú me pides que te lo explique y yo respondo que no puedo. Es algo intuitivo, repito. —Intuición femenina.

—O presentimiento, llámalo cómo quieras. Zane asegura que se personó en casa de Foxhurstone el día de su muerte porque iba a

atenderle en su dolencia. Pero a mí me parece una casualidad muy extraña.

Orthon se frotó el mentón.

—El forense no tuvo oportunidad alguna, porque él firmó el certificado de defunción. Y así evitó la autopsia, que habría acabado con Foxhurst caso de que se hubiese tratado de una simulación.

—Exacto, Paddy —concordó la muchacha—. Eso es justamente lo que yo pienso del asunto.

—Pero tú lo viste muerto, todos los asistentes a la reunión lo vieron muerto...

—Ninguno éramos médico —replicó Melanie vivamente.

—Una muerte simulada... ¿Con qué objeto? —dijo Orthon con aire pensativo.

—Vengarse de nosotros, es decir, de sus herederos.

—Eso no se compagina muy bien con sus propósitos de reparar daños causados tiempo atrás.

—¿No? Y ¿qué había en las cartas? Gas cianhídrico, dinamita...

—Fueron nueve cartas en total. Conocemos el contenido de dos de ellas. Thornble y Flora. Pero faltan siete, una de las cuales, la tuya precisamente, está en poder del ladrón a quien creíste Foxhurst.

—Es posible que ya sólo queden cinco, Paddy; mejor dicho, cuatro, porque has olvidado a Feldon, quien asegura haber recibido dinero en la tuya.

—Yo cuento seis cartas...

—Quizá no se encuentre ya la de Della Salmson.

Hubo un instante de silencio. Luego, Orthon movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, es posible que el asesino se la llevase como hizo con la tuya. ¿Por qué, Melanie? —Muy sencillo, para que no se sepa su contenido, Paddy.

El joven volvió a guardar silencio. Pasados unos momentos, exclamó:

—Creo que lo mejor que podemos hacer es citar a los que aún tienen sus cartas y explicarles el peligro que corren. De este modo quizá las entreguen a la policía y así podremos conocer algunas partes de este enigma, que tantos dolores de cabeza nos está proporcionando.

—Sí, es cierto.

—Aunque a otros se los ha quitado radicalmente.

Melanie se estremeció.

—Primero Thornble, luego Parry, después Della Salmson... ¿Quién les seguirá, Paddy? Quizá yo misma.

—No, tú no —contradijo él.

—¿Por qué? También soy heredera. Bueno, asistí en representación de mi padre...

—Pero el asesino quiere recuperar las cartas y ya tiene la tuya, de modo que no hay razón para que vuelva a molestarte. Tú no has informado del suceso a la policía, y menos aún has dicho que lo hizo Foxhurstone.

—Es que no me creería nadie, ni siquiera tú —dijo Melanie plañideramente.

—¿Estarías dispuesta a jurar que era él?

La muchacha vaciló.

—No —contestó al cabo desanimadamente—. Saber que una cosa es cierta es muy distinto de poder probarlo sin dudas para los demás.

—Esas dudas te alcanzan a ti misma, Melanie —dijo él con acento sentencioso—. Bien, mañana empezaré a convocar a los herederos.

—¿Por qué no me dejas que lo haga yo? —sugirió ella—. A fin de cuentas, formo parte de la lista y a mí me atenderían mejor, creo.

—No está mal. ¿Me avisarás cuando hayas conseguido su asentimiento para la reunión? —Sí, desde luego. ¿Cuándo irás al cementerio, Paddy?

—Esta noche no, desde luego. Quizá mañana por la noche... pero, durante el día, tengo que hacer algo muy interesante.

—¿Puedo saber qué es?

—Desde luego. Voy a investigar la vida y milagros del doctor Zane, ese estrambótico sujeto que domestica cuervos y lo mismo embalsama a un buitre que a una persona.

Los dos hombres parecían muy contentos al lado de la tumba en que solían reunirse desde hacía dos o tres noches Tim Spence, satisfecho, sacó la botella de la bolsa de papel en que había estado hasta entonces, y la enseñó a su compinche, Harry Gordon el Araña.

—Estás nadando en la abundancia, Tim —dijo Gordon, admirado—. ¿De dónde has sacado la pasta necesaria para comprar esa botella de lo bueno?

Spence guiñó un ojo a su amigo.

—Ahora tengo dinero, Harry —contestó.

—Pero hace cuatro días andabas mendigando o poco menos.

—Bueno, uno siempre tiene amigos de confianza que ayudan a salvar las malas situaciones.

—Y ese amigo te ha pedido que cuides del cementerio por las noches.

—Justamente, Harry. Él tenía que marcharse de vacaciones; estará fuera dos semanas, y me dio trescientos dólares para que lo sustituyera durante todo ese tiempo.

—¡Demonios! Eso es mucho dinero, Tim. Conozco a Burt, si es él quien te ha pagado para que lo sustituyas, y sé que no puede permitirse el lujo de darte trescientos pavos.

—Si me los ha dado es porque puede, ¿verdad?

—Bueno, ya que tú lo dices... —dudó el Araña.

—Creo que ha hecho un buen negocio, aunque no me preguntes cuál, porque él no me lo ha dicho. Está bien, Harry, ¿empezamos fiesta?

—Adelante, Tim.

Spence destapó la botella. Los dos amigos empezaron a beber por turnos, hasta que se sintieron achispados, aunque no borrachos del todo.

—No cantes esta noche —aconsejó Spence—. A veces hay policías de ronda y si nos oyeran podríamos llevarnos un disgusto.

—La botella... ¡hip!... está ya casi vacía.

Spence soltó una risita.

—Tengo otra de repuesto. Iré a buscarla, Harry, viejo amigo.

El primero se puso en pie y Gordon le imitó en el acto, apartándose a un lado para vaciar la vejiga. Spence volvió muy pronto y se enfadó al observar la acción poco respetuosa de su compinche.

—Podías haberlo hecho más lejos —le reprochó.

—Bueno, a ellos no les importa. Además, la tierra empapa mucho —contestó Gordon, riendo estúpidamente.

El Araña observó de pronto que a su amigo no se le había

pasado el enojo. Conciliador, se acercó a él y le dio un par de palmadas en el hombro.

—Vamos, muchacho, no te enfades. No volveré a repetirlo... aunque, de todos modos, ¿quién se iba a enterar, si estamos solos?

Spence no contestó. Gordon se dio cuenta de que su compinche parecía haberse quedado mudo.

—Pero ¿qué diablos te pasa, Tim? —exclamó Gordon—. Ni que hubieras visto un fantasma...

Bruscamente, Gordon observó que su amigo tenía los ojos fijos en un punto situado a su espalda. Cuando empezaba a volverse, oyó a Spence que le decía:

—No estamos solos, Harry.

Gordon terminó el giro. Un gemido de horror brotó de sus labios al ver la oscura sombra que se alzaba ante ellos.

En las tinieblas, el rostro blanco destacaba bastante, aunque no se podían ver sus facciones. Pero a Gordon le pareció hallarse frente al espectro de algún muerto, el cual había salido de su tumba irritado por la falta de respeto que mostraban los dos sujetos durante su estancia en el cementerio.

El hombre de negro dio un par de pasos hacia adelante. Gordon volvió la cabeza hacia su amigo.

—Tim... ¿qui... quién es? —tartamudeó.

Spence alargó el cuello. De súbito, emitió una exclamación en la que se reflejaba el pánico más absoluto.

—¡No puede ser! ¡Está muerto! —chilló.

Los dos compinches intentaron huir, pero el otro fue más rápido y les alcanzó, sujetándolos a la vez por las gargantas. Luego hizo fuerza en sentido contrario y dos cráneos chocaron ruidosamente.

El hombre de negro repitió los golpes varias veces más. Cuando oyó los siniestros chasquidos que indicaban se había producido la rotura de los huesos del cráneo, soltó sus presas y dejó que dos cuerpos cayeran sin vida por tierra.

Al cabo de unos instantes, el hombre vestido de negro echó a andar y se fundió con las tinieblas.

Poco más tarde se encontró con otro, no lejos del cementerio, pero en un lugar donde no podían ser vistos.

—Ha pasado algo —dijo el primero.

—No por mi culpa, creo —repuso el otro.

—No le echo las culpas a usted. El vigilante de noche no está. Ignoro lo que ha sucedido, pero hoy había dos tipos en su lugar. Me vieron y tuve que deshacerme de ellos.

El otro se estremeció.

—¿Han muerto?

—Uno de ellos me reconoció. No podía permitir que siguiera con vida.

—Comprendo. Tengo algo importante que decirle.

—¿Sí?

—Hay un tipo entrometido que puede darnos un disgusto de los gordos, si no actuamos con decisión.

—¿Sabe usted quién es?

—Sí. Se llama Patrick Orthon y está curioseando demasiado.

—Deshágase de él.

—No será fácil.

—No le digo que lo haga usted en persona. Busque a quien se encargue de ese trabajo. Tiene dinero de sobra; gástelo.

—Sí, señor.

—Ahora tengo que regresar allí. Esta noche debería haber hecho una visita, pero no puedo arriesgarme a volver demasiado tarde. Creo que no encontrarán los cadáveres de esos idiotas hasta mañana, pero, insisto, no puedo correr riesgos.

—Está bien. ¿Cuándo volveremos a vernos, señor?

—Pasado mañana, aquí, a la misma hora.

—De acuerdo. Oiga, ¿me permite una pregunta?

—Quizá no pueda responderle. ¿De qué se trata?

—Me disgustaría mucho ofenderle... pero huele usted espantosamente mal.

—¿De veras? No me había dado cuenta de ello.

—Por lo general, uno no percibe el olor de su propio cuerpo, señor.

—Es posible que tenga usted razón. Procuraré remediar este defecto. Otra cosa: cuando volvamos a vernos, tráigame buenas noticias sobre ese entrometido.

—Pronto dejará de molestarnos, señor.

—Eso espero. ¡Buenas noches!

Los dos hombres se separaron. Uno de ellos subió a su coche y se alejó de allí rápidamente.

El otro emprendió el camino de regreso al cementerio.

Capítulo XIII

HABÍA hecho algunas discretas pesquisas y, al disponerse a regresar con objeto de reunirse con Melanie a la hora del almuerzo, se dio cuenta de que su ruta le llevaba relativamente cerca del cementerio. Entonces se le ocurrió una idea.

Había estado allí, pero durante la noche. ¿Por qué no echar un vistazo al panteón en pleno día?

«Sobre todo, ahora que ha mejorado el tiempo y hasta luce el sol», se dijo.

Cuando detenía el coche, vio el chisporroteo de las luces sobre los techos de otros vehículos. En la ladera de la loma, de suave pendiente, divisó un nutrido grupo de personas que iban y venían muy aprisa, como presas de una gran excitación.

Orthon vio también el destello de los *flashes* de algunas cámaras fotográficas. Intrigado, se apeó y caminó en dirección al lugar donde estaba sucediendo algo muy extraño.

Un poco más adelante divisó a su amigo el policía. Orthon agitó una mano para llamar su atención.

Whitefield acudió a los pocos momentos.

—¿Qué haces aquí, Paddy?

—Bueno, mi ruta pasaba por estos parajes... Vi gente y me entró curiosidad. ¿Qué ha ocurrido, Dan?

—Dos muertos. Creemos que se trata de un doble asesinato.

Orthon silbó.

—¿Aquí, en el cementerio?

—Menos trabajo para el de la funeraria —contestó Whitefield con macabro sarcasmo—. Lo que no sabemos es qué hacían aquí esos dos tipos. El vigilante de noche ha desaparecido y eso nos tiene muy preocupados.

—¿Cómo los mataron, Dan?

—Otro misterio más, Paddy. Tienen los cráneos literalmente

deshechos, como si les hubieran golpeado con una piedra de gran tamaño. Pero lo curioso del caso es que no fueron muertos con esa supuesta piedra, sino que sus cráneos chocaron el uno contra el otro repetidas veces.

Orthon abrió la boca, estupefacto.

—No hablarás en serio —dijo.

—Te repito lo que ha declarado el forense, a primera vista, claro. Sin embargo, opina que lo hizo alguien con una extraordinaria fuerza muscular, al juntar sus cabezas con tremenda violencia. Ya sabes, un tipo fuerte agarra dos cráneos y los junta a la vez. Pero es que hasta ahora yo no había visto nada semejante. Los dos occipitales están horriblemente hundidos; se aprecia a simple vista.

—Y no los conocía nadie, Dan.

—Bueno, uno de los policías ha identificado ya a uno de los muertos. Pero el único que podría aclarar ese misterio, el vigilante de noche, ha desaparecido.

De pronto Orthon lanzó una mirada hacia la cumbre, en la que parcialmente se recortaba la silueta del panteón.

Casi maquinalmente, echó a andar en aquella dirección. Whitefield le miró extrañado, pero comprendió al cabo de unos instantes y corrió para emparejarse con él.

—¿Adónde vas, Paddy?

—Tengo curiosidad por ver un mausoleo —respondió Orthon.

—El de Foxhurstone, claro.

—Sí, el mismo.

Momentos después se detenían frente al panteón. Whitefield torció el gesto.

—Horrible —calificó.

—Un compendio de mal gusto en cuestión de arquitectura funeraria —añadió Orthon, a la vez que levantaba la mano hacia el frontispicio—. Y si te fijas en ese bajo relieve, encontrarás unos símbolos diabólicos.

—¿De veras?

—La estrella de seis puntas, la magia del sello de Salomón, del que se decía tenía dominio sobre los poderes infernales, y el tridente, el arma del diablo, según se le representa en la iconografía tradicional.

—Ese hombre tiene que estar en el infierno —se estremeció el policía—. En lugar de una cruz hizo poner símbolos del demonio... Satanás se habrá felicitado al recibirlo en sus dominios.

—Suponiendo que haya llegado allí, Dan.

—¡Claro! No se habrá quedado en el limbo... —Bruscamente, Whitefield se volvió hacia su amigo—. Paddy, no irás a decirme que Foxhurstone está vivo, ¿verdad? Como policía, he visto cosas que parecen increíbles, pero jamás he visto que un muerto vuelva a salir de su tumba.

—Suponiendo que haya muerto realmente.

—¿Tienes pruebas de lo contrario?

Orthon estuvo a punto de decir que quizá lo conseguiría aquella misma noche, pero se calló, a fin de evitar que su amigo le prohibiese la incursión que había planeado.

—Para ti, el instinto y el presentimiento no son pruebas, supongo —dijo en tono intrascendente.

—Salvando las distancias, un policía es como santo Tomás: necesitamos ver y tocar, para creer.

Whitefield hizo la señal de la cruz. Era ferviente católico y se estremeció al contemplar una vez más aquellos símbolos infernales.

—Un día vendré con el padre

O'Mallon

y le diré que rocíe ese panteón con agua bendita —agregó.

—Sí, y entonces toda esa obra se hundirá en el infierno, entre llamaradas, explosiones y olor a azufre —dijo Orthon.

—Paddy, esto no es cosa de broma. Si de mí dependiera, ahora mismo vendría una brigada de obreros y destruirían...

Orthon dio una palmada en el hombro de su amigo.

—Deja en paz a Foxhurstone; ya tiene quien se ocupe de él —sonrió.

—Lucifer, claro.

El joven asintió. Luego dio media vuelta y emprendió el regreso.

—Si averiguas algo más sobre esas muertes no dejes de decírmelo —solicitó.

—De acuerdo, pero si sospechas que lo hizo Foxhurstone...

Whitefield se calló de pronto. Orthon le dirigió una mirada de reojo.

Su amigo empezaba a dudar y eso era bueno, pensó, porque

podría contar con su ayuda en caso de necesidad.

* * *

Melanie se sorprendió enormemente al ver a Orthon aguardándola en la puerta del edificio donde estaban sus oficinas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Orthon estaba apoyado en la pared, con aire negligente.

—Sostengo el edificio —contestó, jovial.

—Lo construyó mi padre. Hace las cosas a conciencia. El cemento es cemento y el hierro es hierro —dijo ella, picada.

Orthon se separó de la pared y miró hacia arriba. Luego emitió un fingido suspiro de alivio.

—Sí, el señor Tyler sabe hacer las cosas bien —sonrió—. Lo mismo que su competidor, Seth Parry.

—Parry no podía competir con papá, aunque es preciso admitir que también era un hombre honesto. Sin embargo, calculó mal sus fuerzas y estaba a punto de ir a la quiebra.

—Gajes del oficio. Melanie, te invito a una taza de café en el Golden Bridge.

Ella le dirigió una mirada curiosa.

—Tienes que decirme algo —adivinó.

—En efecto.

—Yo también tengo algo que contarte, Paddy. Al fin he conseguido que se celebre una reunión con los restantes herederos vivos de Foxhurstone.

—¿Cuándo? —preguntó él, muy interesado.

—Mañana, viernes, en mi casa, a las siete de la tarde.

—¿Te ha costado mucho convencerles?

—No ha sido fácil, pero al fin accedieron. Por supuesto, he mencionado tu nombre y he dicho que tú también acudirás a esa reunión.

—Puedes estar seguro de que no me la perdería por nada del mundo, Melanie. Momentos después entraban en el local. Orthon eligió una mesa situada en un rincón discreto, pidió dos cafés y luego sacó cigarrillos.

Sonriendo, miró a la muchacha. Ella se sintió extrañada.

—¿Qué miras? —preguntó Melanie.

—La mejor obra del señor Tyler —respondió Orthon—. Sí, es un hombre que sabe hacer bien las cosas.

La muchacha se sonrojó vivamente.

—No son tiempos de bromas, Paddy —le reprochó.

—Al contrario, un poco de alegría contribuye a relajar la tensión, bueno, he averiguado algunas cosas del doctor Zane.

—¿De veras?

—Es cierto que tiene todos los permisos legales para ejercer la profesión médica y que jamás se ha sabido de él nada deshonesto, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó ella, impaciente ante la interrupción del joven.

Orthon hizo un gesto con la mano. La camarera sirvió el pedido y luego se retiró.

—Zane era un reputado toxicólogo, una autoridad en venenos, para que lo entiendas.

Incluso hace algunos años desempeñó una cátedra en una facultad de Medicina, pero le dejó, aunque no por su voluntad.

—¿Qué le ocurrió?

—Parece que tuvo un tropiezo con una alumna.

—Oh, el profesor y la discípula...

—La cosa no llegó a mayores, aunque los sorprendieron en una situación crítica: ambos en traje de Adán y Eva. Ella era de muy buena familia, con influencias, tenía sólo diecinueve años y, aunque no se la podía considerar como menor de edad, se aceptó la versión que dieron sus familiares. A fin de cuentas, contribuían todos los años con grandes sumas al sostenimiento de la universidad. Ya sabes, deducción de impuestos y demás.

Melanie asintió.

—Sigue, por favor, es muy interesante —dijo—. ¿Cuál fue la versión de la familia de esa chica? Porque a los diecinueve años si una mujer no sabe lo que pasa en el mundo es que es tonta o subnormal, y esa joven no lo sería, supongo.

—No, no lo era; pero la familia, más bien el padre, creo que asesorado por alguien que conocía el asunto, alegó que Zane había empleado drogas hipnóticas para que la chica se sometiera a sus demandas.

—¿Era cierto?

—No se sabrá nunca. Zane podría haber pedido un examen de la sangre de su *partenaire*, pero la droga se elimina en el organismo al

cabo de un tiempo y entre unas cosas y otras transcurrió el suficiente para que un análisis negativo demostrase sus argumentos de que ella había accedido a sus demandas con plena y consciente voluntariedad.

—Posiblemente, así fue, aunque es preciso tener en cuenta que en muchos alumnos el profesor ejerce una especie de fascinación, que puede debilitar su voluntad, sin necesidad de recurrir a drogas.

Orthon arqueó las cejas.

—Parece que tienes alguna experiencia sobre el particular —observó.

—Yo misma estuve locamente enamorada de mi profesor de estadística, un hombre alto, guapo, con las sienes plateadas y un cierto aire de sufrimiento interno, que nos hacía sentirnos llenas de compasión hacia él. Pero fue un amor platónico, ¿eh? —advirtió la muchacha.

—Tal vez porque la cosa no llegó a mayores, Melanie.

—Y porque supe resistir sus insinuaciones. Con aquel aire de hombre infortunado en asuntos sentimentales, el profesor tenía un éxito loco entre las alumnas. También acabó de mala manera en la universidad.

—Lo expulsaron.

—Y se marchó, dejando, según se decía, un rastro de siete bastarditos.

—¡Qué barbaridad! Ese hombre, por lo visto, quería asegurar la supervivencia de la especie humana. Pero ¿qué estudiabas tú para sumergirte en los áridos terrenos de la Estadística?

—Ciencias Económicas. Por eso dirijo aquí las oficinas de mi padre.

—¡Tan joven! —se admiró él.

—Paddy, estábamos hablando del doctor Zane —exclamó ella, impaciente.

—Ah, sí, casi lo había olvidado. Bueno, Zane tuvo que dejar la facultad y se estableció aquí, en Taftonville.

—¿Nada más?

—Parece ser que ya entonces tenía afición a la taxidermia. Aquí ha desarrollado esa especialidad y, además, se dedica a embalsamar los cadáveres cuya familia se lo solicita.

—Si tuvo un jaleo con una alumna de la universidad, su

esposa... ¿Era casado?

—Sí, pero se divorció de su mujer años después. Ella se marchó de Taftonville y ya no se han vuelto a tener noticias suyas.

Melanie se mordió los labios ligeramente.

—Paddy, antes has dicho que Zane era un experto en toxicología —recordó.

—Una verdadera autoridad en la materia, preciosa.

—Se me está ocurriendo una idea...

—¿De veras?

—Quizá Zane propinó a Foxhurstone una droga que le sumió en estado cataléptico, de modo que todos lo creímos muerto cuando lo vimos caído en su despacho. Luego apareció el médico, certificó la defunción... y Foxhurstone consta como oficialmente muerto, de modo que así puede realizar su venganza si riesgos de ser detenido.

—Ese argumento tiene algunos puntos débiles, aunque no falsos —contestó Orthon.

—¿Por ejemplo?

—Foxhurstone nombró a nueve herederos, dejándoles en apariencia dinero para reparar el mal que les había causado. Pero en realidad quería matarlos.

—Es cierto.

—Sin embargo no han muerto todos los herederos. ¿Para qué simular su muerte, si podía suponer que sus planes podían fallar?

—Paddy, si Foxhurstone está vivo acabaremos por saber lo algún día. Y si realmente está muerto...

—¿Qué, Melanie?

—Entonces, tendremos que recordar el caso de Betty Palms.

Orthon entornó los ojos.

—Un doble de Foxhurstone.

—Exacto, Paddy.

—No está mal pensado —convino él—. Tendré que investigar en ese sentido, aunque primero quiero hacer una prueba.

—¿A qué te refieres?

—A la apertura del féretro donde yace Foxhurstone.

Melanie sintió un helado escalofrío que le recorría la espalda.

—¿Piensas ir al cementerio?

—Sí, sin dudarlo.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. —Orthon levantó el índice—. Y no me pidas que te deje venir conmigo, porque no te lo permitiré en absoluto.

—Si tú lo dices...

—Está dicho, Melanie.

Orthon movió la mano para llamar la atención de la camarera. Abonó la cuenta y se puso en pie.

—Te acompañaré a tu casa, en tu coche, claro.

—¿Tú no tienes, Paddy?

Orthon se palmeó las rodillas.

—El vehículo más seguro —contestó con una alegre sonrisa.

—Entonces ven corriendo detrás de mí —rió Melanie—. De eso puedes estar segura: eres una chica que vale la pena correr detrás de ella. Por cierto, has dicho, o supongo, que eres diplomada en Ciencias Económicas.

—Con notas muy favorables, Paddy —puntualizó ella—. Lo celebro. Y dime, ¿sabe una chica con un título como el tuyo llevar las cuentas de una casa?

—¿De qué casa? —preguntó la muchacha maliciosamente—. Bueno, algún día tendrás un marido, vendrán los niños...

—Estás hablando de cosas que todavía no han sucedido. Los vaticinios, a este respecto, son prematuros e infundados.

—Yo diría todo lo contrario, Melanie. Cualquiera te puede profetizar un futuro semejante. Aunque no sea conmigo a tu lado, claro.

—Por ahora no tengo pretendientes... digamos formales. Pero nunca me faltan admiradores.

—Me están entrando ganas de imitar a Foxhirstone. ¿No puedes darme una lista de esos admiradores?

—¿Para asesinarlos?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Paddy, tendrías que matar a unos diez o doce mil hombres para verte libre de competidores. Demasiado trabajo, ¿no crees?

—Admiro tu modestia —dijo él—. Son pocos admiradores...

Orthon se calló de pronto. Intrigada, Melanie vio que tenía la vista fija en un punto situado a sus espaldas y se volvió para saber qué había llamado su atención.

—Mira quién está ahí —murmuró el joven.

—Feldon —dijo Melanie.

Feldon estaba en la acera, a unos quince o veinte pasos de distancia, hablando con un sujeto voluminoso, con aspecto de hércules, cuya figura contrastaba enormemente con la del otro.

El rostro del gigante era horriblemente feo. Parecía un simio vestido con ropas de hombre.

—Vaya pareja —comentó Orthon.

—Sí, pero no se puede decir que son la bella y la bestia.

Sin saber por qué, Orthon pareció adivinar la relación entre los dos individuos.

—Tal vez son la bestia y su domador —dijo.

Capítulo XIV

DETUVO el coche con el menor ruido posible y apagó las luces. Luego dejó pasar unos minutos, a fin de acostumbrar sus pupilas a la oscuridad.

Al cabo de un rato abrió la portezuela y se apeó, llevando en la mano una bolsa de lona, que contenía algunos utensilios que calculaba podría necesitar. Todavía, sin embargo, caminó a pie un par de cientos de metros, antes de tomar el camino que conducía a lo alto de la loma.

Una súbita racha de viento barrió las nubes y la luna derramó su claridad. Orthon pudo ver, destacando en negro, la silueta del panteón.

Lentamente inició el ascenso, sorteando las tumbas que le salían al paso. Cuando llegó frente a la cancela dejó la bolsa en el suelo y extrajo su manojó de ganzúas.

La verja quedó abierta a los pocos momentos. Orthon recobró la bolsa y descendió al interior del panteón.

Para trabajar con más comodidad, se colocó una lámpara en la frente, sujeta por un aro de metal. Inclinandose ligeramente, examinó las sólidas bisagras del féretro.

—Tonto de mí... —se lamentó—. Tuve que dar cien dólares para conocer una solución que habrá adivinado un niño de pecho.

Royter le había indicado la forma de abrir el féretro, aunque también le hizo una advertencia sobre la solidez de las bisagras. El metal estaba recubierto de un baño de oro, pero era del mejor acero.

Sin embargo aquellas bisagras tenían un punto flaco: los tornillos que la sujetaban a la indestructible madera de teca. Ciertamente, se dijo, Foxhustone no había escatimado el dinero a la hora de ordenar la construcción de su ataúd.

De pronto, reparó en un detalle que le había pasado por alto.

¿Lo encargó antes o después de su «muerte»?

Tendría que preguntarle a Royter. Hutford seguramente se negaría a facilitarle el dato.

Para más comodidad en su tarea había llevado consigo un taladro eléctrico, alimentado con pilas. Introdujo el vástago de un destornillador, puso el filo de éste en la ranura de uno de los tornillos y accionó el contacto del taladro, a la vez que ejercía cierta presión hacia adelante.

El taladro giró casi silenciosamente. Orthon, satisfecho, pudo ver que el tornillo seguía el giro sin dificultad.

Había tres bisagras, cada una de cuyas mitades estaba sujeta por cinco fuertes tornillos. Cada vez que una de cuyas mitades estaba sujeta por cinco fuertes tornillos. Cada vez que quitaba uno lo dejaba suavemente sobre el túmulo, en el que había espacio suficiente.

Casi media hora más tarde terminó la tarea. Entonces fue al otro lado y abrió la cerradura, a fin de encontrar menos inconvenientes en el momento de abrir la tapa del féretro.

Luego inspiró con fuerza. Asió dos de las mitades de sendas bisagras y empujó hacia arriba.

La tapa giró lentamente. Orthon enfocó la linterna y pudo apreciar el pestillo automático situado al otro lado.

Alargó la mano y recorrió el pestillo. El resto resultó ya fácil.

Apretó los labios. El olor que salía del ataúd no era precisamente agradable.

Y sin embargo, Foxhurstone, a pesar de su absoluta inmovilidad, parecía dormido y no muerto.

Orthon se preguntó por qué Foxhurstone se había hecho encerrar en el féretro con aquella larga capa, que le confería cierto aspecto de Drácula yacente.

«Si sale por las noches, quizá tenga frío», se dijo.

Tanteó las mejillas del sujeto. La carne parecía tener una tensión normal, a pesar de la frialdad epidémica. No se notaba una blancura sospechosa.

Orthon había ido también preparado para una eventualidad semejante. Con gran cuidado, desabotonó la camisa de Foxhurstone y dejó parte de su pecho al descubierto. Había llevado consigo un estetoscopio y lo aplicó al tórax del sujeto, a la altura del corazón.

No era un experto en auscultaciones, pero sabía que, con un aparato semejante, cualquiera podría escuchar los latidos de una víscera cardíaca.

Durante unos momentos sólo percibió silencio.

Sí, Foxhurstone estaba muerto. Zane lo había embalsamado y...

De pronto, cuando ya iba a retirar el aparato, percibió un retumbante sonido.

Era como el de un «gong» golpeado con un mazo espesamente forrado, un ruido sordo que parecía llegar de lo más profundo de la tierra.

El sonido de un gran tambor con el parche flojo.

Pero era, indiscutiblemente, el latido de un corazón.

Lo sabía muy bien. Había hecho pruebas con el estetoscopio, auscultándose a sí mismo. Conocía perfectamente los latidos de su propio corazón y sabía que no podía equivocarse.

Esperó más tiempo. Al cabo de un rato, cuya duración no pudo calcular, volvió a captar aquel sonido.

Entonces decidió tomar los tiempos. Dominando la tensión de sus nervios continuó la escucha, con la vista fija en su reloj de pulsera.

El descubrimiento de la realidad le anonadó.

—¡Un latido por minuto! —exclamó, sin poder contenerse.

Sesenta latidos por hora, cuando lo normal eran setenta y dos latidos por minuto y cuatro mil trescientos veinte, aproximadamente, por hora.

Separó el estetoscopio y contempló el cadavérico rostro de Foxhurstone.

¿Cómo había llegado a semejante estado?

¿Lo había hecho por propia voluntad?

¿Era Zane, con sus enormes conocimientos sobre toxicología, el que había fabricado la droga que permitía a Foxhurstone vivir en estado de muerte aparente?

Y, en tal caso, ¿por qué?

Demasiadas preguntas, se dijo, mientras se apresuraba a repetir las mismas operaciones, pero en sentido inverso.

Media hora más tarde había terminado. Recogió todas las herramientas, cerró la bolsa y se dispuso a abandonar el panteón.

La verja quedó cerrada nuevamente. Orthon caminó una

veintena de pasos y, de pronto, se detuvo en seco al ver la gigantesca silueta que le cerraba el paso.

Aunque no podía ver sus facciones, reconoció de inmediato al hércules visto aquella misma tarde en compañía de Feldon. ¿Qué diablos hacía aquel sujeto en el cementerio, pasada la medianoche?

Pronto tuvo ocasión de salir de dudas.

El gigante dio un par de pasos hacia Orthon. Éste retrocedió.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Has venido al cementerio. Vas a quedarte aquí —contestó el sujeto.

—Te han encargado que me elimines.

—En efecto, así es.

—¿Cuánto te han pagado?

—Si piensas que dándome dinero evitarás tu muerte, estás equivocado.

—Ah, eres fiel al que te contrata.

—Me pagaron bien —dijo el hércules.

—Bueno, dime cuánto...

Algo brilló de pronto en la mano del individuo, a la vez que se escuchaba un seco chasquido.

—Lo suficiente para utilizar este chisme —respondió.

Orthon procuró mantener la serenidad, aunque sin quitar ojo del frío metal que relucía a pocos pasos de distancia. La hoja de aquella navaja medía al menos veinte centímetros de longitud.

—Me sorprende lo que quieres hacer —dijo.

—¿Por qué? ¿Acaso esperaba que después de meter las narices por todas partes pudiera salir bien librado?

—Oh, no, en absoluto; yo no me refería a eso. Lo que sí quería decirte es que no parece lógico que un tipo con tus fuerzas puede recurrir a un método tan bajo como el de un cuchillo.

—Pura comodidad, amigo —rió el gigante—. Y también seguridad, claro.

—¿Seguridad? Explícate, por favor.

—Mañana encontrarán su cadáver con huellas de una navaja. También me llevaré tus objetos personales. Pensarán que has sido víctima de un ladrón nocturno.

—Es posible. ¿Y...?

—Podría romperte el espinazo con las manos, pero entonces

sospecharían de mí, ¿comprendes?

—Eso significa que la policía te conoce.

—No estamos en buenas relaciones, precisamente. Y basta ya de charla...

—¡Un momento! —pidió el joven—. No tengas tanta prisa. Un minuto más o menos, ¿qué importancia puede tener?

—Está bien, habla, pero abrevia. Tengo prisa, ¿sabes?

—¿Te lo ha ordenado Feldon?

El gigante pareció sobresaltarse.

—¿Cómo lo sabes?

—Feldon cometió una imprudencia al hablar contigo en plena calle —respondió el joven—. Yo no te conocía y él dijo que te señalaría, para que no pudiera equivocarme.

—De todos modos me parece que has tardado demasiado. ¿Por qué no me has atacado antes?

—Tenía que esperar a ver qué hacías. Debo informar a Feldon.

—Ah, ya comprendo. ¿Qué le dirás?

—Simplemente, que has estado en ese panteón, husmeando en su interior. ¿Había algo de valor?

Orthon levantó la bolsa.

—Diamantes —mintió.

El gigante emitió un fuerte resoplido.

—No te creo —dijo.

—Como quieras. Pero ¿cuál es el sitio más seguro para esconder algo así como un par de millones en piedras entradas de contrabando?

—¿Es verdad eso que dices?

—Amigo mío, sospecho que Feldon te ha tomado el pelo pagándote una miseria por algo que vale infinitamente más de lo que sospechabas. Pero si eres tonto, nadie sino tú tiene la culpa.

—Hablaré con ese pillo en cuanto me lo eche a la cara —prometió el hércules rencorosamente—. Pero, de todas formas, si te mato me quedaré con los diamantes y Feldon no verá ni uno solo.

—No está mal pensado, Feldon se merece eso y mucho más, por haber tratado de burlarse de ti, diciéndote algo totalmente inexacto. En resumidas cuentas, ¿qué te contó de mí?

—Te lo dije antes: estás metiendo las narices donde no debes. No dio más explicaciones.

—Claro, no le convenía hablar de los diamantes.

Orthon trataba de distraer al gigante con su charla, a fin de buscar el momento propicio para salvar aquella crítica situación. En una lucha cuerpo a cuerpo tenía todas las de perder.

Si el otro pretendía usar la navaja, aún disponía de algunas posibilidades. De repente, presintió el inminente ataque del gigantesco individuo.

Orthon oyó un fuerte bufido y vio que el gigante se lanzaba contra él. Desesperado, le tiró la bolsa de las herramientas a la cara.

El gigante trastabilló, desconcertado por aquel inesperado contraataque. La bolsa cayó al suelo entre sus pies y éstos se le enredaron, haciéndole caer de bruces.

El golpe contra la tierra resonó sordamente. Pero entonces ocurrió algo horripilante.

El asesino se puso en pie de un salto, emitiendo espantosos gorgoteos. Estupefacto, Orthon vio que se llevaba las manos a la garganta, mientras vacilaba horriblemente.

Las manos del sujeto aferraron el mango de la navaja y tiraron de ella hacia afuera. Orthon oyó un fuerte chasquido.

El mango y parte de la hoja quedaron en manos del gigante. Espeluznado, Orthon apreció que más de la mitad de la hoja de acero había quedado en el interior del cuello de toro del hércules, del que brotaba un potente cario de sangre.

La agonía del sujeto fue muy breve. Apenas si estuvo diez segundos en pie, el tiempo justo para arrancar la navaja partida en dos. Cayó de nuevo, dio unos cuantos frenéticos pataleos y empezó a quedarse quieto.

Orthon decidió que no podía perder ni un minuto más. Recuperó la bolsa y echó a correr, escapando de aquel lugar como alma que lleva el diablo.

Cuando llegó a su casa se había recuperado ya del susto pasado. Entonces decidió que otro debía recibir también un buen susto y buscó en la guía de teléfonos, hasta dar con el número deseado.

Una voz soñolienta le contestó a los pocos momentos.

—¿Eres tú, Jassy?

—Soy el espíritu de Orthon —dijo el joven con acento cavernoso—. Feldon, has pagado a un asesino para que me dé muerte y un día responderás de tu crimen. Te espero en otro mundo. No tardes, por

favor.

Al otro lado de la línea se oyó un chillido de susto. Orthon contuvo la risa hasta haber colgado el teléfono.

—A ver si se ha creído de veras que le hablaba mi espíritu...

Capítulo XV

MIENTRAS se afeitaba, encendió la radio. A los pocos momentos oyó a un locutor que daba la noticia del hallazgo de un cadáver en el cementerio.

El muerto era un tal Jassy Hidden, un notorio hampón y excampeón de catch, cuyas actividades habían recibido la atención de la policía en numerosas ocasiones. El oficial encargado de la investigación suponía que se trataba de un ajuste de cuentas.

Tal vez se había citado en aquel lugar con otros delincuentes, posiblemente con el pretexto de intercambio de dinero por drogas, cosa que Hidden hacía con más frecuencia de lo deseable, pero en lugar de recibir dinero se había encontrado con una puñalada en la garganta.

Orthon respiró satisfecho al conocer la noticia. No le relacionarían con él, se dijo.

Cuando terminaba su aseo, sonó el teléfono.

Era Melanie.

—Paddy, he oído una noticia y me siento preocupada —declaró la muchacha.

—¿A qué te refieres, encanto?

—Han encontrado un cadáver en el cementerio. Se cree que murió pasada la medianoche. Quizá tú viste algo...

—Era de noche y había mucha oscuridad.

—Pero... Perdona, creo que te entiendo. ¿Quieres que almorcemos juntos?

—¿Quién pagará la cuenta, Melanie?

—Cada uno lo suyo, naturalmente.

—¡Qué decepción! Pensé que me invitadas.

—¿Tan pobre estás? —se asombró ella.

—En la ruina más absoluta.

—Lo siento. Bueno, ven a reunirme conmigo en el Golden Bridge

a las doce y media.

—Espero llegar a tiempo. Tengo que ir al Servicio Municipal de Limpieza Pública.

—¿Para qué? —preguntó Melanie, muy extrañada.

—Necesito un gatito muerto. A diario recogen animales muertos en plena vía pública...

—¡Qué asco! ¿Para qué necesitas un gato muerto?

—Mi esposa tenía uno, se murió y quiere disecarlo.

—¡Es verdad, lo había olvidado! ¿Has descubierto algo interesante, Paddy?

—¿No puedes esperar a la hora del almuerzo?

—Perdona, lo había olvidado. Sé puntual; me devora la curiosidad, Paddy.

—Descuida, no fallaré un minuto.

Orthon colgó el teléfono. Terminó de vestirse y salió a la calle.

* * *

Orthon recibió esta vez respuesta a su llamada. El doctor Zane le abrió la puerta y Jerry le dio su poco agradable salutación:

—¡Fuera, fuera! ¡Peligro de muerte, peligro de muerte! El joven dirigió una sonrisa al pájaro.

—Animalito... ¿Cómo está, doctor Zane? —saludó, cortés.

—Bien —respondió el aludido—. ¿Puedo servirle en algo?

Orthon levantó un poco la bolsa que llevaba en la mano.

—Aquí lo traigo, doctor.

—¿Qué es eso, señor Smith-Jones?

—El gatito de mi esposa...

—Oh, es verdad, lo había olvidado. Pase, pase, por favor. —
Gracias.

Orthon franqueó el umbral y siguió al estrambótico sujeto hasta su taller. De una ojeada, Orthon comprobó que el cadáver de Thornble había desaparecido.

Sin embargo no hizo ningún comentario. Dejó la bolsa sobre una mesa y descorrió la cremallera.

Zane examinó el cadáver del animal que había en el interior.

—¿Dice que era el gato favorito de su esposa? —preguntó.

—En efecto, doctor.

—En tal caso permítame que le diga que su esposa no debía de sentir mucho cariño por su gato. ¡Está horriblemente sucio!

—Disculpe, doctor, pero era un gato muy independiente y se escapaba de casa con gran frecuencia, pasando a veces varios días fuera. En una de estas ocasiones regresó, pero ya agonizaba y no pudimos hacer nada por él.

—Está bien, veré si puedo conseguir algo positivo.

—Usted es un gran experto. Lo dejará como nuevo. Y si fuese una persona, también lo haría.

—No soy un asno —replicó Zane secamente.

El cuervo no se movía de su hombro y miraba al joven fijamente, de modo que Orthon empezó a sentir cierta incomodidad.

—Supongo que no tendrá prisa —añadió Zane al cabo de unos momentos.

—Ninguna, doctor. Pero, claro, tenemos que hablar de sus honorarios...

Zane hizo un ademán displicente.

—Ya me pagará cuando tenga listo al animal —contestó.

—Gracias. Por cierto, doctor; usted es un experto en toxicología, creo.

Zane se puso rígido en el acto. Orthon no dejó de captar la reacción del sujeto.

—Soy experto en muchas cosas, pero ¿cómo lo sabe usted?

—Oh, me encontré el otro día con un amigo. Su esposa y la mía empezaron a hablar de animales y el nombre de usted salió casualmente a relucir. Lo cité yo, y mi amigo me habló entonces de su prestigio como toxicólogo.

—He abandonado esa rama de la ciencia —respondió Zane con acento desabrido.

—Sus razones tendrá —sonrió Orthon—. Por cierto, en aquella discusión se suscitaron ciertos temas. ¿Es cierto que se pueden elaborar una droga que, ingerida, haga parecer como muerta a la persona que la ha tomado?

Los ojos del médico emitieron un vivo destello.

—¿Por qué lo pregunta, señor Smith-Jones? —exclamó casi a gritos.

—Oh, mera curiosidad. Es que estos días, en la ciudad circulan unos extraños rumores. Se dice por ahí que un tal Foxhurstone no murió realmente...

El rostro de Zane se encendió de cólera. Orthon se dijo que tal

vez se había mostrado demasiado imprudente y empezó a pensar en una prudente retirada.

La bolsa en que había traído el cadáver del gato estaba sobre la mesa y el joven la recogió precipitadamente, sin preocuparse de cerrarla. Entonces, inesperadamente, Zane lanzó un extraño grito:

—Ashmud.

Instantáneamente, Jerry, que parecía adormilado sobre el hombro de su dueño, se enderezó y tensó sus músculos. Orthon captó la actitud del pajarraco y temió lo peor.

El cuervo emitió un horrible graznido y, con ruidoso aleteo, se precipitó contra el joven. Orthon apenas si tuvo tiempo de poner la bolsa delante de su cara para protegerse los ojos, voraz objetivo del agudo pico del córvido.

Jerry no tuvo tiempo de corregir su trayectoria de vuelo y se introdujo en la bolsa. Orthon decidió aprovechar la ocasión.

El cuervo aleteaba frenéticamente, parcialmente impedido de moverse con toda libertad. Con gran rapidez, Orthon corrió el cierre y dejó al pájaro encerrado.

Luego, con gesto colérico, tiró la bolsa al pecho del médico. Zane se tambaleó y apenas si tuvo tiempo de evitar que cayera al suelo.

—Guárdese su maldito cuervo, doctor —dijo Orthon, mientras se dirigía hacia la salida—. Y no me lo vuelva a lanzar otra vez, porque llevo una pistola y lo freiré a tiros.

Llegó a la puerta y se volvió para dirigir una penetrante mirada a Zane, quien daba la sensación de hallarse paralizado por el asombro.

—Doctor, ¿qué clase de droga puede conseguir que el corazón de una persona se mueva a razón de un latido por minuto?

Zane no contestó. Insidiosamente, el joven añadió:

—¿Existe en realidad esa droga o la ha inventado usted?

Cuando salió, Zane no había pronunciado todavía una sola palabra. Orthon se dijo que tal vez había cometido una imprudencia.

—He hablado demasiado...

Pero no se arrepentía. Al contrario, le parecía sentirse mucho más aliviado.

Y, de todos modos, la entrevista había resultado sumamente

provechosa.

* * *

—¿Ashmud? —repitió Melanie, estupefacta—. ¿Qué significa, Paddy?

—No lo sé. Es una palabra clave, no hay duda —respondió el joven—. Zane lo dijo en la otra ocasión: Jerry atacaría siempre que él pronunciase esa palabra. Y así lo hizo ciertamente.

—Se tiró a sacarte los ojos —dijo ella, estremecida de horror.

—No sé lo que habría pasado, de no tener la bolsa en las manos. Por fortuna, sólo tenía que luchar con un animal y pude encerrarlo. Pero me daban ganas de retorcerle el pescuezo.

—Es un pájaro repugnante... Paddy, ¿crees de veras que Zane administró a Foxhurstone la droga que le hace aparentar ser un cadáver?

—Estoy firmemente convencido de ello, Melanie. Y todavía hay más.

—Dime, por favor.

—Foxhurstone está vivo.

Ella dejó caer el tenedor sobre el plato. El horror apareció de inmediato en sus ojos.

—Lo has averiguado —musitó.

—Es algo espantoso. Cuando abrí el féretro le apliqué un estetoscopio sobre el pecho. Creí que tenía el corazón parado, pero al cabo de un rato pude percibir el inconfundible sonido de un latido. Luego tomé los tiempos. El corazón de Foxhurstone late, aproximadamente, una vez por minuto. Sesenta latidos por hora, Melanie.

—Pero ¿por qué, Paddy? ¿Por qué tuvo que hacer eso? ¿Qué diabólico plan elaboró su mente para simular su muerte?

—No acabo de comprenderlo muy bien, aunque tengo la seguridad de que está relacionado con las fiestas demoníacas que se celebraban en su casa. Y todos los herederos, incluso tú aunque indirectamente, tuvieron algo que ver con esas fiestas.

—¿Será un no-muerto, como los zombies o como los vampiros de Transilvania? —dijo ella, sin poder desprenderse del horror que impregnaba todo su espíritu—. ¿Habremos de creer que realmente disponía de poderes diabólicos?

—Lo cual, a su vez, le habría convertido en un demonio.

—Y entonces, su última voluntad sí podría llamarse el testamento del diablo.

—Perdona, querida, pero creo que todo esto son especulaciones sobre aspectos fantásticos del tema, pero absolutamente alejados de la realidad —dijo Orthon—. No podemos negar que Foxhurstone era un hombre excepcional, aunque fuese en sentido maléfico, pero no pasaba de ser un humano, una persona de carne y hueso. Su estado actual, estoy absolutamente seguro de ello, obedece a causas científicas más que fantásticas.

—¿Por ejemplo?

—Ya te he contado lo que me sucedió con Zane. Cuando mencioné la posibilidad de una droga que produjese el estado de catalepsia, pareció volverse loco de furor. Entonces fue cuando me lanzó a Jerry.

—Eso significaría que Zane es cómplice de Foxhurstone.

—Exacto. Pero no es el único.

—¿Te refieres a Feldon?

—Sí, el mismo. Sin embargo, no comprendo qué lazos pudieron existir entre los dos hombres. O entre éstos y el doctor Zane. Aparentemente, Feldon es un ser normal, casado, incluso, con un par de hijos ya talludos... Es un hombre que no acaba de encajar en este asunto.

—Y sin embargo, fue el que contrató a Jassy Hidden para que te asesinara. ¿Por qué?

—Acabaremos por saberlo —respondió Orthon. Alargó la mano y llamó a la camarera—. ¿Puede traerme un teléfono, por favor? —solicitó.

—Al momento, señor.

—¿A quién vas a llamar, Paddy?

—Enseguida lo sabrás.

Orthon extrajo una agenda de notas y consultó una de sus páginas. Cuando la camarera trajo el teléfono, marcó una cifra y aguardó unos momentos. Al fin, oyó una voz que anunciaba el nombre de cierto establecimiento.

—Deseo hablar con Bill Royter, señorita —dijo el joven.

—Le pondré con talleres, señor —contestó la operaría.

Sonaron algunos chasquidos en el auricular. Una voz gruesa, destemplada, llegó a oídos de Orthon.

—Talleres. ¿Qué desea?

—Quiero hablar con Bill Royter. Soy Molly. Dígaselo así.

—¿Molly es un hombre? —preguntó el individuo, atónito.

—He cambiado de sexo —dijo Orthon con toda desfachatez.

—Se ve cada cosa hoy día... ¡Bill, aquí te llama Molly! ¡Ahora dice que es un hombre! Orthon contuvo una sonrisa. A los pocos instantes oyó a Royter, verdaderamente enfadado.

—Molly, no me gustan cierta clase de bromas...

—Bill, soy el hombre que le pagó cien dólares hace poco.

—Ah, comprendo. ¿Qué desea?

—¿Cuándo construyeron el ataúd de Foxhurstone? ¿Antes o después de su muerte? —Antes, bastante antes, dos o tres semanas por lo menos. Incluso estuvo él aquí para indicar personalmente cómo lo quería. Eso no es nada frecuente, amigo.

—Comprendo. Muchas gracias, Bill.

Orthon volvió el teléfono a su sitio.

—Foxhurstone preparó su comedia con tiempo suficiente —dijo—. El féretro estaba ya construido cuando «murió».

—En todo esto hay un enigma que no acabamos de descifrar —dijo Melanie—. ¿Por qué tuvo que idear la comedia de su muerte, Paddy?

—Ya te he dicho que los herederos, y no te cuento a ti entre ellos, saben más de lo que dan a entender. La negativa a permitir la apertura de sus sobres es base más que suficiente para mis argumentos.

—Muy cierto —convino ella—. Lo saben, pero creo que tardaremos en enterarnos más de lo que esperábamos.

—¿Por qué, Melanie?

—Intenté decírtelo al principio, pero casi no he tenido tiempo de hablar. La reunión se pospone para dentro de dos días, no mañana, como habíamos calculado.

—Habrá motivos para ese aplazamiento, supongo.

—Sí, en efecto. Y el retraso proviene de Ray Keele, aunque no ha querido ser más explícito. Dijo que quería averiguar algo antes de acudir a la reunión y que no serviría de nada que se celebrase sin él, así que, después de haber conseguido la aquiescencia de los demás, tuve que comunicarles el aplazamiento por veinticuatro horas.

Orthon se rascó una mejilla por el pulgar.

—¿Qué demonios le habrá pasado a Keele para retrasar la reunión? —murmuró, sumamente intrigado.

—No lo sé, aunque yo sospecho que tienen algo que ver con la muerte de Seth Parry. Hubo un tiempo en que eran socios, aunque después se separaron. Pero fue una separación de conveniencias económicas, no por ruptura de amistad. Pese a todo, continuaron siendo grandes amigos.

—Quizá tengas razón. De todas formas lo sabremos dentro de cuarenta y ocho horas. Mientras tanto, no pienso quedarme mano sobre mano.

—¿Qué proyectos tienes, Paddy? —preguntó la muchacha.

—Seguiré investigando sobre Zane. Presiento que me faltan algunas cosas por saber y quiero llegar hasta el fondo.

—Entonces, le presionarás...

—Puedes tenerlo por seguro. —Orthon sonrió—. Bien, ¿no me invitas?

—Ah, quieres que pague...

—Estoy en la ruina, encanto.

Ella le miró fijamente.

—¿Necesitas un empleo, Paddy?

—Hablares cuando termine este caso tan apasionante, ¿no te parece?

Melanie hizo un gesto de resignación. Luego abrió su bolso.

Orthon se puso en pie. Rodeó la mesa, se inclinó y la besó en una mejilla.

—Hasta la vista —se despidió.

Melanie sonrió, aunque sorprendida por aquel inesperado gesto. El joven se marchó y ella se dispuso a abonar el importe de los dos almuerzos.

Cuando terminaba, oyó una voz de mujer a su derecha.

—¿Le gusta ese hombre, señorita?

Melanie, intrigada, se volvió.

—¿Quién es usted?

—Flora Sheane. Permítame un consejo, muchacha: deje a ese hombre. No le haga caso. La llevará a la ruina antes de un año.

—¿Cómo lo sabe usted, señora?

—Tengo motivos de sobra para saberlo, señorita Tyler. En menos de año y medio Paddy Orthon dilapidó la herencia de su abuelo.

Millón y medio de dólares.

Melanie respingó.

—No es posible...

—Puede estar segura de que le he dicho la verdad. En fin, si quiere seguir con él, es cuenta suya. Luego no se queje que no la advirtieron a tiempo.

La muchacha miró de hito en hito a la mujer que tenía frente a sí. Era hermosa, pero ya había entrado en la madurez. Melanie comprendió en el acto que los celos tenían buena parte en aquella insidiosa advertencia.

—De todos modos, Paddy tiene algo a su favor, señora Sheane —dijo al cabo.

—¿De veras? —preguntó Flora, sonriendo burlonamente.

Melanie recogió su bolso y se puso en pie.

—Cuando menos, no asistía a las fiestas de Foxhurstone —se despidió con sequedad. Flora se quedó parada, sin ánimos para reaccionar. Con paso rápido, Melanie se encaminó hacia la salida, pero entonces vio algo que la hizo sentirse sumamente extrañada.

Orthon se hallaba en el fondo del local, junto a la puerta de los lavabos de hombres, parado en una situación un tanto intrigante. Parecía aguardar a alguien, pero ¿quién era la persona a la que el joven quería ver?

Decidió esperar también.

El hombre salió de los lavabos con aire natural. Orthon le dejó que diera un par de pasos y luego dijo:

—Feldon, soy el espíritu de Orthon.

La voz del joven, deliberadamente disfrazada, parecía provenir de las profundidades de la Tierra. Feldon se volvió rápidamente, le miró y, de pronto, puso los ojos en blanco y se cayó redondo al suelo.

Orthon se sintió desconcertado.

—¿Tanto miedo le he dado? —murmuró.

En el restaurante se produjo un lógico revuelo. Acudieron un par de camareras, el encargado y otro empleado. Alguien se acercó también, gritando:

—¡Por favor, soy médico!

Orthon se dijo que le convenía emprender una prudente retirada. De todos modos, no tardó en oír algo que le hizo

comprender lo sucedido.

—No es nada —dijo el médico—. Sólo un simple desmayo. Hay que llevarlo a algún sitio más despejado, donde pueda recuperarse...

—En mi despacho, doctor —indicó el encargado.

Cuando el joven cruzaba la puerta del restaurante, se tropezó con Melanie que le miraba de un modo singular.

—¿Qué le has dicho a ese pobre hombre? Parecía como si hubiese visto un fantasma.

—Seguramente se lo creyó —sonrió él.

—Era Feldon, ¿verdad?

—El mismo. A pesar de que lo llamé anoche por teléfono, no debía de estar muy convencido de que aún vivía.

—Pero él tiene que saber que encontraron muerto a Jassy.

—Quizá supuso que yo había podido escapar, aunque herido. De todos modos tenía ganas de darle un buen susto. Y ahora perdona, pero debo ver a una persona que puede darme más detalles sobre el doctor Zane.

Bruscamente, Melanie extendió una mano y agarró el brazo del joven.

—Paddy —dijo.

—¿Sí, hermosa?

—Acaban de decirme... ¿Es cierto que en poco más de dos años derrochaste una inmensa fortuna?

Orthon sonrió maliciosamente.

—Apostaría algo a que ha sido Flora Sheane —dijo.

—Sí, ella misma... y parece tener motivos para saberlo.

—Otro día te lo contaré todo, Melanie. Ahora perdóname, pero tengo prisa.

Orthon se acercó al borde de la acera y extendió una mano para detener un taxi que pasaba por allí en aquellos momentos. La muchacha se preguntó cómo pagana el importe de su carrera. Sintióse tentada de prestarle unos dólares, pero de pronto recordó que días antes había dado cien dólares a un carpintero de ataúdes.

—No es cierto que derrochase un millón y medio —sonrió.

Más animada, cruzó la calle y regresó a su oficina.

* * *

Sentado en su sillón, el sargento Whitefield se acarició el

mentón pensativamente.

—Hace algún tiempo tuvimos a ese matasanos en nuestro punto de mira, pero tuvimos que desistir del caso.

—¿Por...?

—Falta de pruebas.

—¿Un caso de asesinato?

—Su esposa. Él dice que se divorció y hasta presentó documentos que lo justificaban. No podíamos hacer nada, compréndelo.

—¿Sospechas que la asesinó?

—No pondría la mano en el fuego por sostener que la señora Zane sigue viva aún o que, en todo caso, murió por causas naturales y después del divorcio —contestó Whitefield—. Si la mató, ¿por qué lo hizo?

—Es el caso clásico de la mujer mandona y el esposo insignificante, que al fin se harta de la situación y elimina a la mujer. Uno comprende a esa clase de tipos, pero, claro, no va a justificar que se solucione el problema con un asesinato.

—Sí, desde luego.

—Además, en el fondo, la señora Zane tenía algo de razón. Su esposo, tan tímido y sumiso, era un irresistible conquistador. No sé cómo se las arregla cierta clase de hombres, pero lo cierto es que las mujeres caen en sus brazos como moscas en un pastel.

—Eso es verdad —convino Orthon, recordando el incidente sucedido en la universidad entre el profesor y su discípula—. Ahora bien, si mató a su esposa, tuvo que hacer desaparecer el cadáver. Con sus conocimientos, no cabe duda de que lo haría a conciencia. Whitefield dio de pronto un golpe sobre la mesa.

—Me conformaría siquiera con encontrar su cráneo —exclamó—. Sería suficiente... —¿Por qué, Dan?

—La señora Zane se había hecho arreglar la boca poco antes del divorcio. Prácticamente, se puso las treinta y dos piezas nuevas. Tenemos las radiografías del dentista, quien, por cierto, les pasó una factura escalofriante... Pero eso no pasa de ser un sueño irrealizable, Paddy.

En aquel instante, Orthon recordó cierto detalle que no le había parecido de importancia hasta el momento. Sin embargo, prefirió callar y se puso en pie para despedirse de su amigo.

—Gracias, Dan. Has sido muy amable —dijo.

Whitefield hizo un ademán con el que quería dar a entender que la cosa no tenía importancia. Orthon, sin esperar a más, abandonó el despacho del policía.

Lo primero que hizo fue comprar una pequeña cámara, con *flash* incorporado. Era de revelado instantáneo, con lo que así suprimía el enojoso proceso que le habría hecho esperar por un tiempo indeseado.

Usaría la cámara aquella misma noche, se propuso resueltamente.

Melanie le llamó al atardecer.

—Paddy, te invito a cenar —dijo.

—¿Dónde? —preguntó él con fingida avidez.

—Estás hambriento, ¿eh?

—Desfallecido, pero me conformaría con un mendrugo de pan y una taza de café...

Ella se echó a reír.

—Habrás algo más, hombre. En mi casa, a las siete y media. Ah, no te hagas ilusiones; Jenny estará presente.

—La mataré —contestó él jovialmente—. Pero luego tengo que salir sin falta.

—¿Adónde, Paddy?

—Mi debilidad no me permite seguir hablando. Espera a que haya llenado el estómago y lo sabrás.

* * *

Orthon se presentó ataviado de un modo que dejó estupefacta a la muchacha. Todos sus ropajes eran negros, excepto el impermeable con que se cubría, a fin de no causar extrañeza en la calle. Al quitárselo, Melanie se quedó con la boca abierta.

—¿Vas a algún funeral? —preguntó.

—¿Te gustaría acompañarme?

—Depende del lugar al que pienses ir.

—A casa del doctor Zane.

—¿Te recibirá?

—No se enterará de mi visita. Anda, vamos a cenar; estoy muerto de hambre.

La mesa estaba ya puesta. Jenny, la sirvienta, trajo una excelente sopa, a la que siguieron dos platos más. Ambos

maravillosamente guisados. Al terminar, Orthon, fingiendo no poder tenerse en pie, fue a sentarse en un diván.

—Es un milagro que no estés como un tonel, teniendo a Jenny a tu servicio —dijo—. Si existiese la esclavitud te pagaría una fortuna por ella, Melanie.

—No tienes dinero, Paddy —sonrió la muchacha—. Pero dime, ¿qué hay de cierto en la fortuna del abuelo?

—El abuelo murió no pobre, pero tampoco rico, cobrando su retiro de almirante de la marina de guerra. Él hijo se dedicó a la abogacía y el nieto siguió los pasos de su padre. —¿No te gustaba la armada?

—El agua, en cuanto hay más de lo que puede contener mi bañera, me marea horriblemente. Bueno, ¿tienes ropas negras? Un *pullover*, pantalones, un chaquetón también...

—Sí, creo que tengo lo que pides. Pero aún no me has dicho qué vamos a hacer en la casa del doctor Zane.

—Retratar una calavera.

Melanie se quedó pasmada.

—Has dicho...

—Lo que acabas de oír. Pero no tengas prisa; naturalmente, no vamos a ir ahora, corriendo el riesgo de tropezamos con Zane y su maldito cuervo.

—A la medianoche —supuso ella.

—Más tarde aún, si es posible.

—Muy bien, y luego me explicarás...

—Después de que haya tomado las fotografías —contestó Orthon.

* * *

El haz de rayos de luz de la pequeña linterna iluminó el cráneo situado en la columna y bajo el fanal del vidrio. Melanie se estremeció al contemplar aquella tétrica imagen.

—Sí —murmuró Orthon—, tuvo que ser ella...

—¿Quién? —preguntó la muchacha, en idéntico tono de voz.

—Melanie, ¿qué encuentras tú en esta calavera?

—Bueno, yo diría que tiene un aspecto estupendo... pensado en que es sólo un cráneo descarnado, claro.

—Debía de tenerlo mucho mejor en vida. Tú dices eso porque se le ve la dentadura en magnífico estado, ¿no es cierto? —Sí, no le

falta una sola pieza...

—Se las pusieron todas poco antes de su muerte.

Melanie ahogó un grito de asombro.

—¿Debo suponer que se trata de un asesinato?

—Mañana lo comprobaré —respondió él. Pasó la linterna a la muchacha y aprestó la cámara—. Voy a impresionar unas cuantas placas desde distintos ángulos.

El *flash* destelló varias veces. Al terminar, Orthon comprobó el resultado de su labor, bajo la luz de la lámpara portátil y sonrió satisfecho.

—Han quedado estupendamente bien —dijo—. Anda, vámonos ya.

Melanie se sintió muy aliviada cuando estuvieron lejos de aquella tétrica mansión. Ahora ya sabía a quién pertenecía el cráneo que había fotografiado el joven.

—Paddy, me pregunto por qué tiene Zane allí la calavera de su esposa —preguntó.

—Yo diría que es una especie de venganza por lo que ella le hizo en vida. Apostaría, incluso, que cada vez que pasa junto al pedestal le saca la lengua en son de burla.

—Es posible, en efecto. Pero ¿qué fue del cuerpo?

—Si te fijaste el otro día, hay un horno en el taller. Es indudable que falsificó los documentos del divorcio, lo cual le permitió eludir una persecución legal. Después de matarla, la despedazaría, sin duda alguna.

—Y quemaría los restos...

—En días sucesivos, para no producir un excesivo olor desagradable. Un trocito hoy, mañana una mano, pasado un pie...

—¡Basta, por favor! —pidió ella, muy aprensiva—. No sigas con esos detalles tan macabros.

—Saldrán a relucir algún día, muy pronto —vaticinó él.

Melanie conducía el coche y llevó al joven hasta las inmediaciones de su casa. Cuando el vehículo se hubo parado, Orthon se ladeó un poco, pasó un brazo sobre sus hombros y se inclinó hacia ella.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Melanie, echando el busto atrás.

—¿No lo adivinas?

—No me gustaría que fuese un beso de... simple diversión.

—Te juro que no lo será —contestó Orthon.

Cuando las dos bocas se hubieron separado, ella le dirigió una intensa mirada.

—Paddy, ¿la has olvidado ya? —preguntó intencionadamente.

—No. Siempre me acordaré de ella... pero las personas no pueden vivir de los recuerdos.

—Era muy guapa —dijo Melanie con suavidad.

—Pero también débil. ¿Habrías sucumbido tú?

—¿A qué, Paddy?

—A los hechizos de Foxhurstone.

Melanie contuvo el aliento.

—De modo que éstos son los motivos...

Orthon asintió.

—¿Te sientes decepcionada? —preguntó.

—No, ahora comprendo la verdad. A fin de cuentas, también los Tyler tienen una cuenta que saldar con ese diabólico individuo.

—Pero la hermana de tu padre sobrevivió, Melanie.

—Es cierto —admitió la muchacha—. Paddy, esperaremos un poco todavía. Tú ya me entiendes, ¿verdad?

—Claro, encanto.

Orthon abrió la puerta del coche y se apeó.

—Mañana te diré algo sobre la calavera —se despidió. Ella hizo arrancar el coche. Orthon permaneció en la acera hasta que vio desaparecer a lo lejos las luces rojas de cola.

Luego, lentamente, cruzó el pequeño espacio ajardinado que había delante de su casa, llegó a la puerta y la abrió. Inmediatamente percibió algo que le hizo sentirse profundamente asqueado.

Aquel hedor de muerte...

Orthon había dado ya un par de pasos en el interior, antes de que su mente empezase a funcionar en debida forma. Cuando quiso reaccionar oyó el ruido de la puerta que se cerraba a sus espaldas.

Instantáneamente dio un salto hacia adelante, pero el intruso le alcanzó. Orthon presintió sus intenciones y puso ambas manos en su cuello, a fin de protegerse del inminente ataque en aquella región.

El intruso lo advirtió y le propinó un terrible empujón. Orthon cayó de bruces. El instinto le hizo extender ambas manos para

aminorar los efectos de la caída.

Orthon se dio cuenta de que el otro no iba a cejar en sus esfuerzos y volteó en el suelo, tratando desesperadamente de eludir el acoso del intruso. Era increíblemente fuerte, se dijo, y si permitía que le echara las manos al cuello podía darse por perdido.

El atacante volvió a fallar, aunque no por ello cejó en sus esfuerzos. Enloquecido por la resistencia de su víctima, redobló sus intentos. De repente consiguió colocar un fuerte golpe en la cabeza del joven.

Orthon sintió que perdía parcialmente el conocimiento. Trató de levantarse, pero no pudo.

Entonces el intruso, casi sin prisas, atenazó su cuello con ambas manos.

En aquel momento un fuerte resplandor penetró en la estancia a través de la ventana. Los faros de un coche atravesaron el jardín y llegaron hasta el interior de la casa, moviéndose a medida que el vehículo giraba para situarse en la mejor posición de estacionamiento.

La luz desapareció y volvió la oscuridad a la casa. Orthon notó de inmediato la falta de aire.

Frenéticamente, trató de aflojar el dogal que tenía en torno a la garganta, forcejeando con sus manos en las muñecas del atacante. Buscó el lugar propicio, pero no pudo encontrar otra cosa que los músculos de un brazo.

Apretó con todas sus fuerzas, sintiendo todo rojo ya delante de sus pupilas. Algo se desgarró con ruido sordo y cayó al suelo, con un extraño «sschaff», como si fuese un gran goterón de una sustancia semilíquida. La intensidad del apretón se acentuó terriblemente.

En aquel instante se oyó el timbre de la puerta.

El desconocido, a horcajadas sobre el joven, se irguió.

El timbre volvió a sonar. Una voz de mujer, en el exterior, pronunció el nombre del joven:

—¡Paddy, abre, soy yo! ¡Te traigo algo que habías olvidado en el coche!

Con los últimos restos de su consciencia, Orthon oyó aquella llamada y efectuó un último y desesperado intento por salvar su vida. Bruscamente, el desconocido se puso en pie y echó a correr.

Se oyó un terrible estruendo. Fuera, Melanie lanzó un grito de pavor al divisar aquel cuerpo humano, vestido de negro, que atravesaba con increíble potencia la ventana, llevándose por delante los vidrios y la armazón de madera. Espantada, la muchacha retrocedió un par de pasos, pero el hombre, sin hacerle caso, emprendió una desaforada huida, perdiéndose de vista en contados segundos, al escapar por la próxima esquina de la casa.

Melanie, aterrada, supo reaccionar y se precipitó otra vez hacia la puerta, que no estaba cerrada con llave. Entró en la casa y vio a Orthon todavía caído en el suelo.

—¡Paddy!

Buscó el interruptor y consiguió encender la luz. Orthon pudo sentarse y agitó una mano haciendo señas que ella no entendió por el momento. Melanie dejó a un lado la cámara fotográfica que traía consigo y se arrodilló junto al joven.

—Paddy, ¿qué te sucede?

De pronto notó el espantoso olor que aún flotaba en el ambiente. Inmediatamente adivinó la verdad.

—Ha sido él —dijo.

Orthon asintió. Melanie se incorporó y corrió a traer un poco de agua, que el joven ingirió no sin esfuerzo.

—Estaba... aguardándome... Me sorprendió sin darme tiempo a escapar... —declaró entrecortadamente, ya que sentía aún terribles dolores en la garganta.

De pronto Melanie vio algo en el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Orthon, aún sentado, volvió la mirada. Inmediatamente recordó el ruido de desgarrón que había percibido durante el forcejeo.

Había algo de tela con aquella cosa violácea, alargada, sin forma, pero que tenía un origen inconfundible.

—Le he arrancado parte de los músculos de un brazo —dijo él.

Melanie sintió una repugnancia infinita. Orthon hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Melanie, Foxhurstone ha escapado. Seguramente, va a volver al cementerio. Tenemos que llegar antes que él, ¿me oyes?

La muchacha asintió. Orthon la empujó hacia la puerta.

—Vamos, aprisa, aprisa. Hemos de impedir que regrese a su tumba.

Orthon notó que se recuperaba rápidamente, aunque se dijo que la garganta le dolería algunos días. La llegada de Melanie no había podido ser más oportuna. UN par de minutos más y ya no podía contarlos.

Ella se sentó tras el volante. El coche arrancó de inmediato.

—Procura no llamar la atención de ningún policía —aconsejó él —. Rápidos, pero discretos.

—Está bien, Paddy.

Melanie se sintió extrañamente serena, a pesar de que sabía podían enfrentarse con un gravísimo peligro. Foxhurstone poseía unas fuerzas descomunales y era capaz de derrotar sin problemas a dos personas, una de ellas mujer.

Pero no se amilanó y continuó la marcha. Inesperadamente, cuando ya llegaban a las proximidades del cementerio, un coche se cruzó delante de ellos.

Melanie pisó el freno a fondo, a la vez que giraba el volante hacia la izquierda. El otro conductor viró en sentido contrario, pero la colisión resultó inevitable.

El Mercedes se salió de la calzada y penetró unos cuantos metros en la zona herbosa del cementerio, deteniéndose después de unos espantosos rebotes, que no se produjeron sin el consiguiente estruendo.

El otro coche se paró también. Su conductor, sorprendentemente, se apeó y echó a correr.

Orthon lo reconoció en el acto.

—¡Maldita sea, es Feldon!

Intentó salir en su persecución, pero el brutal ataque padeció minutos antes le había restado fuerzas. Feldon, además, se perdió muy pronto en las tinieblas de una zona sin iluminación y el joven se dijo que resultaría inútil cualquier intento de perseguir al que ya sabía sin dudas era cómplice de Foxhurstone.

Orthon se volvió hacia la muchacha, que también se había apeado.

—¿Estás bien, Melanie?

—Sí, no te preocupes, Paddy.

Melanie salió del coche, sacudiéndose las piernas maquinalmente. De repente, vio algo que le arrancó una exclamación:

—¡Paddy! ¡Mira, allá arriba!

El joven se volvió. En lo alto de una loma una silueta en negro se recortó contra el cielo alumbrado por la Luna.

—Es él, él... —murmuró la joven.

—Vuelve a su tumba —dijo Orthon—. Pero... juraría que camina dificultosamente...

—¿Piensas entrar en el panteón? —Se estremeció ella.

—No. Déjalo, ya sabemos dónde encontrarlo, aunque por el momento ignoremos cómo consigue adoptar esa apariencia de cadáver embalsamado. Sin embargo, pienso que el doctor Zane tiene buena parte en este asunto.

Una sirena policial se oyó de pronto a lo lejos. Las luces del techo destellaron intermitentemente entre los árboles que bordeaban la avenida.

—Paddy, viene la policía —dijo ella.

—Sí. Diremos que un desconocido chocó contra nuestro coche. Escapó...

—Sabrán que ha sido Feldon —exclamó Melanie.

—Feldon dirá que le han robado el coche y, ¿quién demuestra lo contrario?

—Pero no lo ha denunciado...

—Porque se lo han robado hace unos minutos. El ladrón seguramente habrá sido un mozalbete inexperto que estuvo a punto de causarnos un grave percance. Eso es lo que diremos, sin mencionar a Feldon en absoluto. ¿Entendido?

—De acuerdo, Paddy.

El coche de la policía se detuvo a los pocos instantes y los dos ocupantes se apearon para investigar el suceso.

Después de declarar ante los agentes, Melanie pudo utilizar el coche nuevamente, ya que sólo había sufrido unas fuertes abolladuras. Orthon puso una mano sobre su rodilla, cuando ya regresaban a su casa.

—Te debo la vida —dijo.

—Tu descuido ha sido providencial. Vi la cámara y me dije que debía devolvértela cuanto antes.

—No tenía prisa. Ya había conseguido las fotografías y las guardaba en un bolsillo. Pero, sea como fuere, no pudiste llegar en momento más oportuno.

—Paddy, ¿qué harás ahora?

—Lo primero de todo recoger aquella cosa que se quedó en el suelo.

—Es... algo horrible...

Orthon asintió. Había concebido una hipótesis, pero no quería exponerla hasta tener la seguridad de que era absolutamente cierto.

—Sí, verdaderamente horrible —convino—. Buscaré una caja y lo guardaré en el frigorífico por el momento. Pero no haré nada, hasta que se haya celebrado la reunión con los demás herederos.

—¿No le dirás tampoco nada a Feldon?

—No. Simularé no darme cuenta de que pude reconocerlo después del choque.

—Quiso matarnos...

—Estás equivocada. La colisión no era lo suficientemente fuerte para causarnos daño. Lo único que quería era evitar que diéramos alcance a Foxhurstone.

—Y así permitir que éste pudiera volver a su ataúd.

—Exactamente.

—Eso prueba que es su cómplice, Paddy. ¿Por qué?

—¿No te lo imaginas? Feldon fue el único heredero que recibió dinero. Y no le ha importado convertirse en cómplice de unos crímenes llenos de maldad, rebosantes de odio y cometidos por un hombre que oficialmente fue declarado muerto.

—Pero está vivo, Paddy.

—No por mucho tiempo, Melanie.

Orthon, sin embargo, no quiso decir a la muchacha en qué basaba su profecía acerca del poco tiempo de vida que le quedaba a Foxhurstone. Antes de hacer nuevas afirmaciones quería obtener más pruebas.

* * *

A la mañana siguiente, poco después de las doce, Orthon se entrevistó con el doctor Armin P. Vollmer, odontólogo.

El doctor Vollmer se sorprendió al saber que su visitante no quería utilizar sus servicios profesionales.

—Pensé que vendría a consultarme alguna dolencia bucal...

—Por ahora tengo la dentadura en perfecto estado, doctor —sonrió el joven—. Permítame, quiero enseñarle unas fotografías.

Orthon apenas había dormido. Las fotografías tomadas con la

cámara de revelado instantáneo habían sido ampliadas por un fotógrafo amigo suyo, a tamaño natural. Vollmer respingó ligeramente al ver la imagen de un cráneo humano.

—¿Se trata de una broma, señor Orthon?

—Permítame antes una pregunta, doctor —dijo el joven—. Aunque ya me imagino que usted conserva las radiografías de su paciente, ¿podría decirme, contemplando estas fotografías, si es la misma persona a la que hace cierto tiempo puso usted prácticamente una dentadura nueva?

—Si me dice el nombre...

—Judith Zane.

Vollmer hizo un leve gesto de asentimiento.

—Un momento, por favor —rogó.

El dentista consultó sus archivos y volvió a poco con unas radiografías en las manos. Orthon le entregó las fotos y durante unos minutos Vollmer se sumió en el examen comparativo de unas y otras.

Pasado un buen rato, el dentista alzó la cabeza.

—Sí, sin duda alguna; ese cráneo corresponde a la mujer que usted ha mencionado —afirmó.

—Gracias, doctor. De veras le agradezco su amabilidad.

—No sabía que la señora Zane hubiera muerto —declaró Vollmer—. Tenía entendido que se había divorciado de su esposo...

Orthon sonrió.

—Estamos en el curso de una delicada investigación, doctor —manifestó ambiguamente. No mencionó que era policía, pero tampoco dijo lo contrario; siempre tendría una salida airosa cuando le interrogasen, pero así impresionaría al dentista y le obligaría a guardar silencio—. Parece ser que el divorcio se obtuvo por métodos en los que no intervino precisamente un juez.

—Sí, comprendo. Cuento con mi discreción, señor Orthon.

—Nuevamente, muchas gracias, doctor —se despidió el joven.

Horace H. Vanloewe, doctor en medicina y antiguo condiscípulo de Orthon, examinó atentamente el objeto que su visitante acababa de poner encima de su mesa.

—Sí, es parte de un bíceps humano —dijo pasados unos momentos.

—Gracias, Horace. Sólo quería confirmar mis sospechas.

Vanloewe miró recelosamente a su amigo.

—¿En qué lío te has metido ahora? —preguntó.

—No es nada grave, no te preocupes —rió Orthon.

—Paddy, he seguido tu carrera y sé que empleas a veces métodos poco ortodoxos.

—Pero nunca delictivos. Y siempre consigo beneficiar a mi cliente.

—Eso sí es cierto, aunque a veces pienso si determinadas argucias no servirán para que un delincuente escape a la justicia, por deficiencias en la redacción de las leyes.

—Te diré una cosa, Horace. Nunca he defendido a nadie de quien no estuviese absolutamente persuadido de su inocencia. O, si es culpable, estudio sus circunstancias, para saber qué le ha llevado a delinquir fortuitamente y de este modo aminorar una sentencia acaso demasiado dura. No oirás jamás de mí que defiende a gánster ni a políticos corrompidos o a gente deshonesto por costumbre.

—Entiendo. Pero este trozo de músculo, ¿cómo ha llegado a tu poder, Paddy? —inquirió Vanloewe.

—Ya te lo explicaré algún día, quizá más pronto de lo que imaginas. Ahora dame tu opinión profesional sobre ese pedazo de carne humana.

—Bueno, parece como si alguien lo hubiese arrancado a tirones...

—Es cierto —admitió Orthon.

—Y se halla en avanzado estado de descomposición. Pero observo que está duro...

—Lo saqué del congelador para traértelo.

—La persona a la que perteneció debía de ser un hombre muy robusto, con una enorme fuerza física —dictaminó Vanloewe.

—De eso no cabe la menor duda.

—Pero está muerto hace ya bastante tiempo, Paddy.

Orthon no quiso decir a su amigo que estaba equivocado. Lo que sucedía era algo difícil de creer.

Incluso a él mismo le costaba dar crédito a la realidad. ¿Se había convertido Foxhurstone, como había dicho Melanie, en un no-muerto, una especie de zombie que podía entrar y salir a su antojo del cementerio?

—Sí, tienes razón —dijo al cabo.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer con este trozo de carne? —
inquirió el galeno.

Orthon sonrió, a la vez que se ponía en pie.

—Llevarlo a la policía, naturalmente —mintió.

Zane, se dijo, tendría que explicar mucho sobre aquel extraño suceso. A su debido tiempo, por supuesto.

Vanloewe le llamó cuando ya se retiraba.

—Paddy...

—Dime, Horace.

—Por favor, no menciones mi nombre a la policía.

—Descuida.

—No tengo nada que ocultar, pero me resultaría desagradable, coméndelo.

El joven le dirigió una brillante sonrisa. Vanloewe había derivado hacia la cirugía estética y tenía una numerosa clientela, principalmente femenina. Relacionar su nombre con aquel suceso podía producirle graves perjuicios y él no quería causar daño alguno a un buen amigo.

—Quédate tranquilo, Horace —se despidió.

El trozo de músculo volvió al congelador. Después, llamó a Melanie:

—¿Todo listo para la reunión?

—Sí. He hablado con Keele y me ha dicho que ya ha terminado su investigación. No quiso mencionar de qué se trataba, pero me aseguró que no faltaría ninguno de los herederos mencionados en ese demoníaco testamento.

—Uno faltaría, puedo asegurártelo, reina. Me refiero a Feldon, naturalmente.

—Estás equivocado, Paddy. Keele me ha garantizado la asistencia de Feldon. Incluso dijo, textualmente: «Si se niega a ir, lo llevaré a rastras».

—Diríase que Keele tiene ciertos motivos de resentimiento contra Feldon.

—En todo caso, mañana, a las seis de la tarde, quedará despejado el enigma.

—En tu casa, supongo.

—Justamente, en mi casa. Paddy, escucha...

Orthon oyó un débil chasquido.

—¿Qué es eso, Melanie?

Al otro lado de la línea sonó una risa cristalina.

—¡«Muá», tonto! —contestó ella alegremente.

Y colgó el teléfono.

Orthon contempló el suyo con la sonrisa en los labios.

—Es una chica de todas prendas —murmuró satisfecho. Y, aunque sabía que ella no podía verle, le tiró un beso con la mano.

Uno tras otro, los que habían sido nombrados en el testamento de Foxhurstone fueron llegando a casa de Melanie. La muchacha los recibía en persona, haciéndoles pasar al salón en el que ya había dispuesto servicio de bebidas.

Los últimos en llegar fueron Keele y Feldon. Keele, un hombre de unos cuarenta y cinco años, robusto, con mandíbulas que parecían de hierro, entró detrás de Feldon, empujándolo sin ceremonias.

Melanie apreció que Feldon se sentía terriblemente asustado, pero al mismo tiempo admitía también su impotencia para evitar la asistencia a una reunión que no le agradaba en absoluto. Al fin, cuatro hombres, más la anfitriona y Flora Sheane, quedaron sentados en semicírculo frente a Orthon, quien había ido presentándose a medida que llegaban los invitados.

Keele se sentó junto a Feldon. El sujeto, encogido sobre sí mismo, parecía estar al borde de un ataque de pánico.

—El señor Orthon está enterado de todo lo concerniente al testamento de Foxhurstone —declaró la muchacha—. Es mi representante legal y él les dirá cuanto sea necesario para esclarecer ciertos detalles que han permanecido ocultos hasta este momento. Paddy, empieza cuando gustes.

—Gracias, Melanie. Lo primero que debemos poner en claro es que todo lo que se diga aquí será considerado como estrictamente confidencial a menos que un juez pueda opinar un día lo contrario. Pero, incluso en ese caso, yo me brindaría a defender a los posibles implicados en un proceso criminal. Por otra parte, sospecho que ninguno de los presentes, excepto uno, han tomado parte en actos que puedan ser perseguidos por la ley. Aunque sí creo que fueron acciones que no permiten sentirse orgulloso de ellas.

—Tiene razón —exclamó Keele—. Maldita sea, ya es hora de que hablemos claro de una vez y nos libremos de una pesadilla. ¿No

les parece a todos?

Forbes, Hurlings y Flora asintieron en silencio. Feldon no hizo el menor gesto, pero se le vio que sudaba copiosamente.

—Muy bien —invitó el joven—. Adelante, señor Keele; empiece cuando le plazca.

—Señor Orthon, usted es abogado —dijo el mencionado—. ¿Se puede condenar a una persona por haber abrigado propósitos hostiles contra otra?

—Si no ha llevado a la práctica dichos proyectos, no; aunque sí se le puede causar un perjuicio legal, caso de que los haya divulgado públicamente y, en especial, si los ha comunicado a su posible víctima. Ésta puede sufrir trastornos psíquicos causados por el miedo a sufrir algún grave daño, y entonces la ley tiene la obligación de intervenir.

—No se lo comunicamos, aunque desde luego teníamos la intención de darle muerte —declaró Keele.

—Se refiere a Foxhurstone, supongo.

—Sí, a él me refiero, señor Orthon.

—Y no se lo dijeron, es decir, no le amenazaron no verbalmente o por escrito en ningún momento.

—No. Era algo que llevábamos en secreto. Puede decirse que se trataba de una conspiración. Estábamos hartos de él y no veíamos otra forma de librarnos de sus continuas exigencias.

—Lo que estoy oyendo me hace pensar en cierta figura de delito denominada chantaje. O extorsión, como prefieran. ¿Me equivoco?

—Acierta —gruñó Keele.

—Es decir, conspiraron para darle muerte.

—Sí.

—¿Lo hicieron público? Es decir, si divulgaron sus propósitos fuera del círculo de perjudicados por Foxhurstone.

—No. Era algo que llevábamos en secreto absoluto. Naturalmente, es difícil conseguir el acuerdo entre nueve personas. Las opiniones diferían en el método y la ocasión, pero no en los fines. Y créame, estábamos dispuestos a suprimirle del mundo de los vivos.

—Sin embargo, había una persona que se hallaba ignorante de sus proyectos —dijo Orthon—. Me refiero a la señorita Tyler, claro.

—No, ella no sabía nada. Se lo hubiéramos dicho a su padre,

pero éste se fue de viaje por aquellas fechas y los restantes decidimos seguir adelante con nuestro plan.

—¿Habían acordado ya algún método para eliminar a Foxhurstone?

Keele meneó la cabeza.

—Debo admitir que el proyecto no había pasado de la fase teórica, en un estado que podríamos llamar primario. Pero puedo garantizarle que estábamos absolutamente decididos a matarle.

—Lo que sucede es que su corazón le jugó una mala pasada —intervino Hurlings.

—Y nos ahorró un trabajo —añadió Forbes.

—Sedujo a mi mujer y la obligó a hacer cosas verdaderamente repugnantes —declaró Hurlings—. Y, por si fuese poco, tomó grabaciones de... de aquello y me envió una copia. De este modo me sacaba dinero constantemente...

—No siga, por favor —rogó el joven—. Harto me imagino que a los demás debió de sucederles algo por el estilo.

—Pero yo no asistí a ninguna de aquellas fiestas —alegó Melanie.

—Lo hizo tu tía y su hermano, es decir tu padre, optó por la vía contundente a fin de apartarla del poder de Foxhurstone. Tu padre le propinó una tremenda paliza y él se quiso vengar con una grabación en la que aparecía Eileen haciendo cosas vergonzosas. Sin embargo tu padre es un tipo enérgico y le envió a paseo, sin querer darle un solo centavo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Melanie, asombrada.

—Hoy mismo he hablado con él por teléfono. Sin embargo, ignora que una mujer tomó tu aspecto, a fin de que Foxhurstone pudiera disponer de una nueva arma con la que, tal vez conseguiría doblegar la voluntad de tu padre. Éste no cedió con su hermana, pero su hija era algo distinto, ¿comprendes? A fin de cuentas, Eileen tiene ya treinta y siete años...

—Basta, no sigas, por favor —cortó ella, ruborizada hasta la raíz del cabello.

—Paddy, perdona la objeción, pero creo que estás dando demasiados rodeos —criticó Flora.

—Discúlpame, sólo quiero llegar al fondo de las cosas, averiguar el mayor número de detalles a fin de solucionar el enigma de una

vez.

—Eso está bien claro —dijo Keele—. Foxhurstone no quería reparar el daño que nos había causado ni mucho menos, sino vengarse de nosotros con aquellas cartas mortíferas.

—¿Y por qué tuvo que hacerlo así, si él desconocía sus proyectos? —preguntó el joven intencionadamente.

Se imaginaba la respuesta, pero quería escucharla de labios de uno de los perjudicados.

—En todo barril de manzanas hay siempre una podrida —gruñó Keele—. En todo grupo de personas, hay siempre un Judas, señor Orthon.

—¿Debo entender que está acusando al señor Feldon?

—¿A quién, si no? Este miserable...

—¿Por qué les traicionó, si se puede saber?

Keele barbotó una imprecación. Luego señaló a Feldon con un índice acusador.

—Mírelo bien, Orthon —exclamó—. Aquí, donde lo ve con su aspecto de mosquita muerta, es un sujeto de lo más repulsivo que pueda imaginarse. Todos nosotros dábamos a Foxhurstone grandes sumas de dinero para que no divulgase vergonzosos secretos de nuestras mujeres. Pero él era el único que asistía en personas a aquellas orgías. Foxhurstone, supongo, se equivocó con él, cuando creyó que tendría dinero. Le amenazó de la misma forma que a nosotros, pero Feldon no podía pagar sumas que no poseía.

—Y entonces, digamos que lo tomó a su «servicio».

—Sí. Era un espía y le comunicaba puntualmente todo lo que hablábamos en nuestras reuniones. Por eso preparó las cartas mortíferas, para vengarse desde el otro mundo. He investigado a fondo estos días a ese tipo y sé lo que me digo.

—Sus razonamientos están en parte equivocados, señor Keele, pero ya lo aclararé en otro momento. Sólo quiero hacerle una pregunta.

—Sí, señor.

—¿Está seguro de que Feldon no ha vuelto a traicionarles?

—¿Y qué importaría eso? Foxhurstone está muerto...

Orthon señaló al traidor con un leve gesto.

—Pregúntenle a él —dijo—. Pregúntele si Foxhurstone está muerto o simplemente simuló su muerte, en presencia de todos

ustedes, para que así pudieran asistir sin recelos a la lectura de un testamento que parece, ahora, redactado por el mismísimo diablo. Si Foxhurstone hubiera seguido con vida el testamento no habría tenido objeto y ninguno de ustedes habría sido convocado a la reunión celebrada en el bufete del abogado Marshall.

Todos los ojos se volvieron hacia Feldon. El sujeto estaba encogido en su asiento, lívido, con el sudor brillándole en la frente. La expresión que había en su rostro indicaba el más vivo terror, un estado de ánimo rayano en la locura de la desesperación.

Tras las últimas palabras de Orthon se había producido un profundo silencio en la estancia. Keele fue el primero en romperlo, al cabo de unos momentos.

—De modo que Foxhurstone está vivo y este canalla lo sabía.

—No sólo lo sabía, sino que ha colaborado en algunos de sus crímenes —acusó el joven implacable.

—Vive —murmuró Flora—. No me lo puedo creer...

—Pues es la pura verdad. Y todavía más; anoche estuvo a punto de asesinarme a mí, empleando el mismo método que con Della Salmson.

—¿Quiso estrangularte? —se asombró Keele.

—Así es. Y ahora, ¿a que no se imaginan ustedes por qué mató a Della Salmson personalmente?

—No se me ocurre ninguna idea —dijo Hurlings.

—Está bien claro. Foxhurstone contaba con la curiosidad natural inherente al ser humano. Dejó nueve cartas, algunas con trampas explosivas, otras quizá con gas, como en el caso de Thornble, pero resultó que no sucedía como él había calculado. Es decir, pensó que todos abrirían su carta inmediatamente, con lo que nueve personas morirían al mismo tiempo o, en todo caso, con muy pocos intervalos. Y no fue así, y a mí me gustaría saber por qué los que están aquí presentes no abrieron sus cartas. No hablo de Feldon, naturalmente, ni de la señora Sheane, cuya carta fue abierta por un experto en explosivos; ni tampoco por nuestra anfitriona, a la que el propio Foxhurstone robó por su carta. Me refiero a ustedes tres, Keele, Hurlings y Forbes.

Forbes carraspeó.

—Nunca creí que Foxhurstone quisiera reparar el mal que me había causado. Ni siquiera abrí la carta. Hice un viaje a la costa y la

arrojé al mar, atada a una gruesa piedra.

—En cuanto a mí, la miré al trasluz y vi algo que no me gustó. Encendí fuego en la chimenea y la quemé —declaró Hurlings—. Salió humo y un gas muy extraño, pero eché a correr y pude escapar fuera, hasta que el fuego se hubo apagado.

—¿Keele?

El aludido sonrió.

—El padre de Melanie y yo somos de la misma profesión, al igual que el pobre Parry. Todos empezamos desde abajo y todos sabíamos manejar explosivos. Desconecté mi carta, simplemente.

—Comprendo. Bien, conociendo ahora sus motivos, creo que continuar la reunión ya no tiene objeto. Permítanme que les felicite por haber eludido la venganza de Foxhurstone y ya les contaré en otro momento el desenlace del caso.

—Ustedes también habrá de permitirme a mí otra cosa. Mejor dicho, debo pedirle permiso a la anfitriona.

—Lo tiene —sonrió Melanie.

—Gracias, señorita. Bruce, Mike, ¿no vamos a tomarnos un pequeño desquite por lo que nos hizo este pequeño canalla?

Hurlings y Forbes asintieron simultáneamente. Entonces, los tres hombres se dirigieron hacia Feldon.

El sujeto, aterrado, intentó huir, pero no lo consiguió. Tres hombres, encolerizados por la traición de que habían sido objeto a causa de la cual se habían visto a las puertas de la muerte, empezaron a dar golpes a Feldon.

Orthon casi se echó a reír. Lo hubiera hecho, de no acordarse de algo que aún le entristecía en ocasiones. Quizá Feldon no había intervenido, pero no cabía duda de que había colaborado con el hombre causante de la muerte de una hermosa muchacha, a la que Orthon había llegado a querer profundamente.

Los golpes caían sobre Feldon como espesa lluvia. Flora, enormemente complacida, puso un cigarrillo en una larga boquilla y lo encendió con aire placentero.

—Me gustaría unirme al grupo, pero tengo miedo de estropear las uñas —dijo, displicente.

Melanie sonrió al principio, pero luego se sintió disgustada.

—¡Basta, señores! —gritó—. Paddy, caramba, ayúdame a poner orden en esta casa.

—Sí, claro...

Orthon se acercó al grupo y consiguió rescatar a Feldon. El sujeto desmoralizado y dolorido, sollozaba como un niño, mientras la sangre que brotaba de la nariz le resbalaba por la barbilla.

—Cuando tomaba parte en aquellas orgías, sin pagar la «cuota» que Foxhurstone exigía a sus invitados, usted debería haber pensado que algún día tendría que compensar de alguna forma aquellos favores —dijo el joven severamente—. Foxhurstone llevaba algunas mujeres como una especie de «ganchos», y las abonaba una cantidad por su trabajo. Si usted no cobraba nada y se divertía gratis, era lógico que algún día pagase aquellas diversiones.

—Me iré de la ciudad... No volveré aquí jamás... —lloriqueó el sujeto.

—No, no se irá usted —contradijo Orthon con frialdad—. Ha colaborado en los crímenes de Foxhurstone y tendrá que pagarlo ante la ley.

Feldon, abrumado, se derrumbó sobre un diván. Orthon se volvió hacia los otros hombres.

—Me gustaría que se quedasen aquí vigilándolo —manifestó—. Tengo que salir para hacer algo urgente y no puedo entretenerme ahora llamando a la policía.

—Váyase tranquilo —respondió Keele—. Nosotros nos encargaremos de este pajarraco.

—Supongo que yo puedo volverme a mi casa —dijo Flora.

—Te aconsejo sigas aquí hasta mi regreso —indicó el joven—. Foxhurstone, quizá, podría sentir la tentación de apretar las manos en torno a tu gazon. Aquí estarás más segura.

—Considérese en su propia casa, señora Sheane —terció Melanie.

—Usted se va con él, señorita Tyler —dijo Flora.

—En efecto, me voy con él.

Flora suspiró.

—Está usted en una época que sólo sucede una vez en la vida. No la desaproveche, querida —recomendó melancólicamente.

Cuando salían de la casa, Melanie, asombrada, vio que Orthon llevaba en la mano una bolsa de deporte.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó.

—Keele mencionó antes la palabra pajarraco. Puede que en esta

ocasión no tenga tanta suerte al encerrar a Jerry, como la vez anterior.

—En tal caso, debo suponer que vamos a visitar al siniestro doctor Zane —dijo ella—. Exactamente, a su casa es donde vamos —admitió Orthon.

Pero no quiso mencionar el contenido de la bolsa. Y en su fuero íntimo deseó no tener que usarlo, aunque dudaba mucho de que se realizasen tales deseos.

* * *

Zane salió a recibirles, con el inseparable cuervo sobre su hombro izquierdo. En el rostro del médico se apreciaba una clara expresión de enojo.

—No tengo nada que decirles —exclamó, sin más rodeos—. En estos momentos estoy abrumado de trabajo y...

—Tal vez preparando la droga que proporciona el estado de catalepsia a Edward Foxhurstone —dijo Orthon, sin amilanarse por la hostil recepción del médico.

Zane palideció.

—No sé de qué me está hablando.

Orthon recorrió la cremallera de la bolsa y extrajo de su interior algo que causó un enorme asombro en la muchacha. Melanie se preguntó de dónde había podido sacar el joven aquella escopeta, que carecía prácticamente de culata y cuyos cañones apenas si medían veinticinco centímetros de longitud.

—Doctor, no me tire encima a Jerry o lo desintegraré con una buena perdigonada —dijo el joven con firmeza—. Hemos venido a hablar con usted y habrá de contestar a nuestras preguntas.

—¿Y si no quisiera?

—De todas formas, lo hará.

Zane sonrió burlonamente.

—¿Usted cree?

Orthon volvió la mirada hacia la calavera que se hallaba encima del pedestal, bajo la urna de vidrio.

—Doctor, ¿cuántas veces saca usted la lengua al día en son de burla, a la calavera de su esposa?

Zane se puso lívido instantáneamente. Melanie lo observaba con concentrada atención y creyó que se iba a desmayar, tal como le había sucedido a Feldon días antes.

—E... esa no... Es la calavera de un desconocido... — tartamudeó Zane.

—Doctor, se conservan radiografías de la dentadura de su esposa.

Zane se tambaleó. Dio unos cuantos pasos, inseguro, y acabó por sentarse en un butacón. Jerry graznó tan irritadamente que el joven preparó la escopeta para repeler un posible ataque por parte del cuervo.

Temía al pico del pajaraco. Al menos, Jerry podía sacarle un ojo antes de que se diera cuenta y no sentía deseos de ver en peligro su integridad física.

Hizo una señal y Melanie terminó de entrar y cerró la puerta. Orthon se acercó al dueño de la casa.

—Hable de una vez, doctor. Ahora ya se sabe que usted mató a su esposa. Destruyó el cuerpo, seguramente incinerándolo por etapas en su horno, pero la calavera está ahí, acusándole continua y silenciosamente.

—¡Y yo me burlo de ella a diario! —gritó Zane—. Aquella mujer me hacía la vida imposible...

—Usted no era precisamente un modelo de esposo fiel, doctor.

—Fueron unos devaneos sin importancia. Cualquiera otra mujer habría sido mucho más comprensiva. Pero aquella bruja... Además de rechazar mis atenciones, incumpliendo sus deberes conyugales, quería que no la traicionase con otras mujeres... Y esto sin contar con su mal genio habitual, con su comportamiento de dominador hacia una bestia a la que se ha privado de las garras y los colmillos... Aunque no lo crean, tenía un látigo y lo usaba conmigo. Era perversa, cruel, sádica hasta la exasperación, así que un día me harté y...

Zane hizo una pausa. Boqueaba, sin aliento. Melanie se sentía fascinada, y a la vez horrorizada, por las declaraciones del médico.

—¿Cómo lo hizo, doctor? —preguntó Orthon suavemente.

Zane le dirigió una fiera mirada.

—Quise que supiera que iba a morir —contestó—. Ella sospechaba algo de mí y examinaba escrupulosamente su comida y sus bebidas. Pero tenía que dormir. Entonces, un día, cuando más profundamente dormía, le di una pequeña puñalada en el vientre. El dolor la despertó. Ella vio en mi mano un pesado martillo. Fue la

primera vez que me tuvo miedo... y también la última.

—No hay señales de golpes en el cráneo, doctor.

—Lo reconstruí después de descarnado. Para mí, el crujido de sus huesos resultó la más maravillosa de las sinfonías... aunque, ¡duró tan poco!

—Muy bien —dijo Orthon, ocultando el asco que le producían aquellas declaraciones—. ¿Qué sucedió después?

—Inventé lo del divorcio, falsifiqué los documentos... pero hubo alguien que sospechó la verdad.

—¿Foxhurstone?

Zane asintió.

—Sí —admitió.

—¿Cómo llegó a sospechar que usted había asesinado a su esposa, doctor?

—Era mi cliente.

—¿Su cliente? —se asombró Melanie.

—Claro. ¿Acaso cree que las personas que asistían a sus fiestas le obedecían solamente por su poder de persuasión? Algunas, sí, en efecto, se dejaban sugestionar por él; a fin de cuentas es un hombre de acusada personalidad, con una fuerza mental muy notable. Pero a pesar de todo, su mente no habría sido bastante para dominar a sus «clientes».

—Empiezo a sospechar que usted le preparaba ciertas drogas alucinógenas que anulaban la voluntad de los asistentes a sus fiestas —dijo el joven.

—Sí, así era. Foxhurstone venía por aquí con frecuencia y había conocido a mi esposa. También sabía qué clase de mujer era y muy pronto se dio cuenta de que no había tal divorcio.

—¿Admitió usted, delante de él, haber matado a su mujer?

—No; pero Foxhurstone no me creyó jamás. Y yo me di cuenta de que me tenía en sus manos y que un día podía cansarse de mí y ponerme en un grave aprieto.

—¿Qué sucedió entonces, doctor?

—Bueno, él vino a verme, dijo que había descubierto una conspiración para asesinarlo y que quería evitarlo de un modo muy especial, simulando su muerte. Discutimos lo que se debía hacer, él preparó la... la escenografía y, llegado el momento, fingió haber muerto.

—Pero sólo se hallaba en estado de catalepsia.

Zane sonrió perversamente.

—Ahora ya no me importa —contestó—. Foxhurstone no tardará mucho en estar muerto de veras.

Melanie sintió una especie de corriente de aire gélido en la espalda. Orthon, por su parte, procuró mantener la serenidad.

—Foxhurstone va a morir —dijo.

Zane hizo un gesto afirmativo.

—Ya no tiene salvación —contestó.

—¿Puede explicarnos el procedimiento, doctor? —solicitó el joven cortésmente.

—Por supuesto.

Zane acarició a Jerry con la mano izquierda. Orthon se dio cuenta de que el médico había recobrado buena parte de su presencia de ánimo. Era como si al confesar un secreto que le agobiaba se sintiese mucho más ligero de espíritu, casi completamente aliviado.

—La droga que yo le administraba le hacía caer en un estado de catalepsia muy semejante a la muerte —explicó Zane—. Pero necesitaba tomarla con regularidad.

—Y por eso salía del cementerio...

—Sí. Naturalmente, tenía que «vivir» en su ataúd, a fin de evitar sospechas. Si alguien quería comprobar su muerte vería que estaba en el féretro, supuestamente embalsamado. Ahora bien, puesto que estaba vivo, no sólo necesitaba la droga, sino también algo de alimento.

—Venía a comer aquí y a tomar la droga que le hacía permanecer dormido la mayor parte del día —adivinó Orthon—. Claro que también iba a otros sitios: por ejemplo, en busca del sobre de la señorita Tyler, para asesinar a Della Salmson, para matarme a mí, habiendo fallado el asesino contratado por Feldon... ¿Cuánto tiempo pensaba permanecer en tal situación, doctor?

Zane hizo un gesto ambiguo.

—No lo había calculado. Cuando le falló el truco de los sobres decidió que tenía que matar a los conspiradores, pero, claro, él no había calculado ese fallo y no tenía previsto nada sobre el particular.

—De todos modos, luego hubiera tenido que enfrentarse con el

problema de reaparecer con vida —alegó el joven.

—Pensaba marcharse de aquí, con otro nombre y otro aspecto.

—Y ya no lo conseguirá.

—No, señor.

—¿Por qué?

Zane volvió a sonreír. A Melanie le pareció que era una sonrisa en la que se traslucía una infinita malignidad.

—Las primeras dosis de droga eran muy distintas de las siguientes —contestó el doctor—. ¿En qué sentido? —preguntó Orthon.

—Producen efectos diametralmente opuestos a los que consigo con el embalsamamiento de los cadáveres —dijo Zane.

Melanie sintió una repugnancia infinita al comprender el significado de aquella respuesta. Orthon, por su parte, recordó su salvaje pelea con Foxhurstone cuando luchaba por su vida, y el agarrón que había dado a su brazo.

—Se descompone en vida —exclamó.

Zane seguía sonriendo.

—Así es —confirmó—. Ésta es una situación que no se puede prolongar indefinidamente. Foxhurstone concibió una idea y yo le secundé entusiásticamente, porque tenía motivos para ello.

—Sí, el asesinato de su esposa. Posiblemente no sé atrevió a matarlo cara a cara, pero si muere de la forma que ha indicado no podrán culparle de nada.

—Un razonamiento totalmente correcto, amigo mío —dijo Zane.

—Yo creo que no lo es —terció Melanie vivamente.

—¿Por qué, mi encantadora señorita Tyler?

—Se sabrá que usted le administraba esas drogas...

—¿Quién podrá probarlo? No hay nada escrito, yo continúo con la licencia para ejercer la medicina y lo único que se me puede achacar es un error al diagnosticar su muerte. Pero no soy el primer médico que confunde un estado de catalepsia con la muerte de la persona a la que examina. No, no me harán nada, ténganlo los dos en cuenta —declaró Zane orgullosamente.

—De todos modos, doctor, yo estoy de acuerdo con la señorita Tyler cuando dice que sus razonamientos son incorrectos —manifestó el joven.

—¿De veras? Entonces usted está también equivocado, señor

Orthon.

—No, porque usted ha procurado que Foxhurstone muera y si le ayudó preparándole las drogas con las que conseguía un dominio todavía mayor sobre los asistentes a sus fiestas, resulta obvio que no lo hizo gratis. Cobraría dinero, mucho dinero, y una investigación en sus cuentas bancarias...

Zane seguía sin perder su calma.

—También está equivocado con relación a ese aspecto del caso —dijo fríamente—. Si yo ayudaba a Foxhurstone era porque me hacía chantaje a causa de la muerte de mi esposa. No niego que, en un principio, admití algunas cantidades de dinero, pero no fueron tan elevadas como para motivar una investigación. Y después, el muy canalla, ya no me daba un solo centavo, aprovechándose de su descubrimiento, cosa que tampoco me importó demasiado. Yo no soy como él, ávido de ganar dinero a toda costa y de reunir una inmensa fortuna. Les guste o no, tengo mi reputación como taxidermista y embalsamador, y mis ingresos están plenamente justificados.

Pago puntualmente los impuestos y, excepto lo que se refiere a Foxhurstone, y que no hay forma de probar, no he hecho nada contrario a la ley.

—Salvo asesinar a su esposa, doctor.

Zane lanzó una estridente carcajada.

—¿Quién podrá probarlo, si no hay testigos?

Orthon señaló la calavera bajo el fanal.

—¿Y ese cráneo, doctor? Es una prueba irrefutable...

—Nada de eso —cortó Zane—. Tal vez la única acusación que podrían formular contra mí sería la de incineración ilegal. Pero mi esposa murió en un accidente doméstico, al caerse por las escaleras. Luego yo conservé su cráneo y...

Orthon se volvió hacia la muchacha.

—Se saldrá con la suya —dijo.

—Ayudando a que Foxhurstone simulase su muerte, ha colaborado en los asesinatos de varias personas —acusó Melanie.

—Lo hizo él. Yo me equivoqué en el diagnóstico, simplemente —insistió Zane.

Hubo un momento de silencio. Orthon se daba cuenta de que estaban delante de un criminal con una mente privilegiada, el cual

podía escapar sin dificultad al castigo de la ley. En cuanto a Foxhurstone, estaba irremisiblemente condenado a muerte...

La sonrisa persistía en los labios de Zane. El momentáneo abatimiento de los primeros instantes había sido superado sin dificultades.

Era el vencedor en aquel duelo, pensó Orthon.

—Vámonos, Melanie —dijo—. De todos modos, la policía tiene que saber lo ocurrido... Ella asintió y se volvió hacia la puerta, junto con el joven. Jerry emitió una serie de graznidos que parecían una carcajada de burla.

Repentinamente, un espantoso olor invadió la sala.

Orthon estaba ya junto a la puerta y se volvió en el acto. Entonces presenció un espectáculo alucinante.

Jerry se había sentido espantado momentáneamente y revoloteaba enloquecido de un lado para otro. Foxhurstone estaba allí, con las dos manos aferradas al cuello del doctor.

El aspecto de Foxhurstone era horripilante. Su rostro aparecía con el color de la ceniza oscura, violáceos en algunos sitios. Le faltaba una de las cejas, desprendida junto con la epidermis, y en el mentón asomaba parcialmente el blanco del hueso.

Faltaban también jirones de carne en algunos dedos. De su garganta salían sonidos ininteligibles, como burbujas de gas expelidas por los pulmones y que explotaban sordamente al llegar a los labios.

Melanie creyó desmayarse. Orthon supo que Zane había dicho la verdad: a Foxhurstone le quedaba muy poco tiempo de existencia.

Se pudría vivo, pensó, horripilado por aquella situación.

Pero, a pesar de todo, Foxhurstone conservaba toda su fuerza física y apretaba despiadadamente la garganta del médico. Resultaba evidente que el diabólico individuo había sabido cuál era su espantoso, pero breve futuro en la Tierra y había decidido vengarse del hombre que le había llevado a aquella situación.

Repentinamente, ocurrió algo inesperado.

Lanzando un agudo graznido, Jerry se precipitó sobre Foxhurstone. El sujeto tenía ambas manos ocupadas y no pudo defenderse del ataque del córvido.

Jerry empezó a picotearle con furia los ojos. Orthon vio vaciar aquellas cuencas en unos pocos golpes. Pero no salía ya sangre de

aquellas horrorosas herida.

De súbito, se oyó un fuerte chasquido.

Las piernas de Zane se doblaron. Orthon comprendió que el último apretón de Foxhurstone le había roto las vértebras cervicales. El cuerpo del médico cayó laciamente al suelo.

Foxhurstone se arrodilló, todavía con Jerry picoteándole sañudamente. De pronto alargó una mano y asió al pajarraco por el cuello, retorciéndoselo con un seco movimiento.

Los aleteos y graznidos de Jerry cesaron en el acto. Luego, Foxhurstone, a tientas, buscó el suelo para apoyar una mano.

Levantó la otra, como pidiendo ayuda. Su rostro, con las cuencas de los ojos vaciadas a picotazos, se había vuelto hacia los dos jóvenes, en actitud suplicante.

Pero Orthon sabía que no podían hacer nada por él. Al cabo de unos segundos, Foxhurstone se venció hacia adelante y cayó atravesado sobre el cuerpo de su víctima.

La pesadilla había terminado.

* * *

El sargento Whitefield cumplió su palabra.

Algún tiempo después llevó al padre

O'Mallon

al panteón de Foxhurstone. Orthon también asistió a la ceremonia.

El joven, sin embargo, ofrecía un aspecto singular. Vestía desastrosamente y llevaba barba de un par de semanas.

Whitefield le miró con asombro cuando se reunieron en el cementerio.

—¿De dónde sales con esa pinta, Paddy?

Orthon hizo un gesto vago.

—He pasado una temporada de descanso en las montañas. Me convenía —respondió—. Ah... No ha sido mala idea —convino el sargento.

El padre

O'Mallon

se acercó a ellos, con estola y sobrepelliz. Traía consigo el hisopo y el cacillo con el agua bendita.

El sacerdote pronunció las oraciones de rigor, contestadas por Whitefield. Luego inició la aspersión del agua bendita.

Orthon contemplaba la escena en respetuoso silencio. Recordó la

conversación que había tenido con Whitefield tiempo atrás. Ahora, pensó, el panteón se hundiría en el seno de la tierra, entre fuego y humo con olor de azufre, en medio de horrísonos estampidos...

Pero no ocurrió como pensaba, aunque sí sucedió algo muy extraño.

Apenas había terminado el padre
O'Mallon

la aspersión del agua bendita, algo se desprendió del frontispicio del panteón.

El emblema satánico con el que Foxhurstone había querido señalar su sepultura estaba grabado en una losa adosada al frontispicio. La losa cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

Orthon y el policía cambiaron una mirada. El segundo se santiguó devotamente. Orthon pensó que el diablo había sido expulsado al fin de aquel lugar.

Un hombre se acertó en aquellos momentos.

—¿Qué diablos hacen aquí? ¿No se dan cuenta de que están causando daños a la propiedad privada? Porque una sepultura es siempre una propiedad privada...

Whitefield se volvió rápidamente hacia el sujeto.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Burt Dayson y soy vigilante del cementerio. He vuelto de vacaciones y ahora me toca el turno de día; la semana próxima haré de noche.

La mano del sargento se posó en el hombro del vigilante.

—Venga conmigo, Dayson —dijo—. Tiene que explicarnos muchas cosas, entre ellas las sumas que cobró usted por hacer la vista gorda cuando Foxhurstone salía de su tumba por las noches para cometer sus crímenes. Sí, tiene mucho que explicar y le sobrará tiempo para hacerlo detrás de unas rejas.

Orthon sonrió levemente. Podía decirse que el arresto de Dayson cerraba el caso.

* * *

Abrió la puerta y se encontró con la sorpresa de ver allí a Melanie, sentada en el sofá, ojeando distraídamente una revista. Al verle, ella se puso en pie vivamente.

—¡Paddy! ¿Dónde has estado todo este tiempo? Pero ¡qué aspecto tan espantoso tienes! ¿De dónde sales con esa pinta de

pordiosero?

—Cuando me encontré con Flora por primera vez estaba tras la pista de un individuo y dejé el caso momentáneamente. Luego, cuando todo terminó, reanudó la investigación en el mismo punto que la había suspendido.

—¿Era necesario que te disfrazases de esa manera?

—Sí. Verás, tengo un cliente que está en un apuro y el tipo al que seguía es un testigo de importancia para su defensa, de la cual me encargo yo también, naturalmente. Dentro de una semana será el juicio y podré contar con elementos suficientes para conseguir la absolución de mi defendido.

—Un abogado que investiga sus propios casos —dijo ella.

—En algunas ocasiones, no en todas. Y ahora, si me lo permites, iré al baño para recobrar una apariencia más normal...

—Espera un momento. Antes tenemos que hablar, Paddy.

—¿De qué, Melanie?

—De nosotros dos, naturalmente. ¿No me hiciste una vez una predicción sobre mi futuro? Un marido, unos niños...

—Ah, ya recuerdo. ¿Tengo yo parte en ese futuro, Melanie?

—Si no tomas parte, no habrá niños —sonrió ella.

Orthon la abrazó.

—¿Cuántos? —preguntó ardorosamente.

—Los que vengan —respondió ella.

Dejó que la besara, pero se separó enseguida, haciendo una mueca de disgusto.

—Pinchas —se quejó.

—Me afeitaré inmediatamente. Por cierto, es hora de oficina y estás aquí...

—Mis padres ya han regresado. Yo me tomaré ahora unas vacaciones —explicó la muchacha.

—Hasta que se haya celebrado el juicio, no podremos hablar de la boda —dijo él—. Prepararé los papeles mientras tanto. Por cierto, ¿qué fue de la cassette que encontraste en casa de Thornble?

—No te preocupes, la destruí.

—Me pregunto para qué querría él...

—Simplemente, para hacer negocio por su cuenta. Foxhurstone supo que Thornble le había quitado el cartucho de video y decidió vengarse. Luego Feldon fue a buscarlo, pero yo lo había encontrado

antes.

—Entiendo. —Melanie lanzó un hondo suspiro—. ¿Podemos considerarnos liberados de esa pesadilla, Paddy?

Orthon pensó unos momentos en el extraño suceso ocurrido en el cementerio, cuando se desprendió la losa con los emblemas infernales. Luego, sonriendo, hizo un gesto de aquiescencia.

—Totalmente libres, Melanie —contestó.

FIN